

EL PENSAMIENTO ESPIRITUAL DE SAN JUAN CRISÓSTOMO

Introducción

Antioquía era, hace dieciséis siglos, una de las ciudades más importantes del Imperio romano, la segunda en el Oriente. La mayoría de su población, estimada en unos 150.000 habitantes, era ya cristiana. En la actualidad es una pequeña población turca, con espléndidos recuerdos arqueológicos. San Juan Crisóstomo nació en esta villa hacia el año 347. Su patria chica conserva algunos vestigios, que rememoran a este insigne orador, obispo de Constantinopla, Padre y Doctor de la Iglesia.

Su padre *Secundus*, Segundo, era un general de caballería, de cultura latina, jefe de las milicias apostadas en la provincia de Siria. La madre *Anthusa*, en cambio, era de ascendencia griega, de gran fe y piedad cristianas. La primera hija de estos padres cristianos no llegó a conocerlos, según el mismo Juan nos lo asegura en el libro *Sobre el sacerdocio*, 1,5. El padre de Juan murió, siendo éste un infante, cuando su madre tenía veinte años de edad; *Anthusa* quedó después siempre viuda, totalmente entregada a la educación de su hijo, llevando una vida profundamente piadosa y ejemplar. Juan la recuerda con grandes elogios en el libro antes citado. El biógrafo de nuestro Santo, Paladio, obispo de Helenópolis, habla también de una tía de Juan, de nombre *Sabiniana*, que ejerció de diaconisa en la Iglesia.

Adolescencia y juventud

La buena situación económica de su madre permitió a Juan cursar los estudios clásicos de la nobleza de su tiempo: gramática griega y latina, lectura, escritura, cálculo, filosofía, historia natural y medicina. Habló el griego, el latín y el siríaco de su tierra, de ninguna ascendencia cultural. Conocemos el nombre de su profesor de filosofía *Andragathius* o Andragacio. Pronto se desengañó de la filosofía y prefirió el estudio de la oratoria y Sagrada Escritura. En oratoria tuvo de profesor al orador más famoso de Antioquia, *Libanios*, que tenía en su cátedra muchos estudiantes cristianos, algunos de los cuales llegaron a ser obispos. Juan sintió pronto desprecio por la retórica pagana de su maestro, pero llegó a profesarle profunda admiración. Libanios, en cambio, pensó en Juan como sucesor suyo en la escuela de retórica de Antioquía. De este profesor pagano nos asegura San Juan que exclamó un día en señal de admiración hacia su madre: *¡Qué madres tienen los cristianos!*

Después de larga preparación en la teología cristiana y en el estudio de las Escrituras con el célebre maestro Diodoro de Tarso, Juan pidió el bautismo al que precedió, dada su preparación, un corto catecumenado. Fue bautizado por el obispo de Antioquía, Melecio, a sus veinte años, en el sábado santo del año 367. Un año después este mismo obispo lo ordenaba de lector, cuya misión consistía en leer los libros santos a los fieles en la iglesia y explicar la palabra sagrada a los catecúmenos. Admirados de su ciencia y de su virtud el obispo Melecio, el clero y el pueblo de Antioquia, comenzaron a pensar en consagrarlo obispo. Sin embargo, la vocación de Juan era otra: La vida ascética y contemplativa.

Muerta su madre y libre de tan grave responsabilidad decidió hacerse abogado. Pero abandonó pronto esta idea por miedo a caer en las costumbres licenciosas de los jóvenes de Antioquía. El sueño de su vida, desde que inició su juventud, había sido la vida de los ermitaños en la soledad y el estudio de las ciencias sagradas, de acuerdo con la regla de Pacomio. Durante cuatro años tuvo por maestro de esta vida de espiritualidad a un anciano y después se fue a vivir solo en una cueva como anacoreta en las montañas próximas. Las privaciones del desierto, las enfermedades y el duro clima minaron su salud gravemente por lo que los demás monjes le aconsejaron que abandonara tan rígido método de vida. Volvió a Antioquía el año 378 con grande alegría de la comunidad cristiana, pero conservando siempre su admiración por la vocación monástica.

El llamamiento de la Iglesia

El año 381 fue ordenado diácono por el obispo Flaviano y de sacerdote el 386, encargándole de la predicación, tarea en la cual se ganó el sobrenombre de Crisóstomo o “Boca de oro”, dado por el pueblo y el clero pocos años después de su muerte. Desempeñando este oficio predicó, entre el 386 y 398, sus célebres “homilias” sobre el Génesis, evangelios de Mateo y Juan, epístolas a los romanos, gálatas, corintios, efesios, Timoteo y Tito, quedando consagrado como el más célebre orador cristiano. En estos sermones demostró poseer una extraordinaria habilidad para descubrir el valor espiritual de estos libros, a la vez que enseñaba a ponerlo en práctica en la vida. Su exposición se ajusta siempre al sentido literal de la Escritura, opuesto al sentido alegórico preferido por los rabinos, Filón y la escuela de Alejandría.

Contra su voluntad fue elegido el año 398 patriarca de Constantinopla por los obispos, el pueblo y el emperador, proponiéndose inmediatamente la reforma de las costumbres paganas del pueblo y defectos del clero, en esta gran ciudad de mayoría cristiana. El mismo Juan informó de su nombramiento en una carta al obispo de Roma, Inocencio I. Fue consagrado por el patriarca de Alejandría Teófilo, quien obligado por el emperador nunca le perdonaría haber llegado a tan alta dignidad siendo solamente presbítero y predicador de Antioquía. Con la negligencia de su predecesor en la sede, Nectario, había llegado al extremo la corrupción de la corte imperial, del clero y del pueblo. El lujo de la emperatriz Eudoxia y de la corte, los juegos públicos, el teatro y la vida miserable de los pobres alcanzaban cotas de inmoralidad y de injusticia escandalosas. Su vibrante voz y palabra elegante atraía al público hasta el punto de notarse la ausencia de la gente en los juegos, porque preferían oír al Crisóstomo. Todas las riquezas del patriarcado las dedicó a erigir hospitales, socorrer a los pobres y elevar el nivel cultural y moral del clero.

Su predicación combina admirablemente la honestidad y vida ascética del orador con la vasta cultura griega y latina que poseía. Cuando censura los vicios habla abiertamente sin concesiones a los oyentes, que le escuchan extasiados. La emperatriz Eudoxia se sintió públicamente censurada y se propuso pronto su ruina. Entre sus opositores estaba también Teófilo, patriarca de Alejandría, quien logró del emperador la convocatoria de un Sínodo al que asistieron entre 36 y 45 obispos de todo el Oriente. La reunión tuvo lugar en uno de los suburbios de la ciudad de Calcedonia con el nombre de “La Encina”, por estar rodeado de estos árboles, el año 403. Juan, conocedor de la confabulación, no quiso comparecer y fue acusado de favorecer la herejía origenista, de permitir a los fieles comer en la iglesia los alimentos bendecidos en ella y de acusaciones públicas a la emperatriz. El emperador Arcadio aprobó las falsas acusaciones del Sínodo, destituyó a Juan del patriarcado de Constantinopla y lo condenó al exilio en Bitinia, en una localidad no lejana de Antioquía.

Constantinopla ardió durante días en manifestaciones y protestas callejeras del pueblo reclamando el regreso a la sede de su patriarca. Al emperador le preocupó grandemente esta situación, que adquirió proporciones alarmantes. La coincidencia de un terremoto, que azotó la ciudad, hizo pensar a Eudoxia que era un castigo del cielo. Tales circunstancias obligaron a la corte a dar por terminado el exilio de Juan, que volvió a su sede. Su prestigio había aumentado considerablemente sin que este hombre de Dios, fiel a su vocación, dejara en adelante de denunciar los pecados públicos de la corte y de la ciudad. Las dos preocupaciones principales del Crisóstomo fueron siempre la defensa de la fe y la reforma del clero.

Sus enemigos, Eudoxia, el patriarca de Alejandría, Teófilo, algunos obispos de Siria y parte del clero fraguaron un segundo destierro, del que ya no le pudieron librar ni el apoyo del pueblo ni la petición de clemencia del Papa Inocencio I ni el apoyo de la Iglesia occidental. El pueblo se amotinó en los alrededores de la sede del arzobispo impidiendo el acceso de la policía imperial; pero Juan se entregó. Esta vez Arcadio ordenó un exilio que terminara con su vida, donde no pudiera recibir ni visitas ni cartas. Lo desterró a una localidad del Cáucaso, de nombre Cúculo o Cucusa, en Armenia, donde estaba custodiado por soldados. Fue trasladado después a Pitio, junto al mar Negro. Su mayor consuelo durante este destierro fue recibir una carta del Papa Inocencio animándole y declarando nulas las decisiones del Sínodo de “La Encina”.

Una de las noches, extremadamente debilitada su salud, a los sesenta años de edad, le obligaron por orden del emperador, a caminar descalzo sobre la tierra gélida, en dirección hacia Comana, también en las riberas del Ponto Euxino, a más de mil kilómetros de distancia y agotado de cansancio y de hambre murió abandonado en una ermita del camino, dedicada a San Basilisco. Era el 14 de septiembre del 407. Había muerto un Demóstenes o un Cicerón de la oratoria cristiana, o mejor, un Santo Padre y Doctor de la Iglesia. El nuevo emperador Teodosio II mandó traer su cuerpo a Constantinopla y apoyando su cabeza sobre el féretro ante las masas que celebraban triunfalmente tan triste regreso le pidió perdón por el daño que le habían hecho sus padres Arcadio y Eudoxia.

Maestro de vida espiritual

De la vida de San Juan Crisóstomo es preciso resaltar su santidad bien probada por una profunda fe, piedad y espiritualidad exquisitas, amor a los pobres y fidelidad firme al cumplimiento del deber. Además de algunas obras teológicas su herencia principal y su rica contribución a la exégesis bíblica son sus homilías, que Santo Tomás, según confesó un día a sus compañeros de cátedra, las prefería a la ciudad de París. Después de Orígenes San Juan Crisóstomo es el escritor más fecundo del Oriente cristiano. De él se conservan más de 100 extensas homilías sobre el Antiguo Testamento, 90 comentando a San Mateo, 88 a San Juan y 55 a los Hechos de Lucas, 21 a las cartas de San Pablo y 24 a la carta a los hebreos. Escribió además un pequeño tratado sobre la persecución de Juliano el Apóstata, otro sobre la divinidad de Jesucristo y un tercero sobre el sacerdocio. En este libro dejó escrita su famosa frase *El cristiano es otro Cristo*, aplicada después más frecuentemente al sacerdote. A estos escritos debemos añadir siete tratados ascético-morales y 236 cartas sobre temas de actualidad espiritual. Todos sus escritos están llenos de datos sociales, políticos y eclesiásticos que dan a conocer perfectamente la historia del Oriente en su tiempo.

San Juan Crisóstomo no es un teólogo sistemático ni un profesor que haya pretendido hacer una exposición exhaustiva de la fe cristiana. Es un pastor que vela por la fe y

la vida espiritual del pueblo que tiene encomendado. Defiende la fe contra los herejes y trasmite un grande amor a Cristo, a la Iglesia y a los pobres. Por su elocuencia comparte grandeza y fama con San Agustín, el filósofo y teólogo más profundo de la antigüedad cristiana. La Iglesia ortodoxa lo tiene por el mayor de los Padres. La rica liturgia que se le atribuye al Santo y lleva su nombre ha sido traducida a todos los idiomas del Oriente. Excepto en unas pocas fiestas, que sigue la liturgia de San Basilio, todos los días y fiestas del año esta Iglesia reza con San Juan Crisóstomo. Nuestro Santo es un océano de ideas espirituales en sus sermones y escritos

Sus pensamientos espirituales que pone hoy EDIBESA en tus manos son los de un hombre que ha sido Doctor de la Iglesia y Padre de ella durante quince siglos. El Crisóstomo conoce perfectamente el mensaje de Cristo y lo ha vivido intensamente en el estudio continuado de los libros santos. Además de pastor de las dos iglesias más importantes de la Cristiandad después de la de Roma y Jerusalén, como hombre de espíritu contemplativo y pastor celoso de los hombres que tuvo encomendados, como confesor y mártir de la fe en un cruel destierro, que le produjo la muerte, es un gran maestro en la vida espiritual de los cristianos. Mirando a este gran santo me atrevo a recomendar a mis lectores que sigan el camino por él señalado en sus escritos para llegar rectamente a Dios. Las sentencias que pongo ante tus ojos están sacadas de los comentarios de este Santo a los libros de la Escritura en los que rezuma una exquisita espiritualidad. La selección de estos pensamientos espirituales resulta por ello especialmente difícil. En ocasiones su estilo oratorio me ha obligado a recoger su pensamiento reuniendo en uno varias de sus ideas fugaces expresadas en los sermones.

Con el fin de alimentar la vida espiritual de los fieles ponemos en vuestras manos *El pensamiento espiritual de San Juan Crisóstomo*, transcribiendo literalmente las ideas principales de este insigne orador sagrado según la traducción de sus sermones por Daniel Ruiz Bueno en la BAC, la traducción francesa de *Editions du Cerf*, la enciclopedia latina Migne en su edición veneciana de 1780 y otras de sus obras publicadas por la editorial Ciudad Nueva. Sus Índices nos han servido de orientación para descubrir los pensamientos de la teología espiritual de este Santo. Son tantos que me he visto obligado a escoger los principales. Sus palabras van en letra cursiva intercalando algunos breves paréntesis que ayudan a su comprensión. Nos ahorramos también el peso de las citas con el fin de no distraer a nuestros lectores de tan bellas ideas de San Juan. Todas pueden comprobarse mirando las palabras correspondientes en los Índices por conceptos de los diferentes traductores.

Vaya mi agradecimiento para la editorial EDIBESA, que después de haberme publicado la biografía de San Juan Crisóstomo, me encargó también que expusiera para sus lectores la espiritualidad de este Santo Padre, escogiendo las sentencias más importantes. No es un libro para los familiarizados en los estudios teológicos, está pensado para el pueblo cristiano y todos aquellos que buscan a Dios *con sincero corazón*.

Jesús Alvarez Maestro OAR

Madrid 1-XII- 2013

I

Dios

El predicador de Dios

San Juan Crisóstomo es el más fecundo escritor griego conocido. Los sermones ocasionales de este Santo, sus homilias exegéticas, escritos teológicos y cartas lo han consagrado como un gran maestro del alma humana. Conoce como excelente psicólogo las enfermedades espirituales del hombre, sus fragilidades, vicios y pecados. Su vida austera y espíritu monacal le hacen parecer a veces extremadamente exigente cuando censura el egoísmo del poder y de las riquezas, la arrogancia y vanagloria, el lujo y abandono de los pobres, las deshonestidades del teatro, etc. Su vida es una mezcla de honestidad, ascetismo y entusiasmo santo por la verdad de Cristo, totalmente despreocupado del tacto político en el trato con sus enemigos.

Los fieles abarrotaban las iglesias de Antioquía y de Constantinopla para escucharle, interrumpiendo con frecuencia al predicador con fervientes aplausos. Les decía a sus feligreses que no le interesaban sus aplausos sino que el amor de Dios penetrara en sus corazones. La mayoría de estos sermones fueron pronunciados en Antioquia entre el año 386 y 397. Todos quieren ser la más fiel explicación y aplicación a la vida de la Palabra de Dios. Un centenar de ellos son circunstanciales sobre los temas más variados. Unos son teológicos, otros morales sobre costumbres y vicios de la sociedad o supersticiones, otros panegíricos y apologéticos. La concepción que tiene de la vida cristiana en el seguimiento de Cristo es plenamente actual con un simple cambio de estilo. El acierto de este Santo consiste en que busca fielmente el sentido de la Palabra de Dios tocando el corazón de sus oyentes.

San Juan Crisóstomo tiene una idea perfecta de Dios muy alejada de la pequeña idea que tienen la mayoría de los hombres, a veces indigna de él. Amar a Dios es comenzar a vivir la felicidad eterna. Sólo él satisface plenamente nuestras ansias de amor y de felicidad. El hombre que busca la verdad, la bondad y el amor sólo encuentra esto en Dios. Nadie lo puede comprender, pero sabemos que nos ama y nunca nos abandona. Un alma sin Dios es un alma muerta a la que sólo le queda el consuelo de las cosas pasajeras de este mundo; por eso el hombre tiene que hacer todo el esfuerzo posible por descubrir su verdad. Sólo lo podemos conocer bien mejorando la imagen que él mismo ha grabado en nosotros por la creación. Dios es todo y fuera de él no hay más que el pecado y la nada. Estas son las ideas principales que va a encontrar el lector en los pensamientos de este Santo.

Dios, su Dios, es el creador del mundo y de los ángeles, pero sobre todo es el Dios del pueblo de Israel, al que tienen miedo los hebreos desde su paso por el Sinaí, es el Padre de Jesucristo y el de todos los hombres, sus hermanos. No interesan a San Juan los argumentos filosóficos de su existencia sino su presencia y actividad en el mundo y en el hombre. Nunca debemos perder la confianza en su misericordia infinita. Este es el espíritu que inunda todos sus sermones y escritos. Tal vez tengamos que exceptuar solamente sus célebres *homilias sobre las estatuas*, inspiradas en la tremenda preocupación que oprimía su pecho. Había que pacificar al pueblo que las destruyó, indignado por la subida de impuestos, para evitar la feroz amenaza del emperador dispuesto a destruir toda la ciudad de Antioquia. Cuando insiste sobre el temor de Dios se refiere al temor filial, que es el miedo que por respeto y amor a su padre tiene un buen hijo.

La plena verdad de Dios la hemos conocido por Jesucristo que nos lo ha manifestado, según San Juan Crisóstomo, como luz, vida y amor de la humanidad. Dios se revela especialmente en la historia de la salvación cuyos hechos nos comprometen a todos. Por eso nos habla de Dios comentando la Escritura o en las controversias con los paganos, judíos y herejes prescindiendo de la filosofía griega en la que fue educado. Dios sabio, santo y omnipotente es la razón última de nuestras obligaciones morales. Sólo él da seguridad a nuestro futuro, es luz y fuerza en el cumplimiento del deber y garantiza nuestra felicidad.

La fama de este hombre fue tan grande en todo el Oriente que se le han atribuido unos 900 escritos que no son auténticos. San Juan conoce perfectamente la teología de la Iglesia en aquellos siglos; pero es un pastor al que preocupa la salud espiritual de sus ovejas. Recogiendo de todos sus escritos toda su doctrina sobre Dios haríamos un verdadero tratado teológico. Pongo, sin embargo, ante tus ojos sus pensamientos espirituales más importantes:

Nuestras relaciones con Dios

Si tienes a Dios siempre presente en tu mente y en tu corazón todo te será más fácil, más tolerable, todo lo sobrellevarás mejor y serás superior a los demás.

Tratemos de ser siempre amigos de Dios. Nada le agrada tanto como una vida honrada.

Pues si el Padre sabe ya de lo que tenemos necesidad, ¿qué falta hace hacer oración? No hace falta, ciertamente, para enterarle a Dios; sí para moverle; sí para que te acostumbres a la perseverancia en la oración; sí para humillarte; sí para que te acuerdes de tus pecados ...porque quien da a Dios el nombre de Padre por ese solo nombre confiesa ya que se le perdonan los pecados, que se le remite el castigo, que se le justifica, que se le santifica, que se le redime, que se le adopta como hijo, que se le hace heredero, que se le admite en la hermandad con el Hijo, que se le da el Espíritu Santo...

Dios, amador de los hombres, mezcla trabajos y dulzuras, estilo que él sigue con todos los santos. Ni los peligros ni los consuelos nos los da continuos sino que de unos y de otros va él entretejiendo la vida de los justos.

Aceptemos cuanto Dios nos envíe, dándole por todo gracias, pues él sabe mejor que nosotros lo que nos conviene y nos ama más ardentemente que nuestros padres.

Despacha libres a cuantos deudores tengas, ora te deban dinero, ora te hayan ofendido y ve luego a reclamar a Dios el pago de esa magnificencia. Mientras ellos sean tus deudores, no lo eres de Dios y si a tus deudores das por libres, tendrás derecho a apremiarle a Dios y reclamarle con mucha generosidad la paga de tu comportamiento.

El que tiene por deudor al emperador ya se cree con bastante seguridad para toda su vida. Considerad, pues, cuán grande será el que hace a Dios, al Dios que nos ama y siempre vive, deudor de sus buenas obras, grandes y pequeñas. No te quejes, por tanto, de tus trabajos y sudores.

No reclaméis la paga y recibiréis la paga. Confesemos que debemos nuestra salvación a la gracia y Dios se confesará deudor nuestro, no sólo por nuestras buenas obras,

sino también por ese mismo reconocimiento. Cuando hacemos una obra buena tenemos a Dios por deudo.

Dios cura los cuerpos y endereza las almas. De este modo nos hace ver que él es el artífice del hombre entero. De ahí que su providencia se distribuya por una y otra naturaleza, alma y cuerpo, enderezando a la una y a la otra.

De Dios viene una iluminación a las almas que las va poco a poco conduciendo a su más perfecto conocimiento.

No otra cosa se nos da, en efecto, con ello a entender (comenta el anuncio de los ángeles a los pastores en Belén) sino que el que va a nacer es Hijo de Dios, pues perdonar los pecados es cosa que sólo atañe a él y no a otro poder alguno.

Dios es el mejor artífice aun de lo pequeño. Jesús nunca llama a Dios Padre suyo, sino de ellos, a fin de impresionarles más con ese honor y para que cuando le llame Padre suyo no se lo tomen a mal.

Dios es padre

Dios es Padre y como tal Padre no podrá abandonar a sus hijos cuando se encuentran en necesidad o malos extremos. Ni los mismos hombres, cuando son padres pasan por eso.

Grande y augusto teatro establece Dios para el hombre y con creces le da lo que desea. ¿Qué deseas?, te dice. ¿No es tener algunos espectadores de tus acciones? Pues ahí los tienes y no sólo a los ángeles y arcángeles sino al mismo Dios del universo, espectador del gran teatro del mundo.

No me vengas con tus trabajos y sudores. Dios nos ha hecho ligera la virtud, no sólo con la esperanza de los bienes eternos, sino también por otro medio: por medio de su ayuda que nos sigue y acompaña por todas partes. Con un poco de buena voluntad que quieras poner de tu parte todo lo demás se sigue por sí mismo.

Arrojarse de un precipicio abajo es propio del diablo y de sus compañeros, lo propio de Dios es levantar aun a los caídos.

No es que Dios quiera diferir sus dones, sino con la propia dilación nos enseña a perseverar a su lado. Si dilata oírnos y hasta permite muchas veces que seamos tentados es porque quiere que nos refugiemos en él y que no le abandonemos.

Dios nos amenaza muchas veces no para cumplir sus amenazas sino para atraernos hacia sí. Luego, apenas hemos vuelto a él disipa todo nuestro miedo.

Dios soporta con gran magnanimidad aun a los que pasan o han de pasar su vida entera en la maldad. Su paciencia es infinita con ellos.

Dios conoce mejor que tú mismo tus buenas obras. Un vaso de agua fría que des, no se le pasa por alto; un óbolo que echas en la caja, un suspiro que exhalas, todo lo recibe con grande amor, para todo tiene señaladas recompensas.

Las exigencias del amor

A la verdad Dios no quiere que seamos útiles sólo a nosotros mismos, sino también a todos nuestros prójimos.

Dios no quiere que nazca el mal en absoluto; mas una vez que brota y da fruto amargo, trata de quemarlo con más fuerza por todos los medios.

No sólo nos manda Dios que lloremos por nuestros propios pecados sino también por los ajenos; así lo hicieron las almas de los santos Moisés, Pablo, David. Todos lloraron muchas veces por los pecados de los otros.

Si Dios cura las enfermedades del cuerpo es porque quiere desterrar las del alma. Acerquémonos, pues, a él y nada temporal le pidamos. Pidámosle sólo el perdón de nuestros pecados.

Dios nos pide sólo la buena voluntad y la fe, no trabajos y sudores. Es tan fácil bautizarse como convertirse y hacerse uno mejor.

Dios cuida de nosotros

Dios tiene por costumbre llevar a cabo los designios de su providencia por medios contradictorios, dando así la prueba más grande de su poder. En efecto, sus discípulos azotados, perseguidos, sufriendo calamidades infinitas, vencieron a los mismos que los azotaban y perseguían.

Nada sucede sin que él lo sepa. Todo lo sabe, pero no todo lo obra. Sabe todo lo que sufrís y lo puede impedir; si no lo impide es evidente que por providencia y cuidado que tiene de nosotros no lo impide. Esto hemos de pensar en todas nuestras tentaciones y ese pensamiento nos producirá gran consuelo.

Dejando, pues, a Dios la última comprensión de las cosas confiemos en el futuro y en las desgracias de los otros aprendamos a soportarlo todo generosamente.

Todo lo que injustamente padecemos de quienquiera que sea, Dios nos lo computa o para expiación de los pecados o para acrecentamiento de nuestro galardón.

Cuando el Señor dijo: Hacedos amigos, no se paró ahí, sino que añadió: con la riqueza de la iniquidad. Es que busca también tu buena obra, pues no otra cosa da a entender aquí sino la limosna.

Dios es amor

Hay algunos que han llegado a un punto tal de irracionalidad que imprecán a sus enemigos y los maldicen y hasta quisieran comérselos vivos. No me vengas, pues, con que no has clavado los dientes en el cuerpo de tu ofensor. Has hecho algo peor al menos en cuanto

de ti dependió: Has pedido que descargara sobre él la ira del cielo... ¿Hay dentelladas más fieras que éstas? ¿Hay dardos más amargos? No fue, por cierto, Cristo quien te enseñó eso. No te mandó que mancharas así tu boca con sangre.

No consintáis que Cristo esté desnudo. No le honréis aquí con vestidos de seda y fuera le dejéis perecer de frío y desnudez. El sacramento no necesita preciosos manteles, sino un alma pura; los pobres, empero, sí requieren mucho cuidado... Dios no tiene necesidad de vasos de oro, sino de almas de oro.

Dios con un poco que nos convirtamos, tan pronto como reconocemos que hemos pecado, otra vez viene a hacer brotar la fuente de sus gracias y otra vez derrama el piélagos de sus beneficios. Cuanto tú más recibas, más se alegra él y más dispuesto está a seguir dándote. Dios tiene por propia riqueza nuestra salvación.

Dios aun ofendido sigue siendo Padre nuestro; aun irritado nos sigue amando como a hijos. Sólo una cosa busca: no tener que castigarnos por nuestros pecados, ver que nos convertimos y le suplicamos.

Dio es bueno con todos

Desde el principio hay que aguardar tentaciones y asechanzas. Mira, si no, cómo sucedió a Cristo desde los pañales. Apenas nacido el tirano se enfurece y tiene que huir y trasladarse más allá de las fronteras y su madre que en nada había faltado, es desterrada a tierra de extranjeros. Cuando tú hayas merecido desempeñar un asunto espiritual y luego te veas entre sufrimientos intolerables no te turbes ni digas: ¿Merecía yo esto? No, ahí tienes el ejemplo. Mira lo que sucede con la madre y el niño... Todo lo ordena para el bien del hombre...

Dios mueve las almas. Esto hizo esto con Ciro disponiéndole a dar libertad a los judíos; pero no lo hizo de modo que atentara contra su libre albedrío. Lo mismo hizo con Pablo llamándole desde el cielo y poniendo de manifiesto juntamente su gracia y la obediencia de su futuro apóstol. Son cosas de Dios.

Que Cristo viene de nosotros y de nuestra masa y de un seno virginal resulta evidente por muchas razones; pero de qué modo fue eso ya no resulta evidente. No lo inquietas tú tampoco, recibe lo que se te revela y no caviles curiosamente sobre lo que se te ha callado.

El centurión creyéndose indigno de que Jesús entrara en su casa, Pablo viéndose un apóstol no digno de este nombre, Juan que no se atreve a desatar las correas de sus sandalias, Pedro teniéndose por un hombre pecador recibieron su premio. Y es que no hay nada tan grato a Dios como contarnos a nosotros mismos entre los últimos pecadores.

Dios no ignora nada de cuanto acontece y a vosotros os ama con más sincero amor que un padre y hasta tal punto os ama que tiene contados los cabellos de vuestra cabeza, no hay motivo para que temáis.

Aun cuando sólo hubieras trabajado la hora undécima del día, él te dará la paga entera; aun cuando no tengas ocasión alguna de salvación te dice el Señor: Por mí lo haré a fin de que no sea profanado mi nombre (Ez 36,2). Un suspiro que exhales, una lágrima que derrames él los arrebatara al instante para tener un pretexto de salvarte.

El alma, naturalmente, por la palabra se salva y por la palabra se corrompe. Una palabra la enciende en ira y una palabra la devuelve otra vez la calma, una palabra deshonesto la incita a la concupiscencia y una palabra casta la conduce a la templanza. Pues si tanta fuerza tiene la palabra en general ¿Cómo, decidme, despreciáis las Escrituras? Si tanto puede una simple exhortación, ¿qué no podrán las que van acompañadas de la gracia del Espíritu Santo?

¿Cuándo, pues, decidme, haremos lo que se nos manda y pondremos manos a la obra si no aguantamos ni que se nos hable de ello y nos aburrimos y cansamos de estar un rato en la iglesia, por muy corto que sea? Por otra parte, si cuando nosotros estamos hablando de cosas frías y vemos que no se nos presta atención por parte de los concurrentes lo tomamos a agravio ¿Por qué no pensamos que Dios ha de irritarse cuando hablándonos él de cosas tan importantes nosotros las despreciamos y volvemos a otra parte la cabeza?

Dios ama a los pecadores

Siendo Dios amante de las almas no quiere la perdición de los que pecan.

Si a la ciudad de Sodoma, que tantas veces había fornicado no le cerró Dios la puerta de la penitencia, con mayor razón recibirá a tu alma después de haber tenido esta primera caída. Nadie hay, en efecto, nadie tan locamente enamorado de los cuerpos, nadie ama tan ardientemente al objeto de su amor, como desea Dios la salvación de nuestras almas... Él corre y como persigue la amistad de los mismos que le han rechazado.

Si nos hubiera criado para castigarnos harías acaso bien en desesperar y dudar de tu salvación; pero no, la razón única de habernos hecho fue su bondad y deseo de que gocemos de los bienes eternos y a este fin endereza él cuanto hace y manda desde el día primero hasta el presente...No puede ofenderle tanto que una vez hayamos pecado cuando no querer enmendarnos de lo hecho...Por el ardiente amor que nos tiene nos pide el arrepentimiento.

Se porta Dios exactamente con nosotros como un padre amoroso que toma sobre sí el gobierno de su casa, criados y de todo lo demás y le exhorta a su hijo a que se preocupe del reino de Dios buscando lo venidero y celeste, gozando a la vez de lo presente.

Se llama Dios del consuelo y de las misericordias porque este es su deber perpetuo: consolar y animar a los que sufren aunque estén oprimidos por innumerables pecados.

Cuando veas salir el sol admira al creador, cuando lo contemples oscurecido y escondiéndose piensa en la finitud de las criaturas y nunca lo adores como Dios. Mas no sólo por esto se demuestra su existencia sino porque a los mismos hombres mandó que no sean siervos de las criaturas poniéndolas todas a su servicio.

Muchas de nuestras cosas no las conocemos cuando sobrepasan nuestra mente y por ello no neguemos que están bien regidas por la providencia divina. Aceptemos su infinita sabiduría, que si no podemos entender muchas obras humanas mucho menos será posible a la inteligencia humana conocer las cosas de Dios y de su providencia. Demos gracias a Dios por las pocas cosas que de él conocemos.

El mayor de los males humanos es el pecado. La pobreza, la enfermedad, el deshonor, la calumnia, el desprecio, la ignominia, la muerte misma que es el mayor de todos los males,

son nombres para los filósofos comparados con el pecado. La verdadera calamidad es ofender a Dios o hacer algo que no le complace.

Sentir bien de Dios

Cuando hablas de Dios reconoces a quien es de naturaleza simple, incompuesto, inmutable, invisible, inmortal, indescriptible, incomprensible y cosas semejantes. Cuando hablas del hombre te refieres a una naturaleza enferma, que padece hambre y sed, derrama lágrimas, tiene miedo, etc.

Dios vio a toda la tierra corrompida y nos envió a su Hijo. Cuando hablamos de Dios las palabras no tienen el mismo significado que entre nosotros; así decimos que Dios tiene celos, que se irrita, odia o se mueve por la penitencia. Son palabras humanas que tienen un concreto sentido referidas a Dios.

Dios nos perdona fácilmente los pecados cometidos contra él, aunque sean graves, cuando usas las armas contra el hermano te maldice y te increpa. Obremos nosotros así imitando a nuestro Dios y si alguno peca contra nosotros otorguemos generosos el perdón a los que nos abandonaron, pero cuando el pecado sea contra Dios entonces exijamos el castigo.

Hagamos todo contando con la benevolencia de Dios, pues si tenemos a Dios por amigo nos será todo más fácil y nada nos podrá contristar en nuestra vida por desgraciado que nos parezca.

Mantened siempre vuestra confianza en Dios. Todos los días y a todas las horas está con nosotros dándonos no sólo los beneficios de la creación sino también privados y cotidianos. ¿Qué digo privados y cotidianos? Siempre se preocupa de nuestra salvación, nos concede abundantes dones sin advertirlo nosotros, nos libra de muchos peligros y es fuente de clemencia. Démosle gracias por todo.

Nada más agradable a Dios que un alma que le da gracias, pues estando siempre inundados de los favores de Dios, si queremos como si no queremos, si lo sabemos como si lo ignoramos, no nos exige otra cosa sino que le demos gracias por los recibidos y le provoquemos así a concedernos otros mejores... Si así obra con los pecadores cuánto más con los justos que le son agradecidos.

Nuestro buen Dios permite que vivan los malos entre los buenos para que se lucren de las buenas costumbres de éstos y no permanezcan siempre en su maldad, sino que viendo constantemente a los buenos aprendan algo de ellos.

Alabemos siempre a Dios y démosle gracias con palabras y hechos constantemente. Este es nuestro sacrificio, esta es nuestra oblación, este es el ministerio más digno de los ángeles y si perseveramos en esta alabanza y vivimos sin ofenderle conseguiremos los bienes futuros.

Dios tiene inmensa tolerancia y nunca persigue a los hombres sino que espera que hagan penitencia. Si no quiere entonces castiga...Esta es la obra de Dios, su oficio egregio: Lo que es suyo no lo abandona nunca. De la misma manera que es propio del artífice edificar, del gobernador dirigir la nave, del sol iluminar es propio de él también ayudar a los huérfanos y dar tu mano a los pobres. Sólo él tiene cuidado de ellos.

Todos nuestros instrumentos debemos ofrecer a Dios y levantar hacia él nuestro ánimo. Tenemos que alabarle con todos nuestros miembros, con los ojos, la lengua, los oídos, las manos...

Dios es infinito en clemencia. ¿Cómo? Se ve en los infantes y niños. Nosotros tenemos la razón que nos enseña a evitar algunas cosas, elegir otras, ahuyentar los males y a usar nuestras fuerzas para crear el arte. Los infantes y niños carecen de esto y no tiene quien les dirija; pero siempre tienen una providencia de Dios que si no la disfrutaran perecerían.

Debemos corresponder con amor

Nuestra mayor recompensa está en morir por Dios. El que ama miles de veces moriría por su amada aunque no esperara nada de ella después de la muerte. Así tenemos que proceder nosotros, no por la esperanza de los bienes futuros, sino por el mismo Dios. La virtud debemos practicarla sin esperar mercedes, sólo por amor de Dios.

El profeta Daniel vio a Dios sentado en su trono, que significa juzgar. Estaba en un trono grande, altísimo, excelso, sublime y elevado y “estaba llena la casa de su gloria”. ¿Qué casa? El templo. La gloria aquí quiere decir esplendor y luz inaccesible que no pudiendo expresarla con palabras le llama gloria.

Somos semejantes a Dios no porque comemos, bebemos, nos vestimos sino porque practicamos la justicia, la benignidad, la bondad y la misericordia con nuestros prójimos cuando somos virtuosos. El comer y el beber nos es común con los animales. ¿Por qué entonces somos superiores a ellos? Porque hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios.

Dios no manda cosas onerosas. Nos parecen de este modo por la pereza, pero si obramos con esfuerzo y diligencia lo que nos parece grave será fácil y más tolerable.

Tenemos que bendecir a Dios porque con su providencia está presente en todas partes. Conoce los sueños de Daniel, por ellos predice el futuro y nos demuestra que tiene presciencia de todo.

Todos los pueblos de la tierra, los bárbaros, escitas, tracios, indios han alabado y dado gloria a Dios por la belleza, esplendor y magnitud de la creación, por el orden de las cosas, la hermosura del día y de la noche... Así los hombres hablando y callando tenemos que glorificar a Dios.

Dios tiene gran providencia con aquellos que son afligidos con injurias e incluso a veces se indigna más por los pecados cometidos contra nuestro prójimo que por los pecados contra él mismo.

Si tú, hombre malo, tienes tanta benignidad hacia tu criado ¿Acaso la inmensa bondad de Dios, inefable benignidad, tanta mansedumbre dejará a sus sirvientes Pedro, Pablo, Juan y Santiago, hambrientos, flagelados, vencidos, perdidos en el viento, echados a las fieras, entregados a la muerte y a otros muchos padecimientos, abandonados y sin corona?

El que llama padre a Dios con esta denominación está confesando que de él recibe la remisión de los pecados, el olvido del castigo, la justicia, la santificación, la redención, la adopción de hijo, la herencia, la fraternidad con Cristo y los dones del Espíritu Santo. No se puede invocar a Dios como padre sin conseguir estos favores.

Le decían que sólo Dios puede perdonar los pecados y él les demostró también que conocía los secretos del corazón, que es propio de Dios también. De este modo les demostraba que era Dios, igual al Padre.

Podemos ver a Dios

Nada odia Dios tanto como la soberbia. Por eso no quiso desde el principio desterrar la enfermedad, nos hizo mortales y vivimos con dolor, sufrimiento, trabajo, sudor y miserias. Por arrogancia pecó el primer hombre queriendo ser igual a Dios.

Las conductas son diferentes porque son distintas las personas y la frecuencia de los pecadores. Así cuando nos está viendo un hombre cesamos en lo que hacemos y no nos atrevemos a pecar, pero no nos avergonzamos ante Dios que nos ve constantemente sino que hablamos y obramos intrépidamente.

Dios actúa como los padres con sus hijos. Nos amenaza con castigos no para hacernos daño sino para atraernos hacia sí. Cuando volvemos a él inmediatamente desaparece el miedo. Si nos portáramos así en las tentaciones nos sucedería lo mismo.

¿Piensas que provocas la ira de Dios cuando pecas? Dios no se aparta de este modo de los pecadores para que no se alejen de él más cohibidos. Ellos piensan, sin embargo, que Dios les permitirá seguir jugando... Dios te ayuda y espera a que tengas un corazón contrito y humillado.

¿Diremos que Dios no existe porque lo dicen algunos? ¿Confesaremos que existe el mal porque lo dicen algunos? Frena esa demencia...porque podemos quedarnos locos si establecemos los dogmas por lo que digan los locos. Nadie dirá que el sol es pernicioso a los ojos porque algunos padecen de la vista sino por lo que digan los de ojos sanos, nadie dirá que la miel es amarga porque así le ha parecido a ciertos enfermos. ¿Dirás tú que Dios existe o que no existe por la opinión de algunos enfermos? ¿No será mejor que sigas a los hombres de sana mente?

Los que creen en Dios le profesan un firme amor y Dios permanece en ellos. Creamos y amemos a Dios para que no se diga de nosotros: “Confiesan que conocen a Dios, pero lo niegan con los hechos” (Tit 1,16).

Conozco un modo grande y admirable de amar a Dios. Primero recordemos todas las obras comunes y maravillosas que ha hecho con nosotros, tan numerosas que son innumerables y por ellas demos gracias a Dios; después pensemos en las que ha hecho con cada uno de nosotros y meditémoslas cada día, además de los peligros de que nos ha librado... Nada es nuestro, ni siquiera la fe es nuestra sino de Dios. No nos hinchemos, somos hombres, tierra y ceniza, humo y sombra.

A todos da su gracia

Lo admirable después de tanta multitud de tentaciones, teniendo en cuenta la limitación de nuestra mente, es que tengamos que decir que las hemos superado con su gracia. Esto es lo admirable no sólo que vencamos sino que las superemos con toda facilidad, sin sudores y trabajos. Nuestros trofeos se deben a que Dios lucha con nosotros.

El mundo y todas las cosas que hay en el mundo son obra de Dios. Lo que ahora sabe toda la gente lo ignoraron los atenienses y los sabios de Atenas. Y si lo hizo él es el Señor. Este es el argumento de la divinidad: La creación, la cual es también propio del Hijo. Eso es lo que dijeron los profetas, que sólo de Dios es propio crear.

Dios no ha recibido de nadie la vida y de él procede toda la vida. Como hay un primer autor de la malicia y un autor del primer homicidio, así hay un autor de la vida y que tiene la vida en sí mismo.

Supongamos que un hombre ve por casualidad a una mujer y la mira con ojos y deseos impúdicos y la mujer ni los que pasan a su lado se dan cuenta de ello, pero el ojo de Dios siempre vigilante ve y penetra las almas y los corazones antes que surja el pecado.

Es preciso obedecer a Dios aunque nos llama a un trabajo áspero y laborioso, no serían dignos de perdón los que lo recusan. Puede llamarte a la purificación de tus pecados, a una obra de justicia, a la santidad, la redención o a lograr los bienes celestiales que tienes preparados. Dios es quien llama sin hacer fuerza, respetando tu libertad; ¿Serías digno de perdón rechazando su llamada?

Temamos, queridos hijos, temamos a Dios y aunque nos encontremos en cautividad tendremos las ideas más claras que nadie. Con el temor de Dios nada os será molesto ni la pobreza, ni la enfermedad, la servidumbre, la cautividad o cualquier molestia.

Os mando y ruego que hagáis todo por temor a Dios, pues tenéis tantos ejemplos y conseguiréis cuanto busquéis aquí si esperáis los bienes futuros.

Tenemos que aplacar a Dios con sacrificios no con los antiguos sino con lo que les ha sustituido, es decir, no con sacrificios de cosas materiales sino espirituales, con sacrificios interiores. Como el hombre es superior a los animales nuestro sacrificio es superior al hombre. Con la hostia ofreces tu alma...

Es inmenso el honor que Dios ha hecho al hombre. El que es de nuestra carne se sienta en los cielos y es adorado por los ángeles, arcángeles, querubines y serafines... Por eso pienso en los grandes premios y en las maravillas que le esperan al género humano.

II

Jesucristo

El centro de la fe y de la espiritualidad en San Juan Crisóstomo es la persona de Jesucristo. No hizo un tratado de cristología, sólo escribió un pequeño libro sobre su divinidad contra los judíos, pero habla de él en todos sus sermones. En carta al monje Florentino, de origen latino, que vivía en Jerusalén, le escribe: *Tú sabes que el alimento del alma del cristiano es meditar noche y día la ley del Señor*. Ahora bien, la vida y enseñanzas de Jesús se encuentran en los Evangelios a los que el Crisóstomo dedicó 178 homilías con un incontable número de alusiones en todos sus escritos. Sus comentaristas afirman que en toda su cristología se le nota que había sido discípulo de Diodoro de Tarso.

Jesucristo no es sólo una persona extraordinaria y única en la humanidad como para tantos racionalistas, *irrepetible, casi divina*, según Renán; en San Juan Crisóstomo es el Hijo de Dios hecho hombre para *hacernos dioses a los hombres*. El Dios cristiano es el que existía desde la eternidad, el creador de todo, el redentor de la humanidad. La amistad y la unión establecidas entre nosotros y Dios por Cristo es irrompible. Con él hemos recibido la luz que nos ha hecho comprender la dignidad del hombre, el sentido del mundo y nuestro futuro. Por consiguiente, es el deber de todos los hombres acogerse a su nombre y aceptarlo como mediador para llegar a Dios.

Si exceptuamos el breve tratado citado sobre la divinidad de Jesucristo contra los judíos la preocupación principal de este predicador insigne fue la vida terrena del Señor y las enseñanzas que de él nos transmitieron los cuatro evangelistas. Estas son las claves que constituyen la fe de la Iglesia desde el principio y lo que debe conocer el cristiano para que tenga sentido su vida. Más allá de los datos biográficos se fija San Juan Crisóstomo en la interpretación teológica de estos hechos y palabras. Judíos y cristianos seremos juzgados según nuestra reacción ante él y su mensaje.

El nacimiento de Jesús, el ministerio público, los hechos más extraordinarios de su vida, el mensaje sobre el reino de Dios y la paternidad divina, la elección de los apóstoles y la fundación de la Iglesia, su muerte y resurrección son para él las fuentes principales de la fe y espiritualidad cristianas. Las relaciones del hombre con Dios pasan necesariamente por Jesús, que nos reveló un nuevo mensaje sobre Dios y ha salvado e iluminado a la humanidad por medio de él. En él se han cumplido todas las profecías antiguas, ha comenzado un nuevo orden de salvación y una nueva historia en las relaciones del hombre con Dios. La cristología de San Juan es claramente ortodoxa, totalmente fiel a la tradición recibida y a los concilios que le han precedido, aun habiéndose negado a explicar la unión hipostática de las dos naturalezas. Su carácter misterioso le hizo exclamar: *Esto sólo lo conoce el Señor*.

La cristología del Crisóstomo es también eminentemente práctica. Jesús fue el Mesías prometido a los judíos, hizo obras y sucedieron en torno a él cosas que demuestran su divinidad. Más todavía, hizo lo que Dios sólo puede hacer, especialmente estableciendo unas nuevas relaciones entre el hombre y Dios, redimiéndonos del pecado y de la muerte. En él actuaba Dios salvando e iluminando a toda la humanidad. Llevó una vida humana, pero había venido del mismo corazón de Dios. Con su homónimo San Juan declara que era la Palabra eterna de Dios por la cual fue creado todo. Su divinidad invade toda la obra exegética de Juan Crisóstomo. Es a la vez de la substancia del Padre y verdaderamente hombre. Sólo él es

enteramente santo. Con Jesucristo comienza un nuevo orden, una nueva era de salvación. Los fundamentos de esta nueva teología cristiana nos comprometen en el conocimiento de su vida y de su obra.

Juan sabe que los Evangelios contienen los hechos principales de la vida de Jesús y que el resto de los libros del NT exponen su importancia en la historia de salvación. A su estudio y significación dedicó la vida entera, cuidando como buen pastor a sus ovejas para que vivieran la presencia de Jesús en ellos por el bautismo. Veamos directamente su pensamiento espiritual:

Jesús hombre y Dios

Cristo es igual que el Padre, dijo muchas veces de diversas maneras. Como el Padre resucita a los muertos él también los resucita y hace las mismas obras que el Padr.

Sólo el Hijo es pontífice fiel que puede liberar de sus pecados a aquellos de los que es pontífice. Para que puedas ofrecer la hostia que nos libre de nuestros pecados y los expíe se hizo hombre... Nadie podía ofrecer sacrificio por nosotros... Nos vio en este estado, se compadeció y nos hizo pontífices porque él mismo se hizo pontífice fiel.

Cuando le acusaron de que se hacía Dios no sólo no lo rechazó sino que lo confirmó diciéndole al paralítico que tenía el poder de perdonar los pecados y curándolo.

Cristo dijo que su voluntad y la voluntad del Padre eran una, nada tiene diverso como si fuera de otro. Aunque la "hypostasis" o persona sea diferente no puede pensarse que el Padre haga otra cosa, sino que los dos dicen y hacen lo mismo... ambos tienen la misma potencia, las mismas manos.

La Sagrada Escritura usa indistintamente los nombres de Dios y Señor para el Padre y el Hijo porque ambos poseen una misma naturaleza divina.

Cristo es un Hijo, una persona, no en una sola naturaleza sino en dos naturalezas perfectas, inconfusas, inseparables, indivisibles. ¿A qué infierno se le ocurrió decir que en Cristo no había más que una sola naturaleza?

Siendo Dios se revistió de nuestra carne haciéndose hombre para la salvación de todo el género humano. Pero no sólo asumió nuestra carne sino también todas las consecuencias humanas y hasta asumió la cruz para liberarnos de la maldición y del pecado.

¿Por qué nació de la Virgen? Nunca lo podré comprender aunque ponga todo mi esfuerzo y talento en ello. Si Dios lo ha ocultado, ¿Quién podrá explicarlo? Sólo con la fe pueden percibirse estas cosas.

A Cristo se le dice ungido, aunque nunca fue ungido con óleo porque en el bautismo recibió el Espíritu Santo.

Dijo: "Pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya". De aquí se deduce que poseía dos voluntades contrarias: el Padre que quería que fuera a la cruz y él que no quería y bien sabemos que él siempre quería y elegía lo mismo que el Padre... Cristo vino a salvar a todos los hombres...

Un hombre entre los hombres

La cruz es la gloria de Cristo...No se había dado todavía la gracia porque Cristo no había pasado por la cruz. La cruz borró el odio de Dios a los hombres, reconcilió a los hombres con Dios, convirtió la tierra en cielo, mezcló a los hombres con los ángeles, destruyó las armas de la muerte, expulsó a los demonios, derrumbó los altares y sacrificios...fundó la Iglesia. La cruz es la voluntad del Padre, la gloria del Hijo, la exaltación del Espíritu Santo... Es más refulgente que el sol, brilla cuando se oscurece.

Del mismo modo que Joshue introdujo al pueblo de Israel en la tierra prometida pasando por el desierto así nuestro Salvador nos introdujo del desierto de la ignorancia y la idolatría, por medio del bautismo santo y salutar, en la Jerusalén celeste donde tenemos mansiones de descanso y vida pacífica.

El fundamento de nuestra salvación es la encarnación del Unigénito y su entrega por nosotros. Antes de esto la maldad ejercía su tiranía, la noche oscurecía el mundo, por todas partes tenían templos y altares los ídolos, se les ofrecían sacrificios de bueyes y de hombres...; pero después que disipó la nube de sus errores el sol de justicia apareció una luz espléndida por todas partes y desaparecieron los que se casaban con sus madres, las madres que mataban a sus hijos...

Los prodigios del Antiguo Testamento se han repetido en el Nuevo por Jesucristo, atendiendo Dios de diversos modos a nuestra salvación, juntando en él la profecía y los milagros.

Cristo te ha restituido lo que habías perdido. Incluso te ha dado más, porque habías perdido el paraíso y te ha dado el cielo... el diablo ya no tiene nada que hacer porque sus insidias nos prestan la ocasión de honrar a Dios. Perdiste el paraíso y te ha abierto el cielo, te impusieron el trabajo y te enriquecieron con la vida eterna, la tierra te producía espinas y abrojos y ahora te da frutos para que germine tu alma.

Puedes preguntarte si Cristo ha prometido la resurrección y ya la tienes prometida y avalada con muchos testimonios y el hecho de su misma resurrección. Esto probado non sigas temiendo a la muerte. El que teme duda y contrae un pecado insanable porque con su incredulidad hace a Dios impotente o mendaz.

Los Evangelios narran los milagros y signos que hizo durante su vida, pero el profeta Isaías lo declara ya creador de todo el universo y lo hace igual al Padre, del villorrio de Belén asegura que sería la más importante ciudad de Israel y se ha hecho ilustre en todo el orbe...Sigamos a los magos a la luz de la estrella para que descubramos a Cristo.

Jesucristo le dijo a Pedro que estaba inmune de pagar el tributo pues si los reyes de la tierra no reciben nada de sus hijos con más razón yo estoy inmune de ello que soy Hijo del rey celestial y rey.

¿Por qué llamó mínimas a sus leyes siendo tan sublimes? Porque él tenía que enseñarnos a practicarlas; de la misma manera que se humilla y habla tan modestamente de sí mismo, así se refiere a su ley para enseñarnos que procedamos siempre con modestia.

Si has llorado has imitado a Cristo que lloró sobre la ciudad de Jerusalén, en la muerte de Lázaro y se turbó ante Judas. En cambio, los evangelistas nunca dicen que se riera o que se sonriera... Propio de Dios es darnos un corazón contrito y humillado. Eso es un don de Dios... Reír siempre pertenece a los iniciados en el pecado.

Nuestras deudas con él

Son dos las venidas de Cristo la que ya sucedió y la que es futura. La primera no fue para examinarnos del pecado sino para perdonarnos, la segunda no será para perdonarnos sino para examinarnos.

Cuando Cristo se hizo mayor de edad fue celebrado por sus milagros durante tres años en Judea, en Siria y en otras partes. Ni siquiera se necesitaron tres años para que adquiriera fama, hizo tantos milagros que su nombre era conocido por todas partes... De niño no hizo milagros, pero en cambio era honrada su madre.

Cuando Cristo ruega al Padre sólo pretende actuar humildemente como hombre, pues rezar no es propio de Dios ni de aquel que se sienta en el mismo solio. Igualmente cuando da gracias no significa que necesite auxilios del cielo.

Cristo tiene poder sobre la vida y sobre la muerte... Cansado se sentó solo a la vera del camino para enseñar a sus discípulos que era ajeno a toda forma de fasto. Su doctrina no es suya, sino que viene del Padre.

Dos cosas demuestran su inefable amor que por sus enemigos padeció y murió y que por el bautismo concede el perdón de los pecados a todos.

Cristo con frecuencia hablaba del juicio, de su vida y de la resurrección porque son las cosas que más fácilmente pueden doblegar a un público obstinado. El que oye hablar del juicio sin duda se preocupa de que el juez le sea propicio.

Antes de morir encomendó a su madre al discípulo pensando que necesitaría consuelo y protección. De ese modo juntó dos amores. El discípulo lo entendió y la recibió en su casa. De este modo nos enseñó que el máximo honor debemos tributarlo a las madres.

Tienes que parecerte a Cristo imitando a Cristo: Si había que comer alimento comía panes de cebada, en las peregrinaciones nunca fue a caballo o en vehículos sino a pie de forma que se fatigaba, si había que dormir descansaba sobre el suelo o sobre la proa de una nave, sentado a la mesa permitía que se reclinaran en su pecho, vestía pobremente y con frecuencia caminaba solo sin compañía. Imita los desprecios de la cruz. Si así te vistes de Cristo habrás vencido todas tus pasiones.

A Cristo lo debemos imitar porque es el arquetipo perfecto no en el arte sino en el propósito. Si entramos en la oficina de un pintor no podremos imitar su imagen aunque la veamos mil veces. A Cristo lo podemos imitar conociéndolo sólo de oído.

Jesucristo anunciado por los profetas

Desde el anuncio en el paraíso de un Salvador nacido de una mujer hasta Zacarías, que predice la entrada de Jesús en Jerusalén montado sobre un pollino, la historia de la salvación

está llena de hechos y personas de signo profético. Sobresalen entre ellos las profecías de los escritores sagrados. En los tiempos de Cristo era común entre los rabinos de Israel la repetición de este aforismo en sus escuelas: *Los profetas no hablaron más que del Mesías y de los días del Mesías.*

San Juan Crisóstomo se ocupa de este problema a través de su rica exégesis del AT y, sobre todo, comentando los Evangelios. Él mismo fue llamado por Dios para proclamar la palabra divina y discernir la acción salvadora de Dios en las almas:

Los profetas conocieron a Cristo, le vieron venir a salvar a los hombres y a dispensarles los bienes que trajo. Si no lo hubieran conocido no lo hubieran deseado. Nadie puede desear aquello que no conoce. Ciertamente conocieron al Hijo de Dios y desearon su venida a los hombres.

Jesús echa en cara a los fariseos que no atendían realmente a los profetas puesto que no recibían a Aquél a quienes ellos habían profetizado. Si creyeráis, les dice, a Moisés también hubieráis creído en mí.

Jesús es Aquél que Daniel profetizó que vendría después de aquellas numerosas semanas. Basta contar los años que en número de semanas le fueron dichos a Daniel por el ángel, desde la reconstrucción de la ciudad al nacimiento de Cristo, para ver que se da perfecto acuerdo entre la profecía y el hecho.

Las profecías de tiempos diversos hablan de la vocación de los gentiles, de la predicación del nuevo reino, de su extensión por todo el orbe en paz, con los nombres de Judea y Jerusalén se referían a la Iglesia...Jacob también habló de la vocación de los gentiles, de la muerte y resurrección y del tiempo de la venida de Cristo.

Los profetas anunciaron los arcanos futuros...vieron a Cristo y conversaron con él. Los evangelistas y Pablo nos transmitieron las cosas que habían recibido y Lucas en los Hechos las cosas que sucedieron.

En cuando a señalar lugar y tiempo recordamos dos profecías, una es de Miqueas y dice así: “Y tú Belén, tierra de Judá, de ninguna manera eres la más pequeña entre los príncipes de Judá...” La otra es del patriarca Jacob, que señala con precisión el tiempo y da una gran señal del advenimiento de Cristo: “No faltará príncipe de Judá ni caudillo salido de sus muslos hasta que venga Aquél a quien está reservado y que será la expectación de las naciones”.

Se volvieron a Nazaret. He aquí la razón por la cual el ángel los tranquiliza y los vuelve a su casa y eso no sin motivo sino por razón también de una profecía: Para que se cumpliera lo que había dicho el profeta: “Será llamado nazareno”.

Jesús no se avergüenza de ser tenido por nazareno y cuando Herodes atenta contra su vida huye y cuando nace es puesto y reclinado en un pesebre y habita en un establo y toma una madre pobre. De este modo nos enseña que nada tengamos por vergonzoso, que desde el principio pisoteemos el tufo humano y que sólo estimemos la virtud.

Los profetas conocían la crucifixión de Cristo, pero Cristo la predijo con más claridad que los profetas.

El nombre Jesús

Los nombres entre los hebreos representaban la naturaleza de los seres. Por mandato divino (Lc 1,31) a Cristo, recién nacido, se le impuso el nombre de Jesús, que significa Salvador. La forma griega de ese nombre que ha dado origen a Jesús es el hebreo *Joshua* o “Dios salva”.

A San Juan Crisóstomo le sucede como a San Bernardo que este nombre le sabía cuantas veces lo pronunciaba *a miel en la boca*. Hay nombres que son aborrecibles como el de algunos dictadores, reyes o emperadores, Jesús es de por sí agradable y hermoso porque significa Salvador. Esta es la impresión que dan sus comentarios y aplicaciones espirituales:

En el Antiguo Testamento encontramos las figuras en el Nuevo la verdad. Josué que introdujo al pueblo de Israel en la tierra prometida es figura de Cristo... el nombre Jesús se lo dieron a San José desde el cielo y en hebreo significa Salvador.

Se le da nombre que alude a la salvación llamándole Jesús. Jesús, en efecto, no es nombre griego sino hebreo que quiere decir Salvador. Y Jesús es salvador porque vino a salvar a su pueblo.

Dios mismo, por el ministerio de un ángel enviaba a José el nombre que había de ponerse al niño. A la verdad, no es este un nombre impuesto al azar, sino un tesoro de bienes infinitos. El ángel mismo lo interpreta y en él funda las mejores esperanzas y de este modo lleva también a José a que crea su mensaje.

La historia nos dice que fue Josué, sucesor de Moisés, el que introdujo al pueblo en la tierra de promisión. Ahí tenéis la figura, mirad ahora la verdad: Jesús nos introduce en el cielo y en los bienes del cielo.

Isaías dijo: “Le llamarán de nombre Emmanuel”. No dijo le llamarás sino le llamarán, es decir, así le llamarán las gentes. En realidad se pone aquí el nombre a un acontecimiento y tal es el uso de las Escrituras que pone nombres a los acontecimientos. Consiguientemente, le llamarán Emmanuel no significa otra cosa sino que verán a Dios entre los hombres. Porque sí es cierto que Dios estuvo siempre entre los hombres, pero nunca tan claramente.

Infancia y vida oculta

Después de su nacimiento, circuncisión, huída a Egipto y su pérdida en Jerusalén con motivo de una peregrinación a los doce años, la vida de Cristo nos es totalmente desconocida, muy a propósito para alimentar la imaginación de algunos escritores. San Lucas resume todos estos años en estas tres lacónicas frases: “*Bajó con ellos y vino a Nazaret y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón. Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres*” (2,31-32).

Los rabinos en Israel no podían iniciar sus enseñanzas antes de los treinta años, de manera que no pudo ser otra la vida de Jesús que la normal entre los vecinos de Nazaret. Veamos la interpretación de San Juan Crisóstomo sobre estos hechos:

Los magos abandonan la patria, la casa, los amigos y parientes y emprenden una larga peregrinación afrontando grandes peligros...mediante un error en las cosas en que eran

familiares y peritos, se les aparece una estrella no como las que vemos sino una fuerza divina en forma de estrella... y viniendo encontraron al Señor de las estrellas...

No debemos ocultar las cosas depravadas de nuestros antepasados y tampoco las de Dios encarnado para que su majestad no se ofenda...No vino a huir de nuestro oprobio sino a retirarlo de nuestro medio. No nos llama la atención que muriera o fuera crucificado y tampoco que entre sus progenitores hubiera hombres verdaderamente ímprobos...hubo también mujeres meretrices, como Rahab, Tamar...

El hecho de que su madre viviera habitualmente en Nazaret y, sin embargo, le fuera a dar a luz en Belén, muestra que su nacimiento allí fue disposición de la providencia divina.

Muchas cosas más sucedieron allí, en Jerusalén, que cuenta Lucas puntualmente: lo de Ana, Simeón, Zacarías, los ángeles, los pastores. Todo lo cual, de habersele prestado atención, daba más que sobrada ocasión a los judíos para tratar de averiguar lo acontecido. Porque si los magos que vinieron de Persia dieron con el lugar del nacimiento, con mayor facilidad lo hubieran descubierto los que vivían a unos pasos de Belén.

Nadie fuera de Cristo ha hecho glorioso y célebre aquel lugarejo, pues a partir de su nacimiento de todos los lugares de la tierra acuden gentes para ver el pesebre y la cueva. Que es lo que antaño había predicho el profeta: “En manera alguna eres la más pequeña entre los príncipes de Judá”, es decir, entre los príncipes de las tribus. Al hablar así comprendió también a Jerusalén.

¿Y por qué, me diréis, es enviado el niño a Egipto? La razón la da el evangelista: “Para que se cumpliera lo que fue dicho por el profeta: De Egipto he llamado a mi hijo”. Pero juntamente el Señor anunciaba a toda la tierra un como prelude de buenas esperanzas. Como en Babilonia y Egipto ardía más que en parte alguna el incendio de la impiedad, al mostrar el Señor desde el principio que las ha de corregir y mejorar persuade a la tierra entera a que tenga buena esperanza. De ahí que a los magos los manda a tierra de Babilonia y él mismo con su madre marcha a Egipto.

Súfrelo todo generosamente sabiendo que eso acompaña especialmente a los espirituales, que esa es tu herencia: tentaciones y pruebas por todas partes. Mira cómo sucede con la madre del niño y con los magos. Estos tienen que retirarse como fugitivos y a aquélla, que no había traspasado jamás los umbrales de su casa, se le manda emprender tan largo y molesto viaje sólo por haber tenido aquel maravilloso parto, aquel espiritual alumbramiento.

Esto hace ilustre y gloriosa a la Virgen. Lo que el pueblo judío entero tenía por timbre de gloria, haber salido de Egipto, eso mismo podía ella tenerlo en adelante. Mucho se enorgullecían y blasonaban ellos de haber salido de Egipto..., pues lo mismo es ahora prerrogativa de la Virgen... El niño con su venida santificó toda aquella tierra.

Vuelto a Nazaret la vida de Cristo estaba por entonces como en la penumbra... Porque si es cierto que a los doce años tuvo una aparición fue para quedar rápidamente otra vez en la sombra. Por eso necesitaba ahora de una brillante introducción en escena, de un comienzo más alto que el de su infancia. De ahí que Juan predica ahora el reino de los cielos, por lo que hay que entender el advenimiento de Cristo.

La vida pública de Jesús

Jesús comenzó su vida pública recibiendo el bautismo en el río Jordán de manos de Juan el Bautista. Toda está inspirada en una vida de voluntaria autonegación y entrega a la voluntad del Padre. Desde este momento su biografía la conocemos mejor que la de los hombres más famosos de su tiempo, sean reyes, filósofos, escritores o emperadores. Conocemos sus tentaciones en el desierto, su predicación, la elección y enseñanzas de sus discípulos, los milagros, sus correrías apostólicas, viajes a Jerusalén, etc. y hasta detalles como su presencia en una boda o en casas como invitado por sus amigos.

San Juan Crisóstomo se ha detenido en su predicación saboreando el significado y trascendencia espiritual de su vida. Lo que más le ha interesado es la doctrina sobre el reino de Dios, la paternidad de Dios y fraternidad de todos los hombres, sus relaciones con el Judaísmo y la especial relación con sus discípulos a los que instruyó especialmente y los preparó para gobernar su Iglesia. La abundancia de estos testimonios nos obliga a escoger solamente algunos de ellos.

San Juan Crisóstomo comenta los hechos más significativos de la vida pública de Jesús: Sus muchos milagros, el anuncio de su pasión y resurrección, su fracaso entre sus paisanos de Nazaret, su transfiguración, etc.:

Jesús se bautizó a los treinta años porque después de bautizarse quería derogar toda la Ley. Y es que no todas las pasiones nos atacan a la misma edad. En la primera predomina la imprudencia y la timidez, en la siguiente nos acomete el ansia del placer, luego la codicia de las riquezas. Pasada toda esta edad con la más estricta observancia de la Ley se presentó a ser bautizado.

El bautismo de Juan era simple lavatorio de arrepentimiento, que sólo llevaba a confesar las propias culpas. Para que nadie pensara que venía a él con esta intención de antemano corrige Juan semejante idea, llamándole cordero de Dios y redentor de todos los pecados de la tierra. Jesús se lo suplicó a Juan y éste obedeció inmediatamente.

Para que nadie creyera que Jesús era uno de tantos que venía a bautizarse, apenas se bañó Jesús se abren los cielos y desciende el Espíritu Santo y juntamente con él se oye una voz que pregona la dignidad de Unigénito allí presente.

Si el Señor ayunó no fue porque él tuviera necesidad de ayuno, sino para enseñarnos a nosotros...

Una vez que tuvo hambre se le acercó el tentador y le dijo: “Si eres el Hijo de Dios haz que estas piedras se conviertan en pan...” Se ve que empieza por la necesidad del vientre... Como por ahí ofendió a Dios el primer hombre y transgredió la ley Cristo nos enseña con creces, que aun cuando lo que nos mandara el demonio no fuera trasgresión, ni aun así hemos de hacerle caso.

En la segunda tentación el demonio le manda precipitarse del alero del templo. Lo que hizo con nuestros primeros padres eso mismo hizo aquí. Allí calumnió a Dios diciéndoles: “No, el día mismo que comáis se os abrirán vuestros ojos”. Con lo que les quería dar a entender que habían sido engañados y estaban ilusos y no le debían beneficio alguno... Aquí Jesús quería enseñarnos que al diablo hay que vencerle no por medio de milagros, sino por la

paciencia y la longanimidad y que por otra parte, nada absolutamente debemos hacer por ostentación y ambición de gloria.

Por fin, le tienta por la pasión más fuerte de todas: la codicia de tener cada vez más. ¿Cómo, pues, hay que vencerlo? Del modo que Cristo nos ha enseñado: refugiándonos en Dios, sin abatirnos por el hambre, pues tenemos fe en el que puede alimentarnos con sola su palabra y sin tentar en los mismos bienes que hemos recibido al mismo que nos los ha dado. Contentémonos con la gloria del cielo y no hagamos caso alguno de la humana.

Jesús se retiró a Cafarnaún. ¿Por qué? Para enseñarnos a no arrojarnos nosotros temerariamente a las tentaciones, sino saber ceder y retirarnos. Porque no se nos puede culpar de que no nos precipitemos voluntariamente al peligro, sino de que, venidos a él, no nos mantengamos firmes valerosamente.

Considerad la fe y obediencia de estos discípulos. Hallándose en medio de su trabajo y bien sabéis cuán gustosa es la pesca, apenas oyen su mandato, no vacilan ni aplazan un momento su seguimiento. No le dijeron: Vamos a volver a casa a decir adiós a los parientes, No, lo dejan todo.

¿Veis cómo Él mismo levanta a Pedro a más alta idea de él y se revela a sí mismo y demuestra ser Hijo de Dios por estas dos promesas que aquí le hace? Porque cosas que atañen sólo al poder de Dios, como son perdonar los pecados, hacer incommovible a su Iglesia aun en medio del embate de tantas olas y dar a un pobre pescador la firmeza de una roca aun en medio de la guerra de toda la tierra, eso es lo que aquí promete el Señor que le ha de dar a Pedro.

Su predicación

Ya hemos visto cuál era el contenido de la predicación de Jesús, ahora San Juan Crisóstomo se preocupa de su estilo, de la forma de su predicación. No se había formado en las escuelas rabínicas, hablaba el lenguaje del público en arameo o hebreo según los casos, acudía a comparaciones y parábolas fáciles de entender, caminaba sin descanso por pueblos y ciudades hablando del amor de Dios a todos los hombres y demostrando el suyo propio a pobres, enfermos, necesitados, sin excluir a nadie fueran ricos o descreídos. Muchas de sus imágenes eran sacadas de la agricultura o pastoreo.

San Juan Crisóstomo es un orador clásico, formado en la escuela de Libanio, el más célebre de los profesores de Antioquia. Salvada esta novedad en todo lo demás es imitador perfecto de su maestro Jesús en estilo, uso del lenguaje, comparaciones, ejemplos y amor a todos:

Al principio Jesús repite la misma predicación de Juan sobre el reino de Dios. Todavía no habla de sí mismo sino que se contenta con predicar lo que Juan había ya predicado. Realmente era bastante que aceptaran por entonces aquella predicación puesto que no tenían sobre el Señor la opinión debida.

Juan acudía a las comparaciones en su predicación para atraer y persuadir mejor a las gentes. De ahí que el mismo Cristo hablaba del mismo modo con ellos mezclando en sus razonamientos la era, la siega, la viña, el lagar, la tierra labrantía, la red, la pesca y todas las faenas ordinarias en las que sus oyentes se habían criado.

Marcos para darnos a entender que Jesús no introducía novedad alguna hablando en parábolas nos recuerda al profeta, que predice ese modo de enseñanza. Y para darnos a conocer la intención de Cristo que así hablaba a la muchedumbre, no para mantenerla en la ignorancia, sino para incitarles a preguntarle, prosigue: Y sin parábolas no les enseñaba nada.

Unas veces nos adoctrina abriendo su boca otras con la voz de sus obras. No penséis que hablaba sólo con sus discípulos, sino por ellos se dirige a todos sin excepción. Como aquella muchedumbre estaba compuesta por gentes del pueblo el Señor que tenía allí el coro de sus discípulos, a éstos dirige primeramente sus razonamientos. Intentando hablar primeramente con ellos pretendía que su doctrina no resultara odiosa a los demás, que tan necesitados estaban de su divina enseñanza.

Ni aun después que hubo bajado del monte se alejaron de él sus oyentes, sino que toda aquella concurrencia le fue acompañando. Tan grande amor a sus palabras supo el Señor infundirles. Pero lo que señaladamente admiraban era la autoridad con que hablaba. Porque Cristo, en efecto, no decía lo que decía refiriéndose a otro, como hicieron los profetas y el mismo Moisés, sino declarando en todas partes ser él quien poseía la autoridad. Por eso al establecer sus leyes añadía constantemente: Pero yo os digo.

Nadie habló como él. Los profetas decían: Esto dice el Señor. No así el Hijo. Es que aquellos anunciaban las órdenes de su Señor; pero el Hijo nos traía las de su Padre. Cuando digo las de su Padre digo también las tuyas propias... Los profetas hablaban a los siervos de Dios como ellos; pero Cristo ponía leyes a sus propios siervos.

La doctrina de Cristo es la verdadera sabiduría, única digna del cielo. Esta es la que les fue anunciada por los pescadores. De ahí que, juntamente con la pureza de la doctrina estos monjes nos dan ejemplo de extraordinario fervor de vida: Desnudos de todas las cosas, totalmente crucificados al mundo, para socorro de los necesitados practican además el trabajo corporal... y aprovechan la tranquilidad del silencio para el trabajo espiritual.

Lo que señaladamente cabe admirar en la enseñanza del Señor es que en todas partes pone muy preferentemente los premios de los combates a los que nos invita a los seguidres. Por ejemplo, ver a Dios, heredar el reino de los cielos, llegar a ser hijos de Dios y semejantes a él, alcanzar misericordia, ser consolados, tener más grande paga en el cielo. Y si hay que mencionar cosas tristes lo hace con mucha parsimonia.

¿Por dónde, pues, empieza el Señor y qué fundamento echa para la nueva forma de vida? Escuchemos con toda diligencia sus palabras. Porque fueron, sí, pronunciadas para los que las oyeron sobre el monte; pero se consignaron por escrito para cuantos sin excepción habían de venir después. De ahí justamente que mirara el Señor, al hablar, a sus discípulos, pero no circunscribe a ellos sus palabras. Las bienaventuranzas se dirigen, sin limitación alguna, a todos los hombres.

Al hablar del perdón a nuestros enemigos se refiere a nuestro Padre. Al hablar así no hace sino conservar para el momento oportuno la doctrina sobre su propia filiación divina. Explicando en qué consiste nuestra semejanza con nuestro Padre de los cielos dice: Él hace salir el sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos e injustos. Él no sólo no aborrece sino

que ama a los mismos que le injurian...Tú eres despreciado por quien es esclavo como tú; pero Dios lo es por su propio esclavo, tú si ruegas por tu enemigo no le das más que palabras, Dios, empero, le ofrece grandes y admirables cosas. No aborrezcas, pues, a quien te hace mal.

El Señor no excluye el Antiguo Testamento sino que lo alaba y públicamente le llama un tesoro. De suerte que quienes ignoran las Escrituras no pueden ser amos de casa; esos que de suyo no tienen nada ni de los otros lo reciben, sino que a sí mismos se permiten morir de hambre. Y no sólo éstos. Tampoco los herejes gozan de esta bienaventuranza, pues no pueden sacar de su tesoro lo nuevo y lo viejo. Lo viejo no lo poseen y, por tanto, tampoco lo nuevo; como los que no tienen lo nuevo tampoco lo viejo.

Muchas de las cosas que sucedieron en la vida del Señor eran imagen de su doctrina divina. A este mensaje Pablo le llama unas veces Evangelio de la justicia y otras Evangelio de la paz y Evangelio de la potencia. Evangelio de la justicia porque invita a todos a la salvación, Evangelio de la paz porque ha anulado las guerras del demonio y Evangelio de la potencia porque anuncia el conocimiento de Dios con las palabras más simples.

El mensaje de Jesús

Después de vida oculta en Nazaret viviendo como un ciudadano más entre parientes y amigos comenzó a predicar una mayor cercanía del reino de Dios, es decir, Dios ama a todos los hombres, protege y ayuda, nos quiere salvar y pronto lo íbamos a experimentar. Era un mensaje nunca oído entre las gentes de su pueblo.

Los cristianos y San Marcos (1,1) llamaron a este mensaje Evangelio, *evangélion*, que significa “buenas noticias”. Abarca todo el mensaje cristiano comprendiendo todo lo que Dios iba a hacer con el mundo a través de Jesús. Escogieron este nombre porque en la cultura helénica y para los griegos era un anuncio o pregón al pueblo de victoria en una guerra. Entre los romanos se dijo que el nacimiento de Augusto había sido el comienzo de “buenas noticias” para el mundo. Isaías había anunciado la venida del Mesías como una victoria de Dios contra sus enemigos, el pecado y la muerte. Este es el reino que instauraría Jesucristo con su muerte y resurrección.

Su Evangelio sigue teniendo admiradores hasta entre los no creyentes. Nos bastan dos ejemplos. André Gide escribió: *La doctrina de Cristo es la más excelente y maravillosa que se conoce.* El mismo Renán confiesa también: *Jesús es el mayor profeta de la historia. Esta persona sublime, que continúa presidiendo cada día el destino del mundo, podemos llamarla divina.* El filósofo judío B. Spinoza llama a Jesús *el mayor de los profetas.*

La “buena nueva” para todo el mundo es el Evangelio que la Iglesia tiene que proclamar. Estas son las ideas evangélicas principales que inspiraron a San Juan Crisóstomo los más bellos pensamientos:

En los puntos principales, en lo que atañe a los deberes de nuestra vida y al objeto de nuestra fe no se halla en los evangelios la más mínima discrepancia. ¿Qué puntos son esos? Que Dios se hizo hombre, que obró prodigios, que fue crucificado, que fue sepultado, que resucitó, que subió al cielo, que nos ha de juzgar, que nos dio mandamientos saludables, que

no estableció una ley contraria a la antigua, que es Hijo, que es Unigénito, que lo es por naturaleza, que es de la misma sustancia que el Padre y otras verdades por el estilo.

Mateo muy propiamente llamó a su obra Evangelio o “noticia buena”, pues Jesús vino a anunciar a todos la desaparición del castigo y el perdón de los pecados, la justicia, la santidad y la redención, la filiación divina, la herencia de los cielos y el parentesco con el Hijo de Dios. Esas noticias se daban a los enemigos, a los ingratos, a los que estaban sentados en las tinieblas. ¿Qué noticias puede haber comparables con éstas? ¡Dios sobre la tierra y el hombre en el cielo!

Debemos estimar el Evangelio por encima de todo: las parábolas de la levadura y del grano de mostaza se refieren principalmente a la oculta fuerza del Evangelio, que había de transformar absolutamente a la tierra entera; éstas nos ponen, más bien, de manifiesto su valor y precio.

La virtud y conocimiento del Evangelio debe extenderse a todos los confines de la tierra, cambiando la fiereza y dureza de las costumbres del género humano en la mayor mansedumbre y blandura.

Los tres evangelistas habían puesto su empeño en poner de relieve la economía de la salvación y parecía haberse pasado en silencio la doctrina acerca de la divinidad de Cristo. Para llenar esta laguna movió Cristo a Juan a componer su Evangelio. Esto es patente no sólo por la historia misma, sino por el prólogo de este Evangelio.

Y no se diga que el Evangelio es fácil de aceptar por enseñar cosas menudas y a ras de tierra, pues la doctrina es mucho más elevada que la de los filósofos. De la virginidad, por ejemplo, no conocieron éstos ni la idea ni el nombre; y lo mismo se diga de la pobreza, del ayuno y de otros puntos elevados.

No pensemos, pues, que los preceptos del Señor son imposibles. En realidad si estamos vigilantes no sólo son sobremanera fáciles, sino también provechosos; tanto que no sólo nos aprovechan a nosotros, sino también y en sumo grado a los mismos que pretenden perjudicarnos.

Dios mandó en el Antiguo Testamento que llevaran puestas las filacterias y otros muchos signos para que se acordaran de sus preceptos y beneficios, tratándolos como a niños. Ahora también nuestras mujeres llevan los Evangelios colgando de su cuello...Lo que quiere Dios es que te portes bien y te acuerdes de sus obras...

Admira la historia narrada por los discípulos. Su amor a la verdad se demuestra porque las cosas que parecen denigrantes las cuentan con toda verdad, sin ocultar nada, sin avergonzarse de ellas, más bien, considerando una grande gloria que el Señor del mundo hubiera sufrido de ese modo.

Pablo fue llamado por Cristo para predicar un Evangelio que procedía de los cielos. Esta misión no era propia de hombres sino de los apóstoles.

¿Dónde están los escritos de los filósofos, de los retóricos, de los sofistas y escritores? Han desaparecido de la vista, han perecido. La victoria ha sido tan espléndida que no

aparecen. ¿Dónde está el sabio? Apareció la cruz y todos se disolvieron, se oyó la predicación y todo se disolvió con más facilidad que una tela de araña.

El Evangelio es una sola voz; pero contiene un inmenso piélago de sentencias. La palabra de Dios es como una margarita que brilla sobre todas las cosas no por la multitud de sus dichos sino por la gracia de esos dichos pletóricos de fuerza.

De la misma manera que el rayo precede al trueno así antes que tronara Juan le precedieron tres evangelistas que brillaron como rayos anunciándonos la salvación y sonó después el trueno de la teología superándolos en sublimidad.

Jesús demuestra su autoridad con milagros

Es el milagro un acontecimiento en el que interviene Dios para mostrar su poder, ayudar a los hombres y avalar a sus profetas y santos. Dios interviene en la vida de las personas de manera especial en muchas ocasiones. Con Jesucristo los cojos caminaban, los ciegos recuperaban la vista, los paralíticos recobraban el movimiento obedeciendo a su voz y en varias ocasiones resucitaron los muertos. El mismo culminó su historia resucitando tres días después de muerto. Conocía también el pensamiento interior de las personas, predecía el futuro y perdonaba los pecados. Todos estos signos son las credenciales de su divinidad.

San Juan Crisóstomo se ocupa principalmente de todos los milagros de Jesús en sus famosas homilías sobre San Mateo. La resurrección de la hija de Jairo, la curación de la mujer hemorroísa, los dos ciegos de Jericó, el criado del centurión, la suegra de Pedro, el paralítico de Cafarnaún, el hombre de la mano seca, la multiplicación de los panes dos veces, la curación de la hija de la mujer cananea, el lunático epiléptico, la oreja de Malco, etc. le inspiran hermosos y oportunos comentarios en los que resalta su divinidad.

El Santo recuerda también los milagros del Señor en el resto de sus escritos. No pretende directamente hacer apologética, le interesa más que sus oyentes comprendan el propósito de Cristo en cada caso. La fe en un Dios que ama es esencial para que los fieles entiendan los milagros. No siempre los milagros fueron entendidos por todos los testigos oculares, advierte San Juan; por eso le interesaba fortalecer la fe de los oyentes y su lealtad ante el Señor:

Jesucristo hablaba de sí mismo, de la Iglesia y de las cosas futuras y a la vez que decía esto lo probaba con sus milagros. A Lázaro lo resucitó con una sola palabra, de la Iglesia predijo que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella. Lo que predijo hace tantos años ha quedado comprobado.

Comienza a hacer milagros para confirmar cuanto Juan había dicho de él... Ahora cuando el Señor va a introducir la más alta forma de vida y pronunciar palabras que jamás se habían oído, con sus milagros les quiere confirmar lo que les quiere decir. Y es que, como el reino que predicaba no era visible él lo hace patente por sus milagros visibles.

Los milagros que hizo son innumerables. Curó a una mujer que padecía hemorragias de sangre, resucitó a una niña, a un muchacho y a Lázaro...pero muchos hombres no creen en los milagros... también aquí es necesaria la gracia para creer.

Notemos que el Señor ni se ocupa constantemente en la enseñanza ni obra constantemente milagros, sino que a tiempos hace lo uno a tiempos lo otro. Así pone variedad de medios en la salvación de los que le siguen y permanecen a su lado y por los milagros aparece como maestro digno de crédito y por la enseñanza de su doctrina prolonga e intensifica el fruto de los milagros. Este fruto era como llevarlos de la mano al conocimiento de Dios.

Mas tú considera, te ruego, la prudencia del Señor y cómo sabe variar para utilidad de sus oyentes, pasando por los milagros a los discursos y de éstos nuevamente a los milagros. Porque fue así que, antes de subir al monte había curado a muchos, como abriendo camino a sus palabras, y ahora, después de todo aquel largo razonamiento, otra vez vuelve a los milagros confirmando los dichos con los hechos.

Jesucristo hacía milagros invisibles y otros visiblemente para demostrar que era el unigénito Hijo de Dios y señor de toda la naturaleza. Colgado todavía en la cruz, el sol se obscureció, la tierra tembló, muchos muertos resucitaron e ingresaron en la ciudad. Y el muerto que había estado clavado en la cruz también resucitó y mandó a sus once discípulos que fueran por todo el mundo a predicar la inmortalidad y premios futuros.

Mas ahora ya no necesitamos la visión sensible, pues la fe nos basta por todo. Los milagros, en efecto, no son para los que creen sino para los que no creen.

Tampoco los milagros solos son suficientes si no existe la buena y grata disposición de una buena voluntad. Se hicieron muchos milagros delante de los judíos y de ningún provecho fueron para su salvación.

Pasión, muerte y resurrección

Estos tres hechos son los más trascendentales en la vida de Jesús. Las autoridades judías presentaron a Jesús ante el gobernador de Roma Poncio Pilato como digno de la pena capital por haberse proclamado Mesías. Todo sucedió probablemente entre los años 30 al 33 de nuestra era. Los evangelistas no describen la crucifixión como una tragedia sino como un acontecimiento previsto por Jesús y querido por el Padre para liberarnos del pecado y de la muerte. Para los judíos era una nueva idea del Mesías.

La idea de un Mesías sufriente fue precisamente el obstáculo principal que encontraron sus propios discípulos para entender su muerte y resurrección. Después de resucitar al tercer día de la muerte, que tanto les había hecho llorar, Jesús se apareció en muchas ocasiones a sus discípulos con cuerpo transformado y glorioso, pero perfectamente reconocible dándoles pruebas para que no pensarán que era producto de su imaginación. Mientras la carne de todos los hombres se convierte en polvo y ceniza Jesús había vuelto a su antiguo ser personal. Toda la predicación de los primeros días se basa en estas pruebas. Entonces recordaron y comprendieron cuanto Jesús les había dicho. Más tarde la venida del Espíritu Santo les hizo comprender completamente que las promesas del reino de Dios se cumplían en la Iglesia.

El deleite que producían en los fieles de Antioquia y de Constantinopla estas exposiciones doctrinales de San Juan Crisóstomo se demuestra por los aplausos que frecuentemente brotaban de sus corazones. He aquí algunas de ellas:

La expulsión de los vendedores del templo la cuenta también Juan; mas éste la pone al comienzo del Evangelio y Mateo al fin (Mt 21,12, Jn 2,14). Lo más probable es que se trata de dos hechos distintos acaecidos también en ocasiones distintas. La prueba la tenemos en los tiempos y en la respuesta que da el Señor a los judíos. Pero no es éste el único modo como manifiesta su autoridad, sino también curando variedades de enfermedades.

El apóstrofe a Jerusalén despidiéndose de la ciudad santa: “¡Jerusalén!, ¡Jerusalén!” expresa la compasión y lástima que por la misma ciudad siente y el vehemente amor que le tiene. Como si hablara con su amada, siempre tiernamente querida, pero que desprecia a su amante y por ello iba a sufrir el castigo... Y ¡Cuánto amor no delata esa imagen de la gallina! Porque amor ardiente es el que esta ave tiene por sus polluelos...

Como siempre le echaban en cara que era contrario y enemigo de Dios él trata de atraérselos mostrándoles su conformidad con el Padre... aludiendo también aquí el Señor a su resurrección y segundo advenimiento.

Como el relámpago sale de oriente y brilla hasta occidente así será el advenimiento del Hijo del hombre... El relámpago no necesita quien le anuncie, no necesita de heraldo. Aun a los ojos de quienes estén sentados dentro de sus casas o en sus recámaras, en un instante de tiempo aparecerá él por sí mismo en toda la extensión de la tierra. Así será aquel segundo advenimiento, que aparecerá a la vez en todas partes por el resplandor de su gloria.

Cristo permitió la negación de su apóstol para darle una lección de humildad. Prueba esto lo que él mismo dice: “Yo he rogado por ti a fin de que no desfallezca tu fe”. Esto lo dijo el Señor para conmovérle a él particularmente y darle a entender que su caída es más grave que la de los demás y que necesitaba mayor auxilio. Dos faltas, en efecto, cometía entonces Pedro, contradecir al Señor y preferirse a los demás. Y hasta podemos añadir una tercera, que todo se lo atribuía a sí mismo.

Estaban los discípulos tan inseparablemente unidos a su Maestro que tuvo el Señor que decirles en el huerto: “Permaneced aquí mientras yo me retiro a orar”. Porque tenía él costumbre de orar a solas. Lo cual hacía para enseñarnos a nosotros que también nos procuremos para nuestras oraciones la mayor tranquilidad y soledad.

Ahora que tan inesperadamente lo tenían entre sus manos prefirieron dejar a un lado la pascua a trueque de saciar su criminal deseo. De ahí que se juntaron todos y se formó un consejo de pestilencia y hasta se interrogó a algún testigo queriendo dar a la insidia una apariencia de tribunal.

Como vieron que Pilatos no hacía ningún caso de lo que ellos habían tramado derivan la acusación al Señor hacia los delitos políticos. Así lo hicieron más adelante con los apóstoles a quienes no se cansaban de acusar que andaban por todas partes pregonando por rey a un tal Jesús (Hech 17,7). Cristo ante Pilatos confesó que era rey, pero rey del cielo. Lo cual expresó otro evangelista más claramente: “Mi reino no es de este mundo”. Pilatos no podía tener motivo alguno para acusarle de esto.

Los soldados del pretorio, crueles e inhumanos hacían juego de sus injurias y cuando debían haberle compadecido, cuando debían haber llorado como hacía el pueblo

mismo, hicieron lo contrario: Le injuriaron y burlaron, no sabemos si por congraciarse también ellos con los judíos o movidos de su propia malignidad.

Le han desnudado, le han crucificado, le han dado a beber vinagre; pero aún pasan más adelante. Le contemplan clavado en la cruz y todavía le escarnecen ellos y los que por allí pasan y le echan en cara lo que más podía herirle: Que todo aquello lo sufría por impostor y embustero, como un arrogante que por bravuconería había dicho lo que dijo.

Este José es el que antes estaba escondido; mas ahora, después de su muerte da muestras de grande audacia. No era un hombre vulgar, de los que pasan inadvertidos sino que formaba parte del consejo y era muy ilustre. De ahí el extraordinario valor de que dio pruebas, pues se exponía al atraerse su benevolencia con Jesús la odiosidad de todos al atreverse a pedir su cuerpo.

Recordemos siempre los golpes, risas, desprecios, risas... y lo que sufrió durante toda su vida... Recordemos estas cosas, queridísimos, noche y día, llevémoslo en nuestras almas para anunciar los bienes y beneficios recibidos.

No se equivoca el que a su pasión le llamara acción porque sufriendo llevó a cabo aquella grande y maravillosa obra que destruyó la muerte y completó con otras acciones la redención de todo el género humano.

No pienses que porque murió una vez ya era mortal. No obstante esto, permanece inmortal porque con su muerte murió la muerte matando nuestro pecado que causó la muerte, no su pecado.

Convenía, en efecto, que la resurrección sucediera mientras ellos estaban sentados haciendo la guardia y consiguientemente que se diera dentro de los tres días, pues, de haberse dado pasados estos y después de retirarse la guardia, el hecho se hubiera prestado a sospecha....Ellos no miraban más que una sola cosa: Satisfacer su maldad como si con ello hubieran de alcanzar la definitiva victoria... sólo consiguieron dar pública autenticidad a la sepultura y hacer así creíble la resurrección.

He aquí otra cosa realmente admirable: Su resurrección no es semejante a otras resurrecciones. Lo detuvo la muerte, pero no pudo hacer más.

¿Por qué fue crucificado? No por sus propios pecados porque resucitó. Si tenía pecados no podía resucitar y si resucitó es que no era pecador.

Los guardias observaban cuidadosamente cuando pudiera suceder. ¿Cómo robar el cuerpo en sábado? ¿Cómo acercarse al sepulcro violando la ley? ¿Cómo convencer a las turbas después? ¿Cómo atreverse a hacer esto los que huyeron durante el proceso? Es patente que los discípulos no pudieron fingir la resurrección.

Mirad cómo Jesús da la buena noticia a sus discípulos por medio de las mujeres honrando, como tantas veces he dicho, al sexo más despreciado, dándoles las mejores esperanzas... Tal vez hubiera querido alguno de vosotros abrazar los pies de Jesús...mas también ahora podéis abrazar no sólo los pies y las manos, sino también aquella misma divina cabeza, si con pura conciencia os acercáis a la sacrosanta eucaristía.

Los profetas enviados a un solo pueblo muchas veces rehuían su misión. Los apóstoles, empero, enviados al orbe de la tierra, nada le oponen al Señor. Recuérdales además el fin del mundo a fin de atraerlos más y que no miren sólo las molestias presentes, sino también los bienes por venir, que no tienen término.

Cierto jefe de la sinagoga aparece en los Evangelios llorando a sus muertos, pero vivían todavía en la antigua ley. Aún no había resucitado Jesucristo. El Señor también lloró ante el sepulcro de Lázaro, mas no como forma de sentir a los muertos sino para demostrar con sus lágrimas la verdadera resurrección del amigo.

Llevemos siempre la pasión de Cristo en nuestra mente, la corona de espinas, el vestido, la capa, las heridas, los azotes, esputos, irrisiones. Traídas estas cosas frecuentemente a nuestra mente pueden reprimir toda forma de ira cuando se rían de nosotros y nos torturen.

Jesús mismo demostró que nada impedía que su pasión y muerte permanecieran eternamente... De su pasión y muerte brotó la Iglesia, no es ninguna deshonra... Pilato se dio cuenta y lo enterró como a un hombre grande y admirable como era costumbre entre los judíos.

La resurrección de Cristo es signo de su divinidad... ¿Por qué sus discípulos no creyeron que resucitaría de entre los muertos? Porque todavía no había venido sobre ellos el Espíritu Santo.

Su misión redentora

La idea de la redención es común a varias religiones que la unen con la liberación del sufrimiento, del pecado y de la muerte. Esto se ha llevado a cabo por la encarnación y muerte de Jesucristo. Por la encarnación nos ha llevado a la comunión con Dios y por la redención ha pagado el rescate que debía pagar la humanidad. En la Edad Media el teólogo Escoto defendió que el Hijo de Dios se hubiera encarnado aunque el hombre no hubiera necesitado redención. Todo en Dios es obra de amor.

Todos estos aspectos se tratan en los escritos apostólicos, especialmente en las epístolas de San Pablo, ampliamente comentadas por San Juan Crisóstomo. Dios podía haber redimido al hombre de muchas otras maneras; pero mientras los Padres latinos, como San Agustín, colocaron su énfasis sobre el carácter expiatorio de nuestros pecados con el sacrificio de Cristo, en los griegos, entre lo que se cuenta San Juan Crisóstomo, predomina la idea de la restauración de la vida divina en el hombre.

La redención es para San Juan el motivo supremo de la encarnación. Con su muerte expiatoria nos ha sustituido a nosotros porque así lo dispuso el Padre. Pagando con el sacrificio de la cruz la redención ha sido sobreabundante, un pago mayor del que debíamos. Hemos sido comprados a precio muy subido en la cruz. El Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos a nosotros hijos de Dios:

Con la muerte, que era el arma más potente del diablo contra todo el orbe, Cristo lo venció. ¿Ves qué favores hizo esta muerte? ¿Por qué le temes si ha quedado inane y ociosa? Ya no es terrible sino pisoteada, vil y despreciada, sin ningún precio.

Cristo murió en la cruz para que nosotros muriéramos en el bautismo no en la carne sino al pecado. Fíjate qué muerte tan diferente. Él murió en la carne nosotros al pecado.

Cristo es mediador del Nuevo Testamento. El testamento se hace en el último día de la muerte. Así sucedió, a unos hizo herederos a otros los desheredó.

En ninguna parte aparece remisión de los pecados antes de la cruz; a su sangre se atribuye siempre esta gracia. Así Pablo dice: “Fuisteis lavados, fuisteis santificados, no por el bautismo de Juan, sino en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios”.

Como el Señor todo lo sufría y hacía para nuestra enseñanza quiso también ser conducido al desierto y trabar allí combate contra el diablo, a fin de que los bautizados, si después del bautismo sufren mayores tentaciones no se turben por ello, como si fuera cosa que no es de esperar. No, no hay que turbarse, sino permanecer firmes y soportarlo generosamente como la cosa más natural del mundo.

Si así lloras tú también, serás imitador de tu divino dueño, que también lloró. Lloró sobre Lázaro y sobre Jerusalén y se turbó por la perdición de Judas. Muchas veces le vemos llorar, pero nunca reír, ni siquiera sonreír suavemente. Por lo menos ninguno de los evangelistas nos lo cuenta... Tú, pues, que de tantas cosas tienes que dar cuenta, ¿te estás ahí riendo, diciendo chistes y entregándote al placer?

Él no fue rey de ningún reino temporal, como lo declaró ante Pilatos. Nada que tal realeza delatara hubo en Cristo ni guardia de lanceros, ni escolta de escuderos, ni caballería, ni troncos de mulas. Él llevó vida sencilla y pobre sin más compañía consigo que doce hombres también pobres.

Después que Jesús hubo llamado a Mateo, le honró además con el más alto honor sentándose después con él a la mesa. De este modo quería el Señor aumentar en él la confianza y su buen ánimo para lo por venir... Mas no se sienta sólo a la mesa con Mateo, sino con otros muchos publicanos, no obstante, echársele también en cara que no apartaba de sí a los pecadores. Hasta comiendo procuraba la salud de las almas.

Su solicitud era por la oveja perdida... Mirad por cuántos modos nos induce el Señor al cuidado de estos hermanos nuestros despreciables. No digas, pues,,: Fulano es un herrero, un zapatero, un labrador, un tonto y por ello lo desprecies. Para que no fomentes tales sentimientos, mira por cuántos modos te persuade el Señor a que seas humilde y te induce a que mires por esos pequeñuelos... Así lo confirma por el común obrar humano, pues el pastor deja lo que tiene a salvo y se va a buscar la oveja perdida.

Jesucristo estaba revestido de nuestra misma naturaleza; por eso escriben de él los evangelistas las cosas más humildes y humanas: Lloró, mira su agonía, turbación, sudor... ni él mismo se defendió de los crímenes de los que le acusaban... veamos la santidad de Cristo y gocemos de los bienes prometidos.

Amemos al amor que no tiene igual...también nosotros nos veremos libres de los sufrimientos presentes y futuros y disfrutaremos del reino; pero ni la liberación de la

gehenna ni la posesión del reino con comparables con la victoria de Cristo. En todo esto es mayor Cristo amado por todo el mundo.

La persona divina

El centro de los centros en el Cristianismo es la persona de Cristo. Es el Hijo de Dios que se hace hombre en el seno virginal de María y desde ese momento es Dios y hombre, una persona divina con dos naturalezas diferentes. Es Dios perfecto y hombre perfecto en una persona. Este hecho ha sido revelado por Dios de muchas maneras en los libros del Nuevo Testamento. San Juan Crisóstomo lo cree firmemente; pero se niega a explicarlo teológicamente, como hacían las escuelas de Antioquía y de Alejandría.

No considera necesarias estas explicaciones a sus feligreses desde el púlpito y acepta gustoso lo dicho por San Juan en el prólogo de su Evangelio, que él era la Palabra eterna de Dios, que existía desde el principio y por la cual fue creado todo y gracias a la cual hemos sido redimidos todos. La doctrina de la divinidad de Jesucristo descansa en bases más profundas, según él mismo declara en el tratado sobre la divinidad de Jesucristo contra los judíos. Con Cristo ha comenzado un nuevo orden de salvación que se ha inaugurado con la venida de Cristo y se consumó con su muerte y resurrección.

En su predicación trata de hacer comprender a sus oyentes las implicaciones de la vida y obra de Jesús que reclaman la atención de un creyente cristiano. Fue una persona divina que amó a todos los hombres como personas:

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen el mismo poder. Por eso se hace presente en el bautismo la Trinidad. Los tres llevan a cabo idéntica comunicación de bienes, los tres tienen el poder de perdonar los pecados y de dar la vida eterna.

Se equivocan los herejes cuando dicen que el Hijo es menor que el Padre. La cabeza de la mujer es el varón y ambos son de la misma naturaleza, la cabeza del Hijo es el Padre y ambos son de la misma naturaleza.

No fueron sólo los magos y la estrella, fue el Padre mismo quien le proclamó desde el bautismo ante las corrientes del Jordán, fue el Espíritu Santo quien descendió e hizo resonar aquella voz gloriosa sobre la cabeza del bautizado, fue Juan quien le proclamaba por todos los rincones de Judea, fue, sobre todo, el testimonio de sus milagros. La tierra, el mar, la creación entera levantaron su voz más clara para proclamarle Hijo de Dios.

La voz salió de la nube (Lc 9,28-36), es decir, de Dios y ¿qué dijo aquella voz? "Este es mi Hijo amado". Por consiguiente, Pedro, no tienes por qué temer. Ya era tiempo de que conocieras su poder y tuvieras plena certeza de la resurrección. Que la voz del Padre, al menos, te infunda confianza. Porque si el Padre es poderoso, como efectivamente lo es, es evidente que el Hijo lo es igualmente. No temas, pues, los sufrimientos. Mas si todavía no aceptas esto, piensa por lo menos que es Hijo y que es amado.

Les llama generación mala y adúltera (Mt 12,38). Al hablar así el Señor les hacía ver la concordia con el Padre. Les llamaba generación mala porque habían sido siempre ingratos para con sus bienhechores y generación también adúltera por su antigua y presente incredulidad con lo que de nuevo se muestra igual al Padre, dado caso que el no creer en él es lo que hace la adúltera.

Aquí está quien es más que Jonás. Porque Jonás fue siervo y yo soy amo. Jonás predicó la ruina de Nínive y yo he venido a dar la buena nueva del reino de los cielos; los ninivitas creyeron sin haber visto milagro alguno y yo he obrado muchos milagros; Jonás fue a Nínive para cumplir como ministro su misión, pero yo, dueño y señor soberano de todas las cosas, he venido no para amenazar, no para pedir cuentas, sino para traer el perdón.

Aquí está el que es más que Salomón. A Salomón le vino a ver una mujer; a vosotros, empero, he venido yo. Aquella vino de los confines de la tierra y recorrió vuestras aldeas y ciudades. Salomón hablaba de árboles y maderas, cosas que poco provecho habían de acarrear a su visitante; yo, en cambio, hablo cosas inefables y de tremendos misterios.

¿Queréis que hubiera caído en manos de Herodes y aun entre sus manos no recibir el golpe mortal? En este caso se hubiera creído que no había tomado carne y no se hubiera creído el gran misterio de la encarnación. En efecto, si aun sucediendo así las cosas y dispuestas tantas otras de la vida del Señor humanamente se han atrevido algunos a decir que es un mito eso de que Dios tomara carne, ¿En qué impiedades no hubieran caído de haberlo él hecho todo divinamente y según su poder infinito?

Juan no pasó en silencio la doctrina acerca de la divinidad de Cristo. Esto es patente por el prólogo de su Evangelio. Porque no empieza, como los otros, por lo de abajo, sino por lo de arriba, que es lo que le interesaba y por lo que escribió todo su libro. Y no sólo en el prólogo sino en el resto de su Evangelio. Juan es más elevado que los otros.

La paloma, que apareció en su bautismo, representando al Espíritu Santo era para señalar como con el dedo a los allí presentes y a Juan Bautista mismo que Jesús era el Hijo de Dios; pero no sólo para eso, sino para que tú adviertas también que en tu bautismo viene sobre ti el Espíritu Santo.

Cuando dijo: “Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre”, añadió: No os extrañéis de que sea dueño de todo y que tenga algo más importante, que es conocer al Padre y sea de la misma sustancia que él. Esto lo afirma también cuando dice que “él solo conoce al Padre”.

Anduvo por el mar, mandó a Pedro que lo hiciera, le salvó de sus titubeos y aumentó la fe de sus discípulos y decían: “Verdaderamente es Hijo de Dios”. No sólo no rehusó esta confesión sino que se la confirmó con otros milagros.

Avergiéncense los que inquietan curiosamente la generación celeste del Verbo porque si lo que sucedió en María es obra del Espíritu Santo no hay nadie que lo pueda explicar ¿Cómo no tener por suma locura la de aquellos que a todo trance quieren averiguar la inefable generación del Verbo? Ni Gabriel ni Mateo dijeron más, sino que fue obra del Espíritu Santo.

En su genealogía entran mujeres malas. ¿Y qué tiene eso que ver? Si aquí trazáramos la genealogía de un puro hombre habría razón de callar eso; pero contando la de Dios hecho hombre no sólo no hay que callarlo, sino más bien realzarlo, pues ello muestra su

providencia y su poder. Porque él vino a la tierra no para huir de nuestras miserias, sino para tomarlas sobre sí mismo.

No os alborotéis por mi aparente paradoja, pues esta razón no es mía, sino de los Padres, aquellos admirables e ilustres varones. A la verdad, si Cristo mismo dejó en la penumbra muchas cosas desde el principio llamándose a sí mismo Hijo del hombre y ni siquiera en todas partes nos reveló con claridad su igualdad con el Padre, ¿Por qué maravillarse de que también ese misterio de la concepción virginal quedara durante algún tiempo entre sombras por la maravillosa y grande dispensación de su providencia? Quiso evitar así el Señor que la Virgen muriera apedreada.

Porque no era el Señor sólo admirable cuando obraba milagros, sino que su sola presencia estaba llena de hechizos como ya lo había declarado el profeta cuando dijo: “Hermoso por su belleza sobre los hijos de los hombres...”. Si Moisés tenía transfigurado su rostro y el de Esteban parecía de un ángel, considerad cómo es razón que apareciera entonces la cara del que es Señor de Moisés y de Esteban... Si la queremos mucho más bella la contemplaremos en el cielo.

Pero no se contentó el Señor con decir: Quiero, queda limpio, sino que extendiendo la mano tocó al leproso. ¿Por qué a la vez que limpia al leproso con solo su querer y palabra añade también el contacto con la mano? A mi parecer no por otra causa sino porque quiso mostrar también aquí que él no estaba bajo la ley, sino por encima de la ley y que en adelante para el limpio todo había de ser limpio.

Cuando les dice: “Rogad al Señor de la mies...”, manifiesta ser él quien poseía aquel dominio. En efecto apenas les había dicho esto, sin que ellos le hubieran rogado nada, sin que hubiera precedido una oración de su parte, los escoge inmediatamente y les recuerda las expresiones mismas de Juan sobre la era y el bieldo, la paja y el trigo. Por donde se ve claro que es él el labrador, el amo de la mies y el dueño soberano de los profetas. Porque si ahora mandaba a segar a sus discípulos claro está que no les mandaba a campo ajeno, sino al que él mismo había sembrado por medio de los profetas.

“Porque muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿No hemos profetizado en tu nombre?” ¿Veis cómo ya ahora, que ha terminado todo su discurso, se introduce el Señor veladamente a sí mismo y les da a entender que es él mismo el juez? Pues que a los pecadores les espera castigo ya lo había dicho anteriormente; mas quién ha de castigarlos sólo ahora lo revela.

¿Qué os parece más fácil a vosotros, dice curando al paralítico, fortalecer un cuerpo sin vigor o absolver los pecados del alma? Evidentemente más fácil es fortalecer el cuerpo que perdonar al alma. La diferencia que va del alma al cuerpo, ésa va de perdonar a curar. Pero el perdón es invisible y la curación visible. Yo, pues, antepongo lo menos a los más a fin de que lo más e invisible quede demostrado por lo menos y visible. Con esto revelaba el Señor lo que de él había dicho Juan: “Este es el que quita los pecados del mundo”.

Mas otra prueba y no pequeña nos da el Señor de su divinidad e igualdad con el Padre. Sus émulos decían que sólo a Dios toca perdonar los pecados; pero Jesús no sólo perdona los pecados, sino que antes de ello hace otra cosa que también le toca exclusivamente a Dios: descubrir los íntimos secretos del corazón.

“El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí...” *Mirad la dignidad del Maestro. Mirad cómo se muestra a sí mismo hijo legítimo del Padre, pues manda que todo se abandone y todo se posponga a su amor. Dice que no améis a amigos ni padres ni parientes por encima de él. La propia vida que antepongáis a su amor os deja lejos de ser sus discípulos.*

Exhortaciones a los fieles.

San Juan Crisóstomo es principalmente un predicador, que tal vez no puede compararse con San Agustín. Sus homilias después de tantos siglos son de la más pura moral evangélica, habla con el corazón y consecuentemente su tema preferido es la caridad, la limosna y sobre todo la hospitalidad. San Juan Crisóstomo termina todos sus sermones con exhortaciones y súplicas para sus oyentes en relación con el tema tratado:

Amar a Cristo consiste en ser verdaderamente virtuoso y hacer todo por amor de Dios.

Acerquémonos a Cristo vigilantes y bien dispuestos, no como Judas llenos de veneno y de maldad. Nunca con unas palabras en la boca y deseos distintos en el alma. Aquí está Cristo y nos prepara la mesa y la adorna. No es un hombre el que hace que las ofrendas se conviertan en el cuerpo y la sangre de Cristo sino el mismo Cristo que fue crucificado por nosotros. Con el sacerdote que lo representa él mismo dice: “Esto es mi cuerpo”.

Los signos expresan lo que sentimos aun cuando se hagan por costumbres sin imperarlo la voluntad; así muchos al pasar la puerta de los baños hacen la señal de la cruz.

Elías dejó su capa a su discípulo, el Hijo de Dios nos dejó su cuerpo. No nos desanimemos ni lamentemos por las dificultades de los tiempos. El que no rehusó derramar su sangre por nosotros en la cruz nos comunicó su carne y su sangre. ¿Qué más pudo hacer por nosotros? Confiando en él roguemos, unámonos a sus súplicas, practiquemos la virtud con toda diligencia, huyamos de los peligros y de este modo conseguiremos los bienes futuros.

Formemos así (en el estudio de las Escrituras) a nuestros esclavos, a nuestros hijos, a nuestras mujeres, a nuestros amigos, hagamos así amigos a nuestros enemigos. Así se hicieron también mejores aquellos grandes hombres que fueron queridos de Dios.

A fin, pues, de gozar de descanso en éste y en el otro mundo plantemos con todo fervor en nuestras almas la humildad, que es la madre de todos los bienes.

A la verdad, no hay rocío más agradable que no ser dominado por la codicia de la riqueza y contarse entre los pobres...Búrlate de los bienes presentes porque merezcas alcanzar los del cielo...De este modo alcanzaremos los unos y los otros.

No me vengas con que todo eso no pasa de una representación (el teatro inmoral). Sí, una representación que a muchos ha convertido en adúlteros y ha trastornado a muchas familias. Justamente lo que más me hace gemir es que nada de eso te parezca un mal,

sino que cuando un adulterio así se perpetra estallan tus aplausos, tus gritos y tus carcajadas.

Considerando todas estas cosas huyamos de esta enfermedad incurable (la avaricia), tratemos de curar las mordeduras que hemos recibido, alejémonos de semejante peste a fin de llevar una vida tranquila y segura y alcanzar los tesoros venideros.

Así lograremos, salidos de este mundo, presentarnos con la debida confianza al tribunal de Dios y alcanzar los bienes que nos han sido prometidos por la gracia y el amor de Jesucristo.

Haciéndonos, pues, superiores a todas las cosas perdonemos a la par deudas y ofensas a los que nos las hubieran hecho y de esta manera nos prepararemos una cuenta abundante para nosotros mismos.

A fin, pues, de que no os perdáis a vosotros y a mí juntamente, hacedme caso os suplico, poneos a vosotros mismos mil examinadores y jueces y libraos así de la costumbre de jurar.

Considerando todo esto vomitemos el veneno del rencor, acabemos con las enemistades y hagamos las oraciones que dicen con nosotros. En lugar de la fiereza de los demonios revistámonos de la mansedumbre de los ángeles.

Consideremos, pues, todo esto y tratemos de preparar nuestro viaje de este mundo al otro. Porque, aun suponiendo que el día de la universal consumación no está próximo todavía, el fin de cada uno lo mismo si es viejo que joven sí que está ya a la puerta.

Dime, pues, qué es mejor: ser rico o ser pobre, estar en dignidad o en deshonor, tener abundancia o sufrir hambre. Evidentemente mejor es la dignidad, la abundancia y la riqueza. Si amas las cosas y no sus nombres deja la tierra y ancla en el cielo tu nave.

Porque nada contribuye tanto a que el hombre no se conozca a sí mismo como el apego a las cosas de la tierra; como, a su vez, nada contribuye tanto a que el hombre se apegue a las cosas de la tierra como el desconocerse a sí mismo. Una cosa depende de la otra.

Considerando el daño que muchas veces os ha causado vuestro mismo amor al dinero en los préstamos, en las compras, en vuestros casamientos, en las clientelas...apartaos de la codicia del dinero. De este modo podréis pasar con seguridad la presente vida, podréis escuchar las palabras de la filosofía y, a poco que vuestros ojos se aclaren, mirar también al mismo sol de justicia y alcanzar los bienes que él nos ha prometido.

Cuando veas, pues, a un enemigo de la verdad procura curarlo, cuídale, trata de volverle a la virtud, dale ejemplo con tu vida intachable, preséntale un razonamiento irrefutable, procúrale protección y ayuda, no dejes piedra por mover para su corrección.

De ese modo ofendes a Dios, entierras la castidad, enciendes la hoguera de los celos y compites con las mujeres perdidas de los prostíbulos. Despreciad la pompa

satánica, abandonad esos adornos o, por mejor decir, fealdades y buscad la belleza de vuestras almas que a los ángeles agrada y Dios mismo codicia.

No consentirías que una mujer bella se escondiera bajo una máscara sino que querrías contemplarla a cara descubierta en su belleza. Pues haz eso mismo con el alma y considérala a ella lo primero. El cuerpo es como una máscara que la encubre. Esta belleza es la que debemos buscar.

Considerando, pues, todo esto pongamos freno a la lengua; echemos de nosotros toda inhumanidad; tendamos la mano para la limosna y no sólo con dinero sino con palabras también tratemos de aliviar a los necesitados.

No temas por tanto ni huyas de un yugo que te libra de todos esos males. Ponte, más bien, debajo de él con todo fervor y entonces verás claramente su suavidad. Ese yugo no oprime tu cuello, sino que sólo se te impone por razón de disciplina para enseñarte a caminar derechamente, para conducirte por el camino real, para preservarte de los abismos a uno y otro lado, para hacerte recorrer con facilidad la senda estrecha.

¿Cómo es posible, pues, que nos salvemos? Aplicando las medicinas contrarias a todo pecado: La limosna, la oración, la compunción, la penitencia, la humildad, la contrición de corazón, el desprecio de las cosas presentes. Dios nos ha abierto infinitos caminos de salvación.

Gozamos de tantas y tan grandes gracias que no se nos pide nada extraordinario; se nos pide lo que, mal que nos pese, hemos de abandonar un día y ponemos tanto ahínco y afán en las cosas terrenas.

Para librarnos, pues, de toda mala fama y ante todo del infierno venidero y para cumplir la voluntad de Dios, acabemos con la diabólica costumbre de los parásitos y así, hora comamos hora bebamos, todo lo haremos a gloria de Dios.

Nada más insensato que un esclavo de la riqueza. Cree dominar y es dominado; cree ser amo y es esclavo; se echa cadenas así mismo y se alegra; hace cada vez más feroz a una bestia y se regocija; se ha hecho prisionero y salta de júbilo; ve a un perro rabioso que se arroja sobre su alma y en vez de atarlo y matarlo de hambre le da comida abundante para que se le arroje con más fuerza y sea más temible.

Con embriaguez ni las cosas presentes es posible ver. La embriaguez nos hace de los días noches y de la luz tinieblas. Un borracho, aun con los ojos abiertos no ve lo que tiene delante de los pies. Y no es ese el único mal. ¡Cuántas tristezas sin razón, locuras, enfermedades, burlas y constante ignominia!

Busquemos la verdadera libertad y librémonos a nosotros mismos de esa perversa esclavitud. No tengamos por envidiable ni el fausto del mando ni la tiranía de la riqueza ni cosa alguna semejante, sino sola la virtud.

Pero, en fin, si te parece superior a tus fuerzas te pondré ejemplos de hombres como tú. Ahí está José que, después de sufrir tanto de parte de ellos, fue el bienhechor de sus hermanos; ahí Moisés que, después de tanta insidia de parte de su pueblo, ruega a Dios por él; ahí Pablo que, no obstante, no poder ni contar lo que sufrió de parte de los judíos, aún

pedía ser anatema por su salvación; ahí Esteban que apedreado rogaba a Dios no les imputara aquel pecado. Desechemos de nosotros toda ira a fin de que también a nosotros nos perdone Dios nuestros pecados.

Dejando este desorden establezcamos un tribunal dentro de nosotros mismos contra nuestros propios pecados y seamos nuestros acusadores, nuestros jueces y verdugos. Si tanto deseas curiosear en las vidas ajenas averigua las virtudes no los pecados.

Seamos, pues, humildes para ser exaltados...Porque por soberbia pecó el primer hombre queriendo ser igual a Dios. Por eso no conservó ni lo que tenía, sino aun eso lo perdió. Tal es, en efecto, la soberbia. No sólo no añade nada nuevo a nuestra vida sino que nos daña en lo que tenemos. La humildad, en cambio, nos añade lo que no teníamos.

A la verdad, peores que mendigos son los que ilícitamente se enriquecen y más vale mendigar que robar. Lo uno es perdonable, lo otro merece castigo. El mendigar no ofende en nada a Dios, el robo ofende a los hombres y a Dios.

Pues tú también, según tus fuerzas, cierra las puertas al hacer limosna y sólo la conozca el que la recibe y, si fuere posible, ni ése. Pero si las abres de par en par profanas tu misterio... Apartémonos de la vanagloria y sólo amemos la gloria de Dios.

No digas: ¿Qué mal es mirar curiosamente a una mujer? Pues si cometes el adulterio en tu corazón pronto lo cometerás también en la carne. No digas: ¿Qué tiene que ver que pase de largo junto a este pobre? Pues si pasas de largo por uno, luego pasarás por otro y después por otro. Y tampoco digas: ¿Qué inconveniente hay en codiciar lo de mi prójimo?...Guardémonos no sólo de los pecados sino de sus principios.

Considerando, pues, todas estas cosas, no desfallezcamos en la carrera de la virtud; aprestémonos, más bien, con todo fervor para estos bellos combates, trabajemos por un poco de tiempo y así nos ganaremos las coronas eternas e inmarcesibles.

III

La Iglesia

La fidelidad de San Juan Crisóstomo a la Iglesia quedó bien probada con toda su vida. La reforma del clero y de las costumbres paganas de gran parte del pueblo cristiano en Antioquía y Constantinopla tenía como objetivo el bien de la Iglesia, por la cual terminó sufriendo envidias, persecuciones y hasta la muerte.

La Iglesia es santa porque en ella ejerce su ministerio el Espíritu Santo y a la vez vulnerable porque está formada por hombres. No le extrañan los defectos y limitaciones de los apóstoles en los que ponían sus ojos los maniqueos, enemigos de ella; Juan los exagera exaltando de este modo la acción del Espíritu en la protección de la Iglesia. Igualmente se expresa cuando se refiere a los pecados de los cristianos que hieren su corazón. La Iglesia es la esposa de Cristo adquirida con su sangre. Defiende su superioridad e independencia del poder civil por el carácter espiritual de su misión.

Dios ha fundado la Iglesia y la guía por los caminos de la historia entre las vicisitudes del mundo y del Estado. David habla de ella en los salmos que rezamos con ella e igualmente está prefigurada en multitud de hechos y personas del AT. Deleitan sobremanera a nuestro Santo las imágenes paulinas de la Iglesia Cuerpo y Esposa de Cristo, cuya capacidad de santificación y fecundidad espiritual, siendo madre y virgen, es obra del Espíritu Santo. Esta vida divina nos es otorgada principalmente por medio de los sacramentos.

La Iglesia es para San Juan Crisóstomo el don más precioso de la creación. Por el Bautismo nos hacemos miembros de Cristo y de ella, la Confirmación nos da el Espíritu Santo, la Penitencia nos perdona el pecado, la Eucaristía nos confiere la gracia de Cristo muerto y resucitado por nosotros, el Sacerdocio nos une con Dios, la Unción de enfermos cura nuestras enfermedades y perdona nuestros pecados, en el Matrimonio Dios bendice el amor de los esposos. La Iglesia es un cuerpo visible y por su origen divino estamos todos obligados a ser santos como ella. El cisma y la herejía rompen la unidad de la Iglesia en la que estamos todos implicados por el bautismo.

La Iglesia es una comunidad de culto en la que juntos alabamos y damos gracias a Dios. La liturgia de San Juan Crisóstomo, practicada en las diversas Iglesias ortodoxas del Oriente, se la atribuyeron fundados probablemente en esta idea tantas veces repetida por el Santo. No esperemos del Crisóstomo una exposición teológica de la Iglesia Cuerpo místico de Cristo, así como tampoco de cada uno de los sacramentos. Del bautismo exalta la dignidad y grandeza del cristiano, de la eucaristía la presencia de Cristo en las especies y su carácter sacrificial, del sacerdocio la identidad del sacerdote y de Cristo, de la consagración eucarística la epiclesis y las palabras que nuevamente pronuncia Jesús, el Señor.

Juan es un asceta, un predicador que va exponiendo en sus homilías los valores evangélicos para la vida espiritual de sus fieles. Así se contenta con lograr que sus oyentes se arrepientan de sus pecados y que pidan perdón haciendo penitencia sin aludir a la confesión oral del penitente. La Iglesia es para San Juan una comunidad de amor que tiene que difundir por el mundo el amor que ella misma recibe de Dios. Es como el arca de Noé que salva a los hombres del diluvio del pecado, sin olvidarse de que en el arca se salvaron también toda clase de animales.

La Iglesia es Cristo, según la definición de Pío XII, prolongándose en el mundo a través del tiempo. La Iglesia conserva y proclama el Evangelio que Cristo la ha entregado para que continúe anunciándolo al mundo; celebra los sacramentos de salvación repartiendo la gracia redentora del Señor; la dirige por medio de los jefes por él mismo establecidos hasta el fin de los siglos.

San Juan Crisóstomo se fija también en la protección que recibe del cielo para cumplir esta misión en el mundo:

La Iglesia es como una oficina de medicinas espirituales. Conviene que los que aquí vienen no vuelvan a casa sin recibir los oportunos remedios para que los apliquen a sus heridas y regresen de ella, como del médico con las medicinas convenientes. Por eso os aconsejo en este sermón que frecuentéis las iglesias.

No necesitaron los apóstoles cavar una profunda fosa para edificar el edificio de la Iglesia. Para construir este magno edificio que se extiende por todas las partes de la tierra no necesitaron abrir nuevas fosas, les bastó aprovechar el antiguo edificio de los profetas; sin cambiar nada el antiguo edificio de los profetas, sino dejándolo intacto, añadieron una nueva doctrina, una nueva fe, según proclama el apóstol San Pablo.

Como Eva fue formada del costado de Adán así nosotros hemos nacido del costado de Cristo, esto es, de su carne y de sus huesos cuando el soldado le abrió con su lanza su costado y salió sangre y agua. De esta sangre y agua ha sido formada la Iglesia.

Es más fácil que desaparezcan el cielo y la tierra que no que se pierda una sola de las palabras de Jesús...Examinado todo esto minuciosamente se verá cómo los hechos dan testimonio de la verdad de la profecía. Ahora bien, si el Señor se refiere a estos elementos lo hace, por una parte, para poner de manifiesto que la Iglesia es más preciosa que el cielo y la tierra y por otra para mostrarnos que él es el creador del universo.

Tal es la preeminencia de la Iglesia, tal la excelencia de nuestra nobleza que toma tan de antiguo su figura. En la Iglesia seas esclavo, seas libre, ninguna ventaja, ningún deshonor tampoco te viene de ahí. Lo único que aquí se busca son tus sentimientos y las costumbres de tu alma, es decir, tu bien espiritual.

Así, pues, a la manera que estos antepasados de Cristo tomaron mujeres ramera, así Dios se desposó con nuestra naturaleza, que había fornicado, imagen que los profetas aplican de antiguo a la sinagoga. La sinagoga fue ingrata para con su esposo; pero la Iglesia, una vez que se vio librada de los males que le venían de sus padres, permaneció abrazada con él.

Considerad, por ejemplo, las semejanzas que se dan entre Rut y nosotros: Rut era extranjera y se vio reducida a extrema pobreza; pero al verla Booz ni la despreció por su pobreza ni la desdeñó por su baja condición. Así también Cristo recibió a la Iglesia y la hizo esposa suya, no obstante ser ella extranjera y hallarse en suma pobreza de los bienes espirituales.

La Iglesia de Dios no se diferencia nada de los hombres del mundo. ¿No habéis oído que los apóstoles se negaron a administrar el dinero recogido sin trabajo alguno? Ahora, en cambio, nuestros obispos andan más metidos en preocupaciones que los tutores, los administradores y los tenderos. Su preocupación única debiera ser vuestras almas y vuestros

intereses y ahora se rompen la cabeza por los mismos asuntos que los recaudadores, los agentes del fisco, los contadores y los despenseros. No lo digo por ganas de lamentarme sino por que se ponga algún remedio y cambio.

La Palabra divina

La palabra es el hilo por el que trasmitimos nuestros pensamientos; pero este título se refiere a la Palabra de dios contenida en la Biblia. Aunque contiene palabras de algunos hombres impíos han sido inspiradas por Dios para que los escritores sagrados las incluyeran dentro de su mensaje. Esta palabra es la lámpara que ilumina nuestro diario caminar, la que inspira nuestra fe, la fuente de nuestra salvación. El libro de los Proverbios nos dice que *la Palabra de Dios es acrisolada y escudo para los que a ella se acogen.*

Nuestro Santo fue un auténtico enamorado de la Palabra de Dios. Iniciado en su estudio en la escuela de Antioquia abandonó los estudios de oratoria con el maestro Libanio para dedicarse al estudio de la Palabra divina. Los años que estuvo en el desierto fue su diaria meditación y una vez constituido sacerdote y después obispo dedicó toda su vida a explicarla a los fieles. Sus reflexiones exegéticas han sido admiradas durante siglos. Sin embargo, su objetivo principal era lograr de sus oyentes el amor que él tenía a la Palabra de Dios.

Conoce la alegoría de la escuela de Alejandría, pero prefiere la interpretación literal no porque fuera la usada en Antioquia sino porque la cree más verdadera. La alegría la reserva para algunos pasajes o personas del AT. Este director de las almas encuentra en la Biblia la fuente de la moral y de la enseñanza. A veces habla del mensaje cristiano como de una filosofía entendiéndolo como la más sublime filosofía con sus más elevados pensamientos:

No despreciemos la lectura de las Sagradas Escrituras, esto es un pensamiento diabólico, que no permite ver el tesoro y que adquiramos las riquezas.

Después de grandes persecuciones llegaron a convertirse en Antioquia tres mil y cinco mil personas que en tiempos de San Pablo creyeron la Palabra de Dios. Por primera vez se llamaron aquí cristianos los perseguidos. No poco honor es para esta ciudad. Es la primera ciudad gozando de este nombre en la boca de todos.

Cuanto más grandes eran las contradicciones más se extendía la Palabra de Dios y por eso se entregaron a predicar a las gentes una vez que comprobaron que no tenían ninguna culpa negándosela a los judíos, sus paisanos.

Si sus admoniciones valen tanto, mucho más cuando vienen asistidas por el Espíritu Santo, ¿Por qué te olvidas de las Escrituras? Las palabras de la Escritura ablandan el alma endurecida y la disponen para hacer el bien.

Los libros de la Escritura son unas cartas que te ha escrito y enviado Dios por medio de Moisés y de los profetas. El creador del género humano hablando con el hombre desde el principio te habla por medio de ellas para mostrarte su bondad y sabiduría ... Nada superficial y sobrado se encuentra en la Escritura, cuando sucede o hacen los hombres justos está lleno de máxima utilidad.

Este es el instrumento, éste es el alimento, este es el mejor cambio y temple de aires. La palabra hace veces de medicina, ésta es nuestro fuego, ésta es nuestro hierro. De la

palabra hay que valerse siempre que haga falta quemar o cortar. Si ese remedio no hay todos los demás son inútiles. Con ella levantamos el alma caída, desinflamamos la hinchada, cortamos lo superfluo y realizamos, en fin, toda operación conveniente a la salud de las almas.

En cualquiera de las calamidades en que pueda encontrarse la naturaleza humana la Escritura es el mejor de los antídotos para reprimir y curar toda clase de dolores...Sólo es comparable a las piedras preciosas.

Los labradores estudian diligentemente el campo antes de colocar sus semillas no sea que algo les perjudique y haga estéril su labor. De igual manera debéis grabar en vuestra mente diariamente sentencias de la Sagrada Escritura para que las malas semillas espirituales no perturben vuestra fe

Viendo Dios nuestro afecto por las cosas espirituales no será negligente sino que ilustrará e iluminará nuestra alma sobrenaturalmente. No abandonéis, por consiguiente, su lectura aunque no entendáis algunas de sus cosas. Lo que hoy no entiendes lo puedes comprender otro día.

Si yo exigiera la tersura de Isócrates, la majestad de Demóstenes, la gravedad de Tucídides y la sublimidad de Platón tendría razón de ser alegar ese testimonio de Pablo (2Cor.11,6: su torpeza en el hablar); pero todo eso lo dejo a un lado y nada se me da del superfluo adorno de los escritores profanos, ni de su dicción y periodos. Sea enhorabuena la expresión pobre y la sintaxis corriente y sencilla. Lo que no se permite a nadie es ser lego en el conocimiento exacto de las verdades de fe.

Enseñémosles a llevar siempre en sus labios las palabras divinas, aun en sus paseos, no al azar y accesoriamente, ni raras veces, sino continuamente.

Los enemigos nos atacan por todos los frentes y sin tregua, no tenemos otro remedio de fortificarnos con la palabra divina, no sólo para no ser nosotros alcanzados de los dardos de los contrarios, sino para herir más bien nosotros a ellos. De ahí el grande empeño que hay que poner para que la palabra de Cristo habite en nosotros copiosamente (Col 3,16).

¿Y tú que no te atreverías a tocar el Evangelio sin lavarte las manos no crees que es muy necesario lo que en él se contiene? Esta es la causa por que todo está trastornado. Porque si quieres saber qué grande es el provecho de las Escrituras examínate a ti mismo y mira cuál eres cuando oyes los salmos y cuando un canto de Satanás, cómo te sientes cuando estás en la iglesia y cuando te sientas en el teatro.

Una palabra enciende el alma en ira y una palabra le devuelve otra vez la calma; una palabra la incita a la concupiscencia y una palabra escasa la conduce a la templanza. Pues si tanta fuerza tiene la palabra en general, ¿cómo, decidme, despreciáis las Escrituras? Si tanto puede una simple exhortación, ¿qué no podrán las que van acompañadas de la gracia del Espíritu Santo?

Pues justamente lo que ha echado todo a perder es que penséis que la lección de las divinas Escrituras conviene sólo a los monjes, cuando a vosotros os es más necesaria que a ellos. A los que se revuelven en medio del mundo, a los que día tras día reciben heridas, a éstos más que a nadie son necesarias las medicinas.

Las Escrituras nos refieren la historia de grandes pecadores con el fin de que quienes cometen pecados menores hallen más fácilmente por aquellos la curación de éstos. Pues si los mayores tuvieron remedio, también y con más razón tendrán los menores.

La ruina de Jerusalén, la guerra, el hambre, la peste, los terremotos, los seudocristos y seudoprofetías, la propagación por doquier del Evangelio, las disensiones, las turbaciones y todo lo demás que hemos dicho han de suceder inexorablemente antes de su advenimiento.

La Palabra de Dios posee tal potencia que no necesita espadas, ella misma es como una espada de doble filo y ella sola suficiente... Sucedió con Saulo. No se equivoca quien diga que la Palabra de Dios fue como una espada enviada desde el cielo y al que antes era enemigo lo convirtió en amigo.

El Señor me ha garantizado su protección, no es en mis fuerzas en que me apoyo. Tengo en mis manos su palabra escrita. Este es mi báculo, esta es mi seguridad, este es mi puerto tranquilo. Aunque se turbe el mundo entero, yo leo esta palabra escrita que llevo conmigo, porque ella es mi muro y mi defensa. ¿Qué es lo que ella me dice? “Yo estoy contigo todos los días hasta el fin del mundo”.

La Sagrada Escritura es difícil de explicar...; pero hagamos esto: Aunque no podamos acercarnos a este piélago de sentencias comprometámonos con él, no confiando en nuestras propias fuerzas sino en la gracia sobrenatural que recibimos del cielo... Nada hay en la Escritura inútil.

Del mismo modo que los aromas emiten por su propia naturaleza su fragancia, así las Sagradas escrituras no por la multitud de sus palabras sino por sí mismas nos prestan una grande utilidad. El incienso emite su olor en virtud de su naturaleza produciendo el deleite. Del mismo modo la Sagrada Escritura llena la casa de suave olor.

No fue escrito en nuestro idioma nativo el Antiguo Testamento, sino que fue escrito en otro idioma y lo leemos en el nuestro. Fue escrito en hebreo y lo leemos e interpretamos en el nuestro, en lengua griega. Esto lleva consigo no pequeñas dificultades de interpretación. Trescientos años antes de Cristo siendo rey de los egipcios Tolomeo se tradujo al griego el Antiguo Testamento con gran utilidad y provecho. Hablando a un pueblo Dios sólo necesitó una lengua, pero hablando por Cristo a todo el orbe son necesarias todas las interpretaciones posibles.

No se pueden asumir las sentencias de la Escritura desligadas del sermón en que están escritas... ni olvidándose de los lugares, tiempos, personas o circunstancias en que fueron escritas. Podríamos darles un sentido depravado y adherirnos a dogmas equivocados... Todo libro santo ha sido escrito para nuestra salvación.

La palabra de Dios nos limpia y santifica, también nos segrega cuando nos dedicamos a su proclamación.

A los que se acercan a la predicación divina movidos por la fe les conviene llegar con un gran deseo y sed de oír la para que la retengan con más cuidado. Los que se acercan así sacian esa hambre y sed y nunca cesarán de hacerlo mientras tengan sed. Cristo no trae a nadie a la fuerza.

Si quieres escrutar por curiosidad profundamente la Sagrada Escritura no encontrarás más que lo que dicen los hombres. No haces esto con los escritos de los hombres mucho menos conviene escrutar la sabiduría de Dios o exigirle razones. Es digno de fe el que habla y sus palabras no admiten racionios...

Bautismo

Además de la Palabra de Dios Jesús ha dado a su Iglesia siete sacramentos de vida espiritual para que comiencen ya en la tierra a vivir la vida celestial. El bautismo es señal y sello de la gracia salvífica. Por él nos incorporamos a la Iglesia, quedamos hechos hermanos de Cristo y hermanos de todos los cristianos y comenzamos a vivir la vida divina. Por este sacramento nos convertimos en templos del Espíritu Santo que comienza a habitar en nosotros.

Cuando hacemos la señal de la cruz con el agua bendecida al entrar en los templos recordamos nuestro ingreso en la Iglesia por medio del agua bautismal. San Juan Crisóstomo lo recibió hacia los veinte años dejando grabada en su alma la impresión más profunda de su vida. A sus fieles les exhorta con frecuencia a recordarlo, a cumplir sus compromisos, recibirlo cuanto antes y a no diferirlo hasta el final de la vida.

El bautismo, la Confirmación y la Eucaristía forman el grupo que constituye los sacramentos de la iniciación cristiana. En tiempo de San Juan Crisóstomo se administraban juntos y hasta ahora sigue haciéndolo la Iglesia ortodoxa:

Sólo el bautismo de Cristo tiene la gracia del Espíritu Santo, el bautismo de Juan carecía de este don...Hemos nacido del agua y del Espíritu...La fe y el bautismo sin obras no son suficientes...

Los ministros no pueden gloriarse de haber conferido el bautismo pues su don no proviene de ellos. El bautismo es ciertamente cosa grande, pero esto no lo hace el que bautiza sino el que es invocado en el bautismo.

De la misma manera que el fuego convierte ciertos metales de la tierra en oro con más razón el bautismo a los que lava del barro los hace áureos.

Si no podemos describir con palabras la formación de Adán y de Eva de la tierra, ¿Cómo podremos describir la generación espiritual por el bautismo, que es mucho más sublime? Los ángeles asisten a esta generación.

El bautismo borra todos los pecados. Cuando veo a los que fueron iluminados salir de las santas aguas y que entraron como reptiles llenos de pecados y salieron con la vida eterna veo también al legislador diciendo: Dejen el agua aquellos que eran reptiles y ahora son almas vivientes.

El bautismo no hace que la concupiscencia desaparezca de la carne, pero fortalece el alma para que no consienta ni sea vencido por ella. El que tiene el Espíritu Santo ciertamente siente la concupiscencia, pero el Espíritu ayuda su alma para que la concupiscencia no llegue a término.

Para luchar contra el demonio nos ha dado Cristo cinco bautismos: Uno el de su palabra que nos limpia, el segundo es de agua, el tercero es en el Espíritu distinto del de Juan que era sólo de agua, el cuarto es del fuego del amor según los profetas y Pablo, el quinto es la muerte, el bautismo con el que fue bautizado Cristo.

El Hijo de Dios vino para que los hombres encontraran el camino de la salvación. Ninguna mente puede concebir la liberalidad de Dios concediendo a nuestra naturaleza el don del bautismo y la remisión de todos nuestros pecados. Tampoco se puede expresar con palabras cuánta gracia nos da para que cumplamos sus mandamientos..

Cuando Dios nos ve indignos de recibir sus beneficios él se los retiene a fin de que no nos volvamos tibios. Mas con un poco que nos convirtamos, tan pronto como reconocemos que hemos pecado, otra vez vuelve a brotar la fuente de sus gracias y otra vez derrama el piélado de sus beneficios. Y es el caso, que cuanto tú más recibas, más se alegra él y más dispuesto está a seguir dándote. Dios tiene por propia riqueza nuestra salvación. Y su gloria está en dar copiosamente a cuantos le piden.

¿Cómo es posible, pues, que nos salvemos?, me preguntas. Aplicando las medicinas contrarias a cada pecado: la limosna, la oración, la compunción, la penitencia, la humildad, la contrición de corazón, el desprecio de las cosas presentes. Como nos decidamos a prestarle atención Dios nos abre infinitos caminos de salvación.

Porque, misericordioso como es, no nos abrió un solo camino ni nos intimó: El que no produzca el ciento por uno está perdido. No, también el que produzca sesenta se salva. Y no sólo el de sesenta, sino también el de treinta. Así lo dispuso Dios para hacernos fácil la salvación.

Aprendamos una gran verdad. Y es que no basta la voluntad del hombre si no nos asiste la ayuda de lo alto ni ganamos tampoco nada con la ayuda de lo alto si nos falta la voluntad.

Porque al modo que cuando te bautizas, no es el sacerdote quien te bautiza, sino Dios mismo quien con poder invisible sostiene tu cabeza y ni un ángel ni un arcángel ni otro alguno se atrevería a acercarse y tocarla, así es también aquí. Siendo, pues, Dios el único que regenera, don suyo únicamente es el bautismo

Aquí aparece la remisión de los pecados y anulación de pena y la justicia y la santificación y la redención y la adopción de hijos y la hermandad con Cristo y la participación de la herencia y la efusión copiosa del Espíritu Santo. Todo esto quiso dar a entender Juan cuando dijo: “Os bautizará en Espíritu Santo”.

¿Por qué razón, pues, se abren los cielos en el bautismo de Jesús? Para que os deis cuenta de que también en vuestro bautismo se abre el cielo, os llama Dios a la patria de arriba y quiere que no tengáis ya nada de común con la tierra. Aun cuando no lo veáis no por eso habéis de dejar de creerlo.

Sólo por Cristo se abrieron los cielos y descendió el Espíritu Santo. Porque, desde aquel momento nos saca de la vida vieja a la nueva, nos abre las puertas de arriba, nos manda desde allí al Espíritu Santo y nos convida a nuestra patria celeste. Y no sólo nos

convida sino que a la vez nos otorga la máxima dignidad. Porque no nos hizo ángeles o arcángeles sino hijos amados de Dios. De este modo nos conduce a la herencia celeste.

Sin embargo, aun cuando ahora no se den esos signos sensibles (los del bautismo de Jesús y día de Pentecostés), nosotros aceptamos lo que ellos pusieron una vez de manifiesto. La paloma apareció entonces para señalar como con el dedo a los allí presentes y a Juan mismo que Jesús era el Hijo de Dios; mas no sólo para eso sino para que tú también adviertas que en tu bautismo viene también sobre ti el Espíritu Santo.

El agua del mar es tipo del bautismo que renueva y rejuvenece. Porque el águila es la reina de todas las aves y vuela más alta que ninguna, la única que oscurece la luz del sol, y mira con los ojos más fijos y la que más eleva su vuelo de la tierra al cielo la vida futura del bautismo se compara con el águila.

Nosotros somos nuevos, o mejor, fuimos nuevos y hemos envejecido. Ya no podemos recibir de nuevo el bautismo, pero podemos hacer penitencia. Si algo hay viejo en nosotros, una arruga, una mancha, una suciedad debemos lavarnos para recuperar nuestra hermosura.

Confirmación

Es este sacramento uno de los tres que integran la iniciación cristiana. Tal vez por esto no se ocupó concretamente de él San Juan Crisóstomo. En tiempo de San Juan se ungía una vez la cabeza de los catecúmenos después de la profesión de fe y antes de entrar en la piscina a la vez que se les marcaba con el sello de la cruz. El sacerdote o el obispo les ungía la frente después con el crisma y les estampaba el sello diciendo: *Fulano es ungido en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*. Por eso es tan difícil distinguirlo del bautismo en los escritos del Santo. Los dos sacramentos nos dan el Espíritu Santo y entre los dos tenía la primacía el bautismo.

Sobre este sacramento es necesario advertir también que en aquel tiempo no tenía el nombre de Confirmación. Una sola vez habla de confirmación refiriéndose a la protección que tuvieron los apóstoles y primeros predicadores del Evangelio en medio de dificultades y persecuciones. Padres y teólogos de su tiempo hablan de él como el don del Espíritu. Escojo algunas sentencias de los sermones de San Juan, aunque no esté claro que se refieran específicamente a este sacramento:

Jesús les dijo: “Juan os bautizó con agua pronto seréis bautizados vosotros con el Espíritu Santo”. ¿Por qué dijo que serían bautizados si en el cenáculo no había agua? Porque el Espíritu opera por el agua. Del mismo modo Cristo fue ungido y nunca lo fue con óleo, pero recibió el Espíritu. Sin duda los apóstoles fueron bautizados en diversos tiempos, nosotros ahora recibimos al mismo tiempo el agua y el Espíritu...

Es el Espíritu Santo el gran don del que estuvieron poseídos los apóstoles y algunos fieles de la comunidad de Corinto... De él procedían también el don de profecía, la operación de las virtudes, el don de lenguas y de su interpretación. Son diversas gracias donadas por el mismo Espíritu, que las reparte como quiere... A otros da la pobreza o la riqueza, la salud o la enfermedad. Esto tenemos que pensar no sean a veces fruto de nuestra maldad.

En Corinto se hacía maravillas con los dones del Espíritu Santo... Unos tenían muchos dones otros pocos; esto fue la causa del cisma, no por su propia naturaleza sino por la mala disposición de los que los recibían...

Al poner, pues, lo principal todo lo demás quedaba comprendido: La derrota de la muerte, la destrucción del pecado, la desaparición de la maldición, la terminación de las guerras perpetuas, la entrada al paraíso, la subida al cielo, la comunicación de los ángeles, la participación de los bienes eternos. Porque, en efecto, de todo ello es prenda el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es el supremo don de Dios. Antes que él tenía que ser sacrificado el cordero y ser destruido el pecado y eliminada la enemistad y ser el Señor sepultado y resucitar y entonces vendría el Espíritu Santo.

Porque no, no es posible que cargados con tan graves males remontemos nuestro vuelo hacia el cielo; mucho será que bien ceñidos y puestos tengamos fuerzas suficientes para andar a pie nuestro camino o, por mejor decir, ni aun eso nos será posible si no tomamos las alas del Espíritu Santo.

Porque los apóstoles no bajaron del monte llevando en sus manos, como Moisés, tablas de piedra sino que llevaban en su alma el Espíritu Santo y de allí salía el tesoro y brotaba la fuente de sus enseñanzas, de sus dones y de todos los bienes. De este modo dieron la vuelta al mundo, hechos ellos libros vivos y leyes vivas por la gracia.

Según esto el sentido de las palabras del Señor (que el pecado contra el Espíritu Santo es imperdonable) es éste: Pase que tropecéis en mí por causa de la carne de que estoy revestido; pero ¿acaso podéis también decir que no sabéis quién es el Espíritu Santo? Por eso justamente vuestra blasfemia contra él es imperdonable y por ella seréis castigados en éste y en el otro mundo.

El Espíritu Santo igual al Padre y al Hijo nos da la adopción de hijos y los dones de Dios. De él recibieron inspiración los evangelistas y los profetas, que asumen algunas partes de los evangelistas, pero son diferentes.

La gracia del Espíritu es inefable y don múltiple. Basta que digas que es un don del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, una potestad porque lo que decimos del Padre es común al Hijo y al Espíritu Santo.

Penitencia y confesión de los pecados

Es bien sabido que este sacramento se ha celebrado en la Iglesia de modo diferente a través de la historia. No sabemos cómo ejercieron los apóstoles el poder de perdonar los pecados, recibido del Señor. En los primeros siglos era público este sacramento llamado “el segundo bautismo”. El mismo pecador se presentaba voluntariamente al obispo o era obligado por éste a inscribirse en el orden de los penitentes para cumplir una severa ascética espiritual antes de recibir la absolución y poder celebrar nuevamente la sagrada comunión. Posteriormente los libros penitenciales establecieron la confesión secreta de los pecados y después de cumplir la penitencia recibían la absolución. Finalmente, el concilio lateranense de 1215 ordenaba que la confesión fuera secreta seguida de la absolución imponiendo una leve penitencia, que se cumplía después.

San Juan Crisóstomo pertenece al primer periodo de la penitencia pública. Como buen psicólogo conoce los valores antropológicos de este sacramento, la grandeza del hombre que libremente se pone de rodillas ante toda la Iglesia y ante Dios representados en la persona del sacerdote. Las llamadas a la conversión por este medio son en él constantes. A la vez recomienda otros métodos posibles para abandonar una mala vida como la oración, el ayuno, la limosna y otras formas de sacrificio. Sin embargo, no se encuentran en sus escritos testimonios explícitos de la confesión oral, aunque reconoce que los sacerdotes tienen el poder de perdonar los pecados.

Ciertamente San Juan sabe que Cristo ha dado a su Iglesia el poder de las llaves y de perdonar los pecados, conoce la penitencia pública y las condiciones en que se celebraba, pero pone todo el énfasis en la contrición. Sus afirmaciones sobre la confesión de los pecados se pueden entender como confesión a Dios, aunque no se excluye tampoco que pueda referirse al sacerdote. La confesión de los pecados es el remedio más grande que tiene esta pobre humanidad para conocer el mal y reafirmarse cada uno en el bien uniéndose a los hombres y a Dios. Cuando habla de la confesión frecuente y de anteponerla a la sagrada comunión se refiere claramente a pedir el perdón a Dios. Así se expresa, por ejemplo, comentando la confesión del fariseo y del publicano. Veamos:

Jesucristo ha dado a los sacerdotes más poder que el que tenían los sacerdotes de la antigua alianza y los padres que nos han engendrado; no sólo nos regeneran por el bautismo sino que nos perdonan los pecados cometidos después de la regeneración.

En los juicios forenses después de la confesión de los crímenes viene la muerte, en el tribunal divino después de la acusación y confesión de los pecados se da una corona.

Dios nos mandó confesar nuestros pecados para que suframos vergüenza como castigo. Esto es parte del juicio.

Gran bien es acordarse de los pecados, su recuerdo asiduo cura los delitos... Convenzamos al pecador de que ha pecado y que haga penitencia para que se libere de sus suplicios. ¿Cómo quieres que consiga el perdón de sus pecados si todavía no los ha confesado?... El que peca es siempre digno de misericordia y de clemencia... No digamos sólo que somos pecadores sino que también los recordemos todos enumerando cada uno...

Los modos de hacer penitencia son expeditos y facilísimos: La oración intensa, las lágrimas, el duelo, la limosna, no recordar las injurias...

Son muchos los fármacos de la penitencia, que nadie desespere, sólo es digno de compasión el que desespera, el que no tiene esperanza de su salvación. No hay mal más profundo que caer en esta actitud.

Cuanto más quieras ocultar el pecado más lo divulgas. El pecado no se cubre con otro pecado sino por la penitencia y la confesión.

El que es humilde y tiene contrición de sus pecados ya no es arrastrado por la vanagloria, no se irrita, no tiene envidia, no admite ningún otro vicio.

Los pecados cometidos contra Cristo son más graves que los cometidos contra la antigua ley; sin embargo, nos abre a todos el Señor las puertas de la penitencia para borrar los pecados de muchos modos. Piensa cuánta es la clemencia del Señor que te perdona con su gracia y te da tiempo de enmendarte.

Del mismo modo que los pecados borrados en el bautismo no vuelven a aparecer así desaparecen los demás si hacemos penitencia. La verdadera penitencia consiste en que no se vuelvan a cometer los mismos pecados... Es más fácil no caer que recuperar al lapso.

Imitemos también nosotros a Juan, apartémonos de la disolución y la embriaguez, convirtámonos a una vida recogida. He aquí venido el tiempo de la confesión o penitencia tanto para los catecúmenos como para los bautizados; para los unos a fin de que por la penitencia se hagan dignos de los divinos misterios, para los otros a fin de que lavadas las manchas contraídas después del bautismo se acerquen con limpia conciencia a la mesa sagrada.

Necesitamos, pues, de mucha penitencia y de muchas lágrimas, primero porque pecamos sin remordimiento; segundo porque nuestros pecados son tan grandes, que no merecerían perdón. Y que no miento testigos sois muchos de los que me están oyendo. Sin embargo, aunque no merecerían perdón arrepintámonos y seremos coronados.

Porque no hay, no, un solo pecado que no ceda y se retire ante la fuerza de la penitencia o por mejor decir, ante la gracia de Cristo. En efecto, basta que nos convirtamos para tenerle al punto a nuestro lado. Ahora bien, si nosotros nos decidimos a ser buenos nadie hay que nos lo pueda impedir.

A la verdad si tenéis por género de consuelo la dilación del castigo, mucho mayor consuelo es no caer en absoluto en castigo. Aprovechémonos, pues, de este plazo que se nos concede para librarnos absolutamente de los males que nos amenazan.

Juan llevaba también un manto de pelos enseñando con toda su figura a apartarse de todas las cosas humanas y a no tener nada de común con la tierra, sino volver a aquella primera nobleza en que se hallaba Adán antes de que necesitara de mantos y vestidos. De este modo la figura de Juan era un símbolo del reino de Dios y de la penitencia.

Jesús no cura al leproso como siervo sino como Señor y no tiene inconveniente en tocar al leproso. Porque no fue la mano la que se manchó de lepra sino el cuerpo leproso el que quedó limpio al contacto de la mano divina. Ahora bien, el Señor no vino solo a curar los cuerpos sino también las almas... y no tener otra lepra que la de la misma alma, que es el pecado.

Muchos se lavan cuando vuelven del cementerio... Y, sin embargo, un muerto no es cosa impura. El pecado, empero, deja tan grande mancha que mil fuentes de agua no son capaces de lavarla; sí las lágrimas y la confesión. Pero nadie se da cuenta de esta mancha.

Porque no sólo es enfermedad la parálisis sino también el pecado y tanto más cuanto más vale el alma que el cuerpo. Acudamos, pues, también ahora a Jesús y supliquémosle afiance nuestra alma parálítica.

No otra cosa se nos da a entender sino que el que va a nacer es hijo de Dios y que aquí se nos habla de un rey celeste; pues perdonar los pecados es cosa que sólo pertenece a Dios y no a otro poder alguno.

Como es un hecho que después el bautismo pecamos el Señor nos da aquí una grande prueba de su amor mandándonos que pidamos perdón de nuestros pecados al Dios misericordioso... ¡Mirad el exceso de su amor! Después de librarnos de nuestros males todavía se digna librarnos de nuestros pecados.

Sin embargo, para librarnos de tantos y tales pecados Dios nos da un camino breve y fácil y que no ha de costarnos ningún trabajo. ¿Qué trabajo cuesta perdonar al que nos ha ofendido? El trabajo está más bien en no perdonar y retener dentro de sí el odio. Porque verse uno libre de ese furor produce una gran satisfacción y es cosa bien hacera para el que quiere.

Grandes son las enfermedades que aquejan a nuestra alma y éstas son las que principalmente quiere el Señor curar. Si cura las del cuerpo es porque quiere desterrar las del alma. Acerquémonos, pues, a él y nada temporal le pidamos. Pidámosle sólo el perdón de nuestros pecados.

Lo mejor es que el pecador sienta su culpa y se corrija. Si esto no tenemos, ¿Cómo podremos rogar a Dios y pedirle perdón de nuestros pecados, cuando ningún caso hacemos de ellos? Porque si tú mismo, que has pecado, no quieres ni siquiera saber que has pecado, ¿De qué le vas a pedir perdón a Dios cuando ignoras los mismos pecados? Confiesa, pues, tus pecados tal como son para que te des cuenta de lo que se te perdona y seas agradecido a tu bienhechor.

Puede suceder que no consigamos la salud esforzándonos mucho tiempo y en un poco tiempo, con una confesión sincera, desaparezca el pecado.

Si alguien está afectado de cientos de pecados y hace penitencia y obra el bien no le queda ni cicatriz, ni vestigio, ni indico de ellos.

David confesó su pecado de buena fe y se le perdonó. La segunda vía para obtener el perdón son las lágrimas, la tercera la humildad ingresando en la Iglesia y diciendo: He pecado. La cuarta es la limosna, la reina de las virtudes y la quinta es la oración.

Así como por el agua y el Espíritu Santo nos purificamos la vez primera, así por las lágrimas y la confesión nos volvemos luego a purificar, con tal de que no lo hagamos por pura ostentación y vanagloria.

Confesar los propios pecados es la verdadera acción de gracias a Dios, pues reconocemos que somos culpables en infinitas cosas y no rehusamos el merecido castigo. No hay mejor hacimiento de gracias.

Sé muy bien que tú confiesas tus pecados y te lamentas de ti mismo sobremanera; pero no quiero sólo esto de ti. Yo quiero que te convenzas de que esa confesión de tus pecados puede justificarte. Porque si no haces provechosa esa confesión, por mucho que te acuses a ti mismo no te será posible apartarte de tus pecados futuros. La confesión del pecado debe ir acompañada de la confianza del perdón y del propósito de la enmienda.

No saques, pues, a pública plaza tus pecados por el mero prurito de acusarte a ti mismo, sino cree también que debes justificarte por este medio de penitencia y así moverás al alma que se confiesa a que no vuelva a caer en los mismos pecados...No has de confesar tus pecados por desesperación sino animado de la mejor esperanza y emprender el camino contrario.

La confesión de los pecados en banquetes y teatros obscenos irrita a Dios, que no quiere dar sentencias duras sino que desea que sientas los pecados, los confieses y obtengas el perdón.

El diluvio fue como una medicina. Cuando el médico corta unos miembros podridos no decimos que castiga el cuerpo sino que hace un acto benigno y humano. Mucho más tenemos que admirar la sabiduría y clemencia de Dios cuando de esa forma nos castiga. Por eso no debemos cesar de alabarle.

No te detengas en malos pensamientos. La fuente de la virtud y del vicio está en el corazón. Como surgen pensamientos y palabras pecaminosos surgen también palabras de vida que dan la vida y la salvación.

Existen dos formas de confesión de los pecados: La condenación de los propios pecados y la acción de gracias a Dios. En el salmo IX se habla de esta acción de gracias.

Isaías dice (43,26): “Di primero tus pecados para que seas justificado”. Ciertamente en los juicios mundanos y forenses después de la acusación y confesión de los crímenes sigue la muerte. En el tribunal divino después de la acusación y confesión de los pecados se impone una corona.

La confesión de los pecados es el testimonio de la conciencia que teme a Dios. El que teme el juicio de Dios no se avergüenza de confesar sus pecados, el que se avergüenza es que no le teme. El temor perfecto anula el pudor... Por eso nos manda Dios confesar nuestros pecados para que suframos vergüenza como castigo por ellos. Esto es parte del juicio. Oh misericordia de Dios a quien irritamos tantas veces y sólo nos pone el pudor como pena.

Estamos en pecado porque no hemos oído a Cristo, los juramentos y perjurios me revuelven la cabeza. Confíésalos y habrás conseguido la salvación.

A veces sucede que algunos admiten sus pecados y no tienen conciencia de que hayan sido pecados. Esto nos hace pensar en lo escrupuloso que tiene que ser el juicio futuro y nuestros juicios de los demás.... Tenemos que llorar más al pecador que no hace penitencia que al que la hace. Se merece que llamemos bienaventurado al que hace penitencia.

El que confiesa sus pecados no lo hace por propia virtud sino que los confiesa con la gracia de Dios.

Eucaristía

Este término griego significa acción de gracias y de adoración. En ella celebramos el sacrificio expiatorio de Cristo en la cruz y nos mantenemos unidos a la obra de Cristo que murió crucificado y resucitó por todos. El Señor se hace presente en el pan y el vino como

signos externos de su cuerpo partido y sangre derramada para nuestra salvación. Su celebración es una prueba de gratitud por el sacrificio expiatorio de la cruz.

San Juan habla a los fieles que reciben el cuerpo y la sangre de Cristo en su perfecta realidad después de la conversión del pan y del vino en virtud de las palabras consecratorias. Les da tan alta idea de este sacramento para que sus fieles lo reciban como el alimento cotidiano de sus almas. La eucaristía es el mismo sacrificio de la cruz y de la cena. Acercándote a esta mesa sagrada recibes a Dios.

San Juan Crisóstomo pone especial atención en el carácter especial del sacrificio eucarístico. El pan y el vino de las ofrendas se transforman y Cristo mismo repite el sacrificio de la cruz, a la vez que lo relaciona con su sacrificio eterno en el cielo. Usando la metáfora de Rabindranath Tagore sobre el árbol que entrega el mango al hacha del leñador Jesús en la última cena nos dio la eucaristía para que lo ofreciéramos a él en sacrificio al Padre.

Cuando el sacerdote, dice San Juan Crisóstomo, pronuncia las palabras consecratorias con él las repite el Señor después de la invocación al Espíritu Santo por la epiclesis. La eucaristía es el acto de culto fundamental de la Iglesia a Dios y el centro de toda la vida cristiana. Sus exhortaciones a los fieles están siempre relacionadas con la devoción cristiana, el cambio de vida y la limosna a los necesitados. A veces se queja de los cristianos que abandonan la celebración de este gran misterio:

Pronunciando el sacerdote las palabras “Esto es mi cuerpo” en virtud de la gracia de Dios esta palabra transforma las ofrendas. Y de la misma forma que aquella voz “Creced y multiplicaos y poblad la tierra” nos dio fuerza para procrear a los hijos hasta el fin de la tierra así esta voz pronunciada en nuestras iglesias y en las mesas hasta hoy y hasta su venida hacen un sacrificio perfecto. Nadie, pues, se acerque con maldad y mente envenenada, como Judas y se haga digno de condenación.

Cristo nos dejó el misterio de la eucaristía como una prueba de amor y para que nos mezclemos en una sola carne con él por la comida que nos dio. Se mezcla así para que seamos un solo cuerpo unido a su cabeza. Esto es prueba de un ardiente amor...Esta sangre atrae a los ángeles y expulsa a los demonios... De este manantial manan toda clase de fuentes con gracias y favores...

“Salió sangre y agua”. No fue casual que manaran estas dos fuentes porque de ambas brotó la Iglesia. Bien saben esto los iniciados que han sido regenerados por el agua y se alimentan con su carne y con su sangre.

Piensa, oh hombre, qué hostia has consagrado y a qué mesa te acercas. Piensa que siendo tierra y ceniza recibes el cuerpo y la sangre de Cristo. Si un rey te invitara a un convite tomarías los alimentos con reverencia y silencio. Dios te invita a su mesa para que recibas a su Hijo, a quien asisten los ángeles con temor.

Más que nuestros pensamientos y nuestros ojos ha de valer su palabra. Así hemos de hacerlo señaladamente en la eucaristía, no mirando sólo a lo que tenemos delante sino reteniendo también las palabras del Señor. Porque su palabra es infalible; nuestros sentidos, en cambio, son fácilmente engañosos. La palabra de Dios jamás ha fallado, nuestros sentidos, empero, fallan muchas veces. Ahora bien, puesto que la Palabra dice: “Esto es mi cuerpo”, obedezcamos y creamos y mirémosle con ojos espirituales.

¿Qué dice, pues, el centurión? “Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo...”. Oigámoslo cuantos hemos aún de recibir a Cristo, porque posible es recibirle también ahora. Oigámosle e imitémosle y recibamos al Señor con el mismo fervor que el centurión; porque cuando a un pobre recibes hambriento y desnudo a Cristo recibes y alimentas.

¡Oh desvergüenza de Judas! Porque también Judas estaba allí y vino a tomar parte en los misterios (la eucaristía) y en la mesa. Ésta debiera haber bastado para confundirle y aun cuando hubiera sido una fiera debiera haberse amansado.

Porque el diablo no entra en el alma repentinamente ni de golpe sino que antes tienta el vado por muchas partes. Y así sucedió puntualmente con Judas. Habiéndole primero tanteado y atracándole suavemente, cuando vio que estaba dispuesto a recibirle, se le metió ya todo entero y se apoderó de él totalmente.

¿Por qué razón celebró el Señor este misterio en tiempo de Pascua? Para que advirtamos que es él también el legislador de la antigua alianza... En cuanto a la tarde era como el símbolo de la plenitud de los tiempos y prueba de que las cosas estaban ya tocando a su fin...y así hace caducar la más importante de las fiestas judaicas trasladándola a otra mesa mucho más santa... Y llama a su sangre sangre del Nuevo Testamento... es decir, de la ley nueva.

Mirad cuán grande empeño puso el Señor en recordarnos constantemente que murió por nosotros... Él recuerda constantemente su pasión aun por medio de la eucaristía a fin de que nadie pueda ser engañado. Con lo que esta sagrada mesa es para nosotros medio de salvación y de enseñanza.

Creed, pues, firmemente que esta es aquella misma cena a la que estuvo él mismo sentado. No hay diferencia alguna entre la del cenáculo y la del altar. Y no puede decirse que ésta la hace un hombre y aquella la hizo Cristo, sino Cristo también ésta. Cuando veas, pues la mano del sacerdote que te da el pan consagrado, no pienses que es el sacerdote quien te lo da, sino mira la mano de Cristo mismo tendida hacia ti... El que nos ha dado lo más, es decir entregarse a sí mismo, mucho menos se desdeñará de darnos su cuerpo... El Señor nos ha concedido hartarnos de su sangre divina, se nos ha dado así mismo en sacrificio.

No es pequeño el castigo de quienes participan indignamente de la eucaristía. Considerad cómo os irritáis contra el traidor y los que crucificaron a Cristo. Pues mirad no os hagáis también vosotros reos del cuerpo y de la sangre de Cristo. Ellos mataron aquel cuerpo santísimo y tú le recibes con alma sucia después de tan grandes beneficios. Porque no le bastó haberse hecho hombre y dejarse abofetear y crucificar, sino que se une con nosotros y, no sólo por la fe, sino en la realidad misma, nos hace un cuerpo consigo... No seamos, pues, tibios, después que tal amor y tal honor se nos ha concedido... El que otrora hizo eso en la última cena, ése mismo es el que lo sigue haciendo ahora.

Cuando veas desde tu casa... a aquel que recibe el precioso cuerpo de Cristo y participa en este sacrificio ir al lugar del diablo, a los espectáculos inmorales del teatro en día de fiesta no te calles... Del mismo modo que se nos dio el poder de atar y desatar así también el poder de dar sentencia. No queremos ausentar a nuestros hermanos sino eliminar el oprobio de la Iglesia.

Todo esto os lo digo a vosotros que participáis de la eucaristía y también a vosotros que la administráis. A la verdad también tengo que hablar con vosotros a fin de que distribuyáis con el mayor cuidado estos dones... ¿Cómo, pues, no te indignas y apartas a los que se te acercan con pecados más sucios que el barro?

De muy buena fe ha hablado y terriblemente. Pues viene a decir (1Cor 10,16): Esto que hay en el vaso es lo que manó de su costado y de ello somos partícipes. Lo llamó “vaso de bendición” porque teniéndolo en nuestras manos lo ensalzamos, admirados y estupefactos por este don inefable, bendiciéndole porque lo derramó para que no permaneciéramos en el error y no sólo lo derramó sino que nos lo distribuyó a todos nosotros... Dime, ¿qué puede haber más temible y a la vez más amable que esto?

Cristo se unió a tí ... y tú ni siquiera te dignas unirte a tu hermano con el debido cuidado sino que te apartas de él a pesar de que has gozado tan excelente caridad y vida de parte del Señor. Pues no simplemente entregó su propio cuerpo... sino que introdujo otra masa y levadura, su propia carne que era de su misma naturaleza, pero estaba libre de pecado y llena de vida, y concedió a todos el poder participar de ella para que alimentados de ella... nos juntásemos todos mediante esta sagrada mesa en la vida inmortal.

Oigamos también estas palabras (1Cor 11, 21 s.) cuantos nos acercamos aquí con los pobres a esta sagrada mesa, pero una vez que hemos salido de aquí parece que ni siquiera los hemos visto jamás, sino que nos embriagamos y pasamos por alto a los hambrientos, de lo cual acusaba entonces a los de Corinto.

Oigamos, pues, sacerdotes y fieles el don que se nos ha otorgado. Oigamos y temblemos. El Señor nos ha concedido hartarnos de su carne divina, se nos ha dado a sí mismo en sacrificio.

No comulgar de estas cenas místicas es hambre y muerte. Pues esta mesa es los tendones de nuestra alma, el vínculo de nuestra mente, el fundamento de nuestra confianza, nuestra esperanza, nuestra salvación, nuestra luz, nuestra vida. Cuando con ese sacrificio morimos, con gran confianza llegaremos a aquellos atrios sagrados rodeados por todos los lados como por una especie de armadura áurea.

Si conmemoras la muerte de un hijo o de un hermano, te angustiarías si no hubieras guardado la costumbre de llamar a los pobres y cuando conmemoras la muerte de tu Señor, ¿no les das alguna participación de la mesa?

Considera que has recibido cosas más grandes que lo santo de los santos del pueblo judío. Ni los querubines porque inhabita en ti el Señor de los querubines, ni el arca de la alianza ni el maná, las tablas de piedra, la vara de Aarón, tienes el cuerpo y la sangre del Señor, el espíritu en lugar de la letra y el don inenarrable de la gracia que supera todo pensamiento.

Del mismo modo que a los judíos al salir de Egipto se les mandó comer el cordero y que estuvieran preparados para marchar así los que comemos el cordero de la eucaristía debemos estar preparados como si el mismo día tuviéramos que salir ese día al encuentro definitivo con Cristo.

Aquella mesa de la última cena no era de oro o plata ni el cáliz en el que dio a sus apóstoles su sangre; sin embargo, eran cosas preciosas y tremendas porque estaban llenas de espíritu.

Cristo celebró el misterio de la eucaristía en tiempo de Pascua para que advirtamos que era el legislador del Antiguo Testamento y todas sus cosas habían sucedido para anunciar estos misterios.

La mejor custodia y memoria de tanto beneficio es la asidua acción de gracias. Con razón esos misterios tan saludables se llaman eucaristía, acción de gracias, porque conmemoramos en ella muchos beneficios. ¿Qué nombre teníamos que dar a nacer de la Virgen, la crucifixión y darse en comida como sacrificio por nosotros? Démosle gracias por nuestros beneficios y los de todos los hombres en todos los tiempos pasados y futuros.

Lo que no sucedió en la cruz sucede aquí en la eucaristía. En la cruz no se rompió el cuerpo de Cristo, en la eucaristía, lo que no sucedió allí sucede aquí, Cristo se divide, se multiplica para comunicarse a todos. Su cuerpo unido nos une y cuando lo recibimos nos unimos...

Muchos de los que estáis aquí celebráis la eucaristía una vez al año, otros dos, otros muchas veces... ¿Quién de estos es más aceptable para nosotros? Ni unos ni otros, sino los que con conciencia limpia y puro corazón tengan una vida que no merezca reprensión. Los que son así acérquense siempre, los que no lo son ni una vez.

El sacerdocio

Ordenado de sacerdote a los 41 años, formado en la mejor cultura de su tiempo, después de haber vivido de anacoreta durante seis años y de ser escritor consagrado exclama en el primer sermón que pronunció en Antioquia como nuevo sacerdote: *¿Luego es verdad lo que me ha sucedido? ¿Ha acontecido realmente lo que ha acontecido y no hemos sufrido una ilusión? ¿No es ahora de noche y estamos soñando, sino de día y estamos despiertos todos? ¿Y quién pudiera creer que en pleno día, estando la gente en sus cabales y despiertos, haya sido levantado a la altura de tan alta dignidad un pobre y desechado muchacho?*

Cuando San Juan habla del sacerdocio se advierte claramente la alegría y el agradecimiento con que llevó esta dignidad tan pesada para él. A los sacerdotes les exige conducta intachable, caridad con los pobres, entrega generosa al apostolado:

Sin el don del Espíritu no tendríamos bautismo ni perdón de los pecados ni santificación. No habríamos sido adoptados como hijos de Dios ni tendríamos el misterio eucarístico. El cuerpo y la sangre de Cristo no se hacen presentes sin la gracia del Espíritu. Tampoco tendríamos sacerdotes porque sin él no son posibles las ordenaciones de los mismos.

El solio regio se distingue por el oro y las piedras preciosas, el solio del sacerdote está en el cielo y su misión es administrar cosas celestiales. Es rey del cielo. ¿Qué se puede comparar con este honor? El juez se sienta en la tierra y lo que él juzga se aprueba en el cielo. De este modo es mediador entre Dios y la naturaleza humana atrayéndonos los beneficios del cielo y elevando hasta allí nuestras oraciones.

Lo propio del sacerdote es argüir y amonestar libremente, no mover las armas, hacer vibrar las lanzas, tensar el arco, lanzar la flecha sino sólo aconsejar... Cuando el sacerdote está contento y su dignidad es conculcada nada más puede hacer el sacerdote ... Conviene que reprenda con mansedumbre y confianza.

En las villas y pueblos conviene que los fieles construyan su iglesia y tengan el doctor que les hable. Ante todo hay que procurar que todos sean cristianos. ¿Cómo puede ser cristiano un agricultor descuidado de su salvación? Muchos van a los baños y al foro, pero no a las iglesias. Hay que atraerlos con persuasión, humanidad, protección, mansedumbre, bondad, etc. Que ninguna villa esté sin iglesia.

El rey no debe usurpar la autoridad del sacerdote, al rey pertenecen las cosas de la tierra al sacerdote las celestiales. Cuando veas a un sacerdote indigno no por ello acuses a todo el sacerdocio. No se pueden despreciar todas las cosas porque alguien usa mal de una cosa buena, también Judas fue traidor y no por eso podemos acusar a todo el orden apostólico.

¿Ignoras, acaso, que los que asisten al altar también están llenos de pecados? Están formados de carne y sangre, pero no pueden negarse a impartir la doctrina y la gracia de Dios, mirando siempre a la misericordia divina. Si los sacerdotes no pecaran ni estuvieran sometidos a todas las miserias humanas no darían el perdón ni comprenderían a los pecadores. Dios los sometió al pecado para que comprendan las flaquezas de los demás y sean humanos con ellos.

Porque el sacerdocio sí es cierto que se ejerce en la tierra, pero ocupa un lugar entre las jerarquías celestes. Y con toda razón. No fue un hombre, en efecto, no un ángel, no un arcángel, no otro poder alguno creado, sino el Paráclito mismo quien ordenó esta función sagrada y nos hizo entrar, aun permaneciendo en la tierra, en un ministerio de ángeles. Por eso es menester que el sacerdote sea tan puro como si estuviera en los cielos en medio de aquellas angélicas potestades.

Contempla, en efecto, al Señor sacrificado y puesto como víctima sobre el altar; mira al sacerdote que preside el sacrificio y ora; mira también a todos los allí presentes como bañados y teñidos con aquella sangre preciosísima y dime si crees estar aún entre los hombres y que asientas tus pies sobre la tierra y no te sientes, más bien, trasladado de pronto a los cielos y, arrojando de tu alma todo pensamiento carnal y terreno, no crees contemplar con alma desnuda y mente pura la gloria misma del cielo.

En la Iglesia unas ovejas están sanas otras enfermas y a todas es preciso atraerlas... Con gran voz y con terrible clamor, como un pregonero y la mano levantada el sacerdote a unos llama, a otros amenaza con la lengua... En las olimpiadas el pregonero clama también preguntando públicamente si es esclavo, ladrón de malas costumbres, preocupado por la salud corporal... Las cosas santas son para los santos. Si alguien no está preparado que no se acerque al altar...

Si el hombre espiritual es indigno y renuncia a su dignidad se hará un bien a sí mismo. Nada tanto desagrada a Dios como desempeñar indignamente la función sacerdotal.

Porque por manos del sacerdote se cumplen no sólo los misterios dichos (se refiere a la eucaristía) sino también otros que en nada les van en zaga, ya en razón de su dignidad en sí, ya en orden a nuestra salvación. En efecto, a moradores de la tierra, a quienes en la tierra tienen aún su conversación se les ha encomendado administrar los tesoros del cielo y han recibido un poder que ni a ángeles ni a arcángeles concedió Dios jamás (ahora recuerda el poder de perdonar los pecados).

Los sacerdotes son los que espiritualmente nos engendran, los que por el bautismo nos dan a luz. Por ellos nos revestimos de Cristo (Rom 13,14) y nos consueptamos con el Hijo de Dios (Rom 6,4) y nos hacemos miembros de aquella bienaventurada cabeza. De suerte que los sacerdotes debieran merecernos más reverencia que los magistrados y reyes y hasta fuera justo tributarles honor mayor que a nuestros padres.

Al modo que las virtudes de los sacerdotes aprovechan a muchos como una exhortación viva a la imitación, así sus defectos favorecen la tibieza en la práctica de la virtud y nos hacen aflojar en el esfuerzo que exige la vida de perfección. De ahí la necesidad de que por todas partes brille la belleza de su alma para que pueda juntamente alegrar e ilusionar las almas de los que los miran.

Si la vida del sacerdote está del todo y en todo bien concertada se hace inatacable a las insidias de la envidia; mas si en algo se descuida, como es natural que se descuide siendo hombre y navegando por este piélago de la vida, sujeto a tantos extravíos, ¡Adiós méritos y virtudes! De nada le servirán para tapar la boca de sus acusadores.

Todo el mundo quiere juzgar al sacerdote no como a hombre vestido de carne, no como a quien le cupo en suerte una naturaleza humana, sino como si fuera un ángel y estuviera ya libre de toda flaqueza.

El sacerdote está construido embajador ante Dios de una ciudad entera. ¿Y qué digo de una ciudad? De toda la tierra, más bien, es embajador y por los pecados de todos ruega el sacerdote a Dios no sólo por los de los vivos, mas también por los de los difuntos, a fin de que a todos sea propicio.

Mas ¿en qué orden y jerarquía pondremos al sacerdote cuando invoca al Espíritu Santo y realiza aquel tremendo sacrificio y toca continuamente al Señor universal de todos? ¿Qué pureza, qué reverencia no exigiremos de él? Considera cómo han de ser las manos que administran estos misterios y la lengua que pronuncia aquellas palabras, qué pureza y santidad no haya de superar el alma que en sí recibe a tan soberano espíritu. En este momento hasta los ángeles rodean al sacerdote y toda la jerarquía de las potestades celestes clama y de ellas se llena el lugar que rodea el altar para gloria del que allí está puesto.

La ley divina excluyó a las mujeres de este ministerio; pero ellas, contra viento y marea, pugnan por verse dentro y, ya que por sí mismas nada pueden, lo manejan todo por medio de otros. Y hasta tal punto se alzan con el mando que en su mano está aprobar o rechazar a los sacerdotes que a ellas les dé la gana. Y así anda todo cabeza abajo y se cumple el refrán de que a los que mandan los dirigen los mandados.

Resulta hipócrita besar públicamente las manos de los sacerdotes, doblar las rodillas, pedirles oraciones por vosotros, llamar a su puerta pidiendo el bautismo mientras que en casa y en la plaza a estos ministros de tantos bienes los llenáis de oprobios y dais la

razón a sus acusadores. Porque si tan malo es el sacerdote ¿cómo lo consideras digno ministro de tan sagrados misterios? Pero si te parece un ministro digno ¿Por qué arrastras a otros a la maledicencia y no les tapas la boca ni lo llevas a mal y quieres recibir premio de Dios y que ellos mismos te bendigan?

Cuando ordenamos a los sacerdotes en la Iglesia les imponemos el Evangelio sobre las cabezas para que aprendan que aunque sean cabeza de todos se tienen que someter a sus leyes y aquel que a todos manda se someta al imperio de la ley y el que a todos da órdenes sepa cumplir el mandato de la ley. San Ignacio, sacerdote y mártir, escribió: “Que no se haga nada sin tu voluntad y tú no hagas nada sin la voluntad de Dios”.

El Antiguo Testamento dice de sus sacerdotes: “Ay de vosotros que exigís al pueblo el diezmo y no les advertís de sus falta de misericordia y de justicia”. Así también ahora: Si el obispo no recibe los honores del presbítero, ni el presbítero del diácono y el diácono del lector se irritan y, solícitos de su honor, no se preocupan de los que pecan contra Dios y de olvidar el honor que se les debe.

Cosa grande es un poco de bien entre grandes males...Si los sacerdotes se preocupan de las cosas temporales, ¿Quién se va a dedicar a las cosas de Dios? Algunos obispos y sacerdotes superan en solitud a algunos economistas. Deploro esto esperando corrección y enmienda.

Unción de enfermos

No nos consta que San Juan Crisóstomo recibiera en vida este sacramento con motivo de alguna grave enfermedad. Salvada la pequeña crisis de salud que le obligó a abandonar el desierto nunca estuvo enfermo. Por otra parte las circunstancias de su muerte se lo impidieron. Habla mucho de las enfermedades y sufrimientos explicando su sentido teológico y exhortando a sobrellevarlos con la gracia de Dios. Sin embargo, no se encuentra en él una relación entre la enfermedad y el sacramento.

En las obras de San Juan Crisóstomo no existen testimonios explícitos sobre este Sacramento. Sólo nos recuerda su promulgación por el apóstol Santiago y el uso que hacían los fieles del santo óleo en su tiempo:

Los sacerdotes no sólo tienen poder de perdonar los pecados cuando nos regeneran por el bautismo, sino también los que cometemos después de nuestra regeneración. Porque “¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él, después de ungirle con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo y el Señor lo curará y si hubiera cometido pecados se le perdonarán” (Sant 5,14-15).

En la Iglesia todo es grande, todo es tremendo. Ciertamente esta mesa es mucho más venerable y agradable que la tuya, esta lámpara mejor que la tuya. Saben esto bien los que ungidos con este aceite se curaron de sus enfermedades.

Grandes son las enfermedades que aquejan a nuestra alma y éstas son las que principalmente quiere el Señor curar. Si cura las del cuerpo es porque quiere curar también las del alma. Acerquémonos, pues, a él y pidámosle el perdón de nuestros pecados. Porque también ahora lo concede con tal que se lo pidamos fervorosamente.

Hay enfermedades del cuerpo, enfermedades de la fe cuando alguien no está firme en ella y otras formas como la persecución, las insidias, molestias, tentaciones, calamidades... Cristo habita en nosotros y es potente para curarnos...

El matrimonio

Los cristianos del siglo IV celebraban el matrimonio como sus contemporáneos paganos: banquetes, músicos, bailes, danzantes, canciones obscenas. El sacerdote les daba con frecuencia una bendición, pero no era esto condición para su validez. El rito religioso se hizo obligatorio en el siglo IX en Oriente y en Occidente con el concilio de Trento.

Juan propone eliminar todo lo satánico, invitar a los pobres a la mesa y llamar a un sacerdote para que bendiga la unión. El matrimonio cristiano está constituido por el compromiso sagrado que adquieren dos bautizados ante Dios. Para San Pablo esto es *casarse en el Señor*. San Ignacio de Antioquía pedía ya a los fieles que lo hicieran delante del obispo y San Juan Crisóstomo habla del *matrimonio según Cristo*.

La antigua fórmula de San Agustín definiendo los misterios cristianos como *signos visibles de gracia invisible* tenía un sentido tan general que este mismo Padre calificaba como misterios o sacramentos la recitación del credo y del Padre nuestro. Hugo de San Víctor llegó a enumerar treinta sacramentos. Una vez precisado este concepto, que en tiempo de Tertuliano significaba el juramento de hacían los soldados poniéndose al servicio del emperador, Pedro Lombardo y Santo Tomás de Aquino los redujeron a siete, los cuales serán después enumerados por los concilios de Florencia y de Trento.

San Juan Crisóstomo usa el término sacramento con el significado de misterio refiriéndose a los ritos más sagrados. Sin embargo, el sentido teológico de esta palabra es en él más profundo. En su homilía XX, explicando la carta de San Pablo a los efesios 5,21-33, el matrimonio cristiano simboliza la unión de Dios con el hombre en la persona de Cristo y expresa también la acción santificadora de Dios en el alma humana mediante las estructuras sociales de la Iglesia que perpetúan la encarnación como el Cuerpo místico de Cristo. Leyendo esta homilía resulta fácil deducir que San Juan Crisóstomo entendía el matrimonio cristiano en el mismo sentido que los teólogos medievales, independientemente de la fórmula canónica que se puso en vigor posteriormente.

Por consiguiente, iniciar el estado matrimonial sin encomendarse a Dios por medio de la oración es un tremendo disparate. Dios es la fuente del amor y todo amor naufraga sin él. No es prudente jugarse la felicidad de la vida a cara y cruz. El nacimiento de los niños iba también acompañado de muchas supersticiones, que nuestro Santo censura con fuerza. En el matrimonio cristiano marido y esposa son unidos por Dios, que les da su gracia para que vivan felizmente su amor.

En su librito sobre la educación de los hijos defiende que los padres son los principales educadores de sus hijos. De ellos depende en gran medida la futura conducta de los hijos. San Juan hubiera suscrito gustoso la sentencia de Noriac: *La grandísima disculpa que tiene Eva en su pecado es no haber tenido madre*. Del matrimonio se expresa de este modo:

Las nupcias fueron creadas para que lo que falta a uno lo supla el otro; así la naturaleza necesitada se baste a sí misma para por medio de la sucesión conseguir la inmortalidad.

Lo que se mira inmediatamente al casarse son el dinero y las riquezas, la cuantía de la fortuna en sus varias y diversas formas, como si se fuera a comprar algo o a celebrar un contrato corriente y moliente. De ahí que llaméis contrato al matrimonio... He ahí una injuria a los dones de Dios y he ahí cómo el matrimonio ha venido a ser asunto de compra y venta... Si buscas ante todo a Dios tendrás también la riqueza; mas si dejando a Dios a un lado corres tras la riqueza no tendrás ni a Dios ni a la riqueza.

Así como es criminal cortar la carne humana así lo es separar del hombre a la mujer. Y aún alegó a Dios diciendo: “Lo que ha unido Dios no lo separe el hombre”. Con lo que demuestra que tal separación iba contra la naturaleza y contra la ley. Contra la naturaleza porque va contra lo que es una sola carne; contra la ley porque, habiendo Dios hecho la unión y mandado que no se separara lo que él había unido, ellos se abalanzan a hacerlo.

Sin embargo, la inefable sabiduría del Señor aun eso defiende y les dice: “Moisés dio esa ley mirando a la dureza de vuestro corazón”. No les deja el Señor bajo la acusación de los fariseos, pues al cabo él mismo había inspirado esa ley. No, Moisés queda exento de culpa y el golpe viene a parar a la cabeza de los mismos fariseos.

No me hables de leyes dadas por extraños permitiendo dar el libelo de repudio. No te juzgará Dios por ellas el día del juicio sino por las que él estableció... No es lícito casarse con la repudiada.

Si se ha unido el hombre con la mujer para ser los dos una misma cosa; si por ello en todos esos casos ha de tener la culpa el marido y se pone fuera de la ley divina siempre que la despide, más fácil es luchar contra el deseo de la naturaleza y contra sí mismo que no contra una mala mujer... Lo cual era realzar la cosa, mostrarles su grandeza y de ese modo invitarlos y arrastrarlos hacia ella.

Si este precepto del Señor os parece pesado acordaos, os ruego, de sus palabras pasadas, de las bienaventuranzas que él ha proclamado y veréis cómo es posible y fácil. El que es manso y pacífico, pobre de espíritu y misericordioso, ¿cómo imaginar que eche de casa a su mujer? El que a otros pone en paz, ¿cómo estará él en discordia con su propia mujer?

Si el hombre sabe vivir templadamente tendrá a su mujer por la cosa más amable del mundo, la mirará con gran cariño y tendrá con ella la mayor concordia. Ahora bien, habiendo paz y concordia todos los bienes vendrán sobre aquella casa.

Con el adulterio desprecias a Cristo. Es lo que te decía al principio: Si fueras un particular nadie podría acusarte de deserción; pero es que estando al servicio de Cristo ya no eres dueño de ti mismo. ..Los que viven en Cristo no son dueños de su propio cuerpo.

Por lo demás hay que saber que después del matrimonio nadie es dueño de sí mismo y hay que optar o por vivir siempre con la mujer... o separarse y exponerse al adulterio. ¿Y qué decir de las otras necesidades de los hijos, las preocupaciones de la casa, capaces de embotar todo buen propósito y echar una rémora completa al alma?

Oídlo, padres y madres, la crianza de vuestros hijos no quedará sin recompensa. Porque no es pequeña cosa consagrar a Dios los hijos que de Dios se han recibido. Si se han

echado bien la base y el fundamento desde el principio el galardón tiene que ser grande, como grande será el castigo de la negligencia...y no sólo debéis educar así a los hijos sino también a los nietos. Porque cuando la raíz es buena las ramas se extienden hacia lo mejor.

Si destinas a tu hijo para la vida del mundo tráele pronto una esposa y no esperes a que se entregue a la milicia o a la política. Ordena, ante todo, su alma y luego puedes preocuparte de la gloria exterior.

Sé a quiénes me dirijo. No a todos, pero donde se encuentra la herida allí hay que aplicar la medicina. ¿Por qué violas el matrimonio? ¿Por qué cometes esta injuria contra el lecho conyugal? ¿Por qué hieres a tu miembro? ¿Por qué manchas e injurias tu fama? Rompe tu alma perturbada, tu sed de placer, que son la fuente de la fornicación.

El matrimonio no lo hace el coito, sino la voluntad, por eso no disuelve el matrimonio sino la voluntad. Por eso el que despide a su mujer y no se une a otra sigue casado con ella, todavía es marido. El que la despide no comete adulterio sino el que se une con otra. Del mismo modo que es cruel e inicuo el que despide a una mujer buena y casta así es fatuo e injusto el que se une con una meretriz. Debemos imitar a Dios en su comportamiento con la Iglesia que no la abandona. Portémonos nosotros así con el cónyuge.

Pedro

Pedro es en la Iglesia de Cristo la piedra angular de todo el edificio visible. Su personalidad es bien conocida en los Evangelios, Hechos y carta a los gálatas de San Pablo y la tradición cristiana. En su primer encuentro con el Señor fue bautizado con el nombre de Cephas, equivalente arameo de Roca, cambiándole el nombre de Simón. Su trabajo era pescar en el lago de Tiberiades. Cuando los evangelistas citan a los apóstoles lo ponen siempre en primer lugar. Pertenece al grupito de entre los apóstoles que son testigos de los momentos principales de la vida de Jesús, especialmente su Transfiguración y tristeza de Getsemaní.

Pedro fue el indiscutible líder de la Iglesia después de la resurrección. Si embargo, las palabras de Cristo diciéndole que edificaría la Iglesia sobre él, dándole las llaves del reino de los cielos, el poder de atar y desatar, la misión de confirmar la fe de sus hermanos y encomendándole el pastoreo de todos sus corderos y ovejas son interpretadas por la Iglesia ortodoxa como un privilegio personal de Pedro, no transmisible a sus sucesores en la sede de Roma. La Iglesia ortodoxa sólo reconoce en los Romanos Pontífices un primado de honor sobre la Iglesia universal.

En esta controversia es clave San Juan Crisóstomo, que acude al Papa Inocencio I con motivo de su condenación por el concilio de Antioquía y en el caso del destierro ordenado por el emperador Arcadio. La opinión de este gran santo, tenido en la Iglesia oriental por el mayor de los Padres sería decisiva. Sin embargo, no se encuentran en sus escritos palabras directas sobre este tema trascendental, la sucesión de Pedro, ya que sus expresiones y actitud pueden entenderse como una prueba de comunión eclesial.

Este santo Padre se regodea en elogios a San Pedro. Le llama *príncipe de los apóstoles, boca de los discípulos, columna de la Iglesia, firmamento de la fe, fundamento de la confesión, pescador del orbe, base de la Iglesia, corifeo de los apóstoles* y asegura que *ha llevado al cielo al género humano sacándolo de los más profundo del error...* Además se podría hacer una biografía completa de Pedro recogiendo todos los datos aportados por San

Juan Crisóstomo. Llega a recordar la tradición de su muerte cabeza abajo. Su silencio sobre la sucesión de los Romanos Pontífices se explica por la preeminencia política de Constantinopla; pero su reconocimiento implícito cuando habla de Pedro es patente. He aquí algunas de sus sentencias principales:

Después de aquella grave negación la lavó de tal manera llorando amargamente que fue constituido el primero de los apóstoles y se le encomendó todo el orbe de la tierra.

Piensa esto: A la regia ciudad de Roma acuden a los sepulcros del pescador y del tejedor de tiendas de campaña emperadores, cónsules y generales de los ejércitos.

¿Qué significa Pedro, boca de los apóstoles? El mismo responde en nombre de todos, es corifeo del colegio apostólico, siervo siempre fiel... Los discípulos le conceden siempre el primado y lo prefieren en las intervenciones públicas, aunque era más rudo que los demás.

Nada más grato a Dios que tenerse por el último de los pecadores. Por esto fue hecho por Cristo fundamento de su Iglesia.

Pedro era eximio entre los apóstoles, portavoz de los discípulos y cabeza del grupo. Por eso Pablo se presentó a él en Jerusalén.

Santiago asumió el trono de Jerusalén, Pedro en cambio, recibió de Cristo el nombramiento de doctor de todo el mundo.

Pedro fue distinguido con amor y reverencia por Cristo... aunque Pedro era el primero es verosímil que Judas, por su petulancia, se sentara antes que el corifeo en la última cena.

Sobre el cambio de nombres encontramos también que Pedro se llamaba antes Simón, los hijos de Zebedeo, Juan y Santiago, fueron llamados hijos del trueno. En el AT se cambió también el nombre a Abran por Abrahán, a Jacob por Israel ...

Pedro curando al cojo de nacimiento nos muestra un milagro mayor: El que ante la crucifixión no pudo resistir las amenazas de una doncella ahora se enfrenta al pueblo judío con tremenda confianza contra un pueblo enfurecido exasperado de su locura.

Pablo decapitado, Pedro crucificado de modo contrario a Cristo con la cabeza hacia abajo, salieron de esta vida. ¿No es por esto que ahora se celebran en todo el mundo?

Reyes y emperadores construyeron ciudades y puertos y les impusieron sus nombres, pero de nada les ha aprovechado condenados ahora al silencio. En cambio, Pedro, el pescador, que no hizo nada de esto, prosiguió la virtud y ocupó Roma y resplandece con más luz que el sol.

Pedro confirmó su doctrina condenando a Ananías y Safira... ¿Qué hay más espléndido que Pablo, qué más insigne que Pedro, que invadieron el orbe de la tierra con más claridad que el sol sembrando las semillas de la piedad y del amor?

Digo esto para los que caen en desesperación... ¿Qué podemos pensar, en verdad, del corifeo Pedro, que después de haber caído tan bajo hace tantos milagros, admoniciones y exhortaciones? Todo lo olvidó el Señor y lo constituyó príncipe de los apóstoles.

Pedro es la base de la Iglesia, vehemente amante de Cristo, indocto en la palabra y vencedor de los retóricos, imperito pero tapó la voz de los filósofos, rompió la filosofía griega como una tela de araña, dio la vuelta al mundo, echó la red en el mar y pescó el mundo.

Los apóstoles no sólo se preocupan de sus cosas sino de las de otros, de todos y de cada uno. Pedro es el corifeo de ese coro, boca de todos los apóstoles, cabeza de aquella familia, prefecto de todo el orbe, fundamento de la Iglesia, ardiente amante de Cristo. Profiero estas alabanzas para que veáis cuánto amó a Cristo. Así se ganó la prefectura del verdadero pastor y de él aprendemos a amar al pastor y a las ovejas.

Imploramos a San Pedro, a su hermano Andrés, a Pablo, a Timoteo. Acudimos en las calamidades a Pedro, fundamento de la fe y a Pablo, vaso de elección celebrando sus trofeos y victorias contra los demonios.

Oyendo Pedro decir a Cristo lo difícil que era para los ricos entrar en el reino de los cielos se preocupaba y angustiaba y le dijo: “Entonces quién puede salvarse?”. No lo dijo por sí mismo sino por los problemas del mundo... Pedro dejó poco, pero dejó todo lo que tenía por seguir a Cristo.

Pedro le dijo al cojo que estaba en la puerta del templo: “No tengo oro ni plata”. No dijo no tengo aquí, como decimos nosotros, sino no tengo nada. Pero le añadió: “De lo que tengo te doy”. Pedro era ajeno a toda forma de fasto y de ambición.

Piensa en la gracia del Espíritu Santo. Aquel Pedro que no había podido sufrir la acusación de una vil doncella ahora habla con tal confianza contra todos los pueblos vociferando contra él, que se convierte en una prueba de la resurrección del Señor.

Pedro predicaba una filosofía que es superior a la de los académicos y peripatéticos, incluso es superior a la de Platón.

Muchos que leen el episodio de la epístola a los gálatas creen que Pedro fue acusado por Pablo de simulación. De ninguna manera. Aquí se aprecia una gran prudencia tanto de Pedro como de Pablo mirando al bien de los oyentes...

Pedro tan brillante, fundamento y columna de la Iglesia... cayó bajo las amenazas de una muchacha portera... los demás huyeron por miedo, éste cayó privado de la gracia de Dios como se vio después. Dios permitió que cayera para que habiendo sido constituido príncipe de todo el mundo, acordándose de sus delitos, fuera compasivo con los que cayeran después.

A los que confiesen al Hijo de Dios Pedro les abrirá las puertas el reino de los cielos, a los que digan con blasfemia que es una cosa creada les cerrará las puertas de la Iglesia. No recibió Pedro las llaves antes de decir “Tú eres el Hijo de Dios”. Después de esta confesión se le entregó el poder, la Iglesia y el reino.

La Iglesia y los pobres

Dios en su providencia no hace acepción de personas, a todos nos ama y nos ofrece generosamente todos sus dones. Sin embargo, aunque no hace diferencias discriminatorias, tiene sus preferencias por los pobres, enfermos y necesitados de bienes, de cultura, de amor, por los que carecen de toda clase de apoyos en este mundo y, sin embargo, mantienen puesta en él su confianza.

Entre las cualidades de nuestro Santo sobresale también su amor a los pobres. Tenía en su alma grabadas las palabras de Cristo: *Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber...* Es el tema más repetido en sus sermones. Llegó a decir a sus fieles desde el púlpito que los pobres puestos a la puerta del templo esperando la salida del obispo para recibir los auxilios de la caridad eran una corona de oro de la Iglesia:

El sustento de los pobres, la protección de los oprimidos, el cuidado de los peregrinos, la ayuda a los perjudicados, la providencia de los huérfanos, la defensa de las viudas, el gobierno de las vírgenes, estos negocios debieran los obispos administrar y no meterse en las preocupaciones de casas y campos. Estos son los verdaderos bienes de la Iglesia, estos son los tesoros que mejor dicen con ella.

Calculo que por la gracia de Dios aquí nos reunimos unas diez miríadas (se refiere a la población cristiana de Antioquia); ahora bien, si cada uno diera un pan a los pobres todos estarían en la abundancia; si todos se desprendieran de un solo óbolo no quedaría ya ni un pobre y no tendríamos que sufrir tantos oprobios e irrisiones por nuestra solicitud por las cosas materiales de la vida...También sería oportuno decirlo a los preladados de la Iglesia respecto a los bienes de la misma Iglesia.

Por eso yo siento profundo dolor puesto que debiéramos imitar a los ángeles, digo mal, al Señor mismo de los ángeles, y sólo imitamos al diablo. Porque sí, también en la Iglesia reina mucho la envidia y más en los que mandamos que en los súbditos...No pongamos, pues, nuestra mira en las dignidades, en los honores y en las autoridades sino en cómo llevemos una vida virtuosa...El que goza de autoridad es como el que tuviera que vivir en compañía de una muchacha joven y hermosa con orden de no mirarla jamás con ojos lascivos. Tal es la autoridad. Por eso a muchos les ha precipitado la soberbia, los ha incitado a la ira, les ha hecho soltar el freno de la lengua, les ha abierto la puerta de la boca...

Aplaudís mis palabras; mas no son aplausos lo que yo necesito. Sólo una cosa quiero: que cumpláis lo que yo os digo. Este es mi mejor aplauso...No estáis aquí en ningún teatro, no os habéis sentado para ver la representación de una tragedia y contentaros con aplaudir. La Iglesia es una escuela espiritual.

Cristo declaró que la paz es dádiva grande diciendo: “Mi paz os dejo, mi paz os doy”. Todo debemos hacerlo a trueque de gozar de esta paz, tanto en nuestra casa como en la Iglesia....A la verdad, la Iglesia es la casa común de todos.

No pensemos que basta para nuestra salvación presentar al altar un cáliz de oro y pedrería después de haber despojado a viudas y huérfanos. Si quieres honrar este sacrificio presenta tu alma por la que fue ofrecido. Esta es la que tienes que hacer de oro... la iglesia no es un museo de oro y plata, sino una reunión de ángeles. Almas son las que necesitamos, pues por las almas quiere Dios los vasos sagrados.

El respeto en el templo

Que nadie, pues, sea tibio, nadie esté distraído cuando entran los sacerdotes y os hablan, pues el castigo que esta tibieza y distracción merecen no es pequeño. Por mi parte, yo preferiría entrar en una casa de cualquiera de vosotros y verme allí desairado que no hablar aquí sin que nadie me escuche. Esto me sería más molesto que lo otro, pues esta casa, la iglesia, es también más importante que cualquiera otra.

¿Qué hay aquí que no sea grande e infunda reverencia? Esta mesa es mucho más preciosa y más dulce que las vuestras. Estas lámparas son mejores que las de vuestras casas. Bien lo saben todos aquellos que ungidos con fe y a su debido tiempo con el óleo santo se vieron libres de sus enfermedades. Y esta arqueta es mejor y más necesaria que las vuestras, pues no guarda vestidos sino limosnas, aunque son pocos los que guardan aquí su riqueza. Aquí hay también un lecho mejor que el vuestro, pues no hay descanso comparable al que nos procuran las Escrituras...Por lo menos, cuando aquí nos reunimos hagámoslo con fervor.

Entonces las casas eran iglesias, ahora la iglesia se ha convertido en una casa. Entonces no se oía en la casa una palabra de mundo, ahora no es posible decir en la iglesia una palabra espiritual, pues hasta aquí metéis vuestras preocupaciones de la plaza. Y mientras Dios os habla, en vez de escucharle en silencio, le rechazáis por estar cargados de cosas contrarias a Dios.

Cuando se leen las letras del emperador en el teatro cónsules, prefectos, senado y pueblo se ponen en pie y escuchan en el más profundo silencio...En la iglesia, empero, donde se leen letras que nos han venido del cielo, no hay más que alboroto por todas partes. Sin embargo, el que nos ha mandado estas letras es mucho más que el emperador de la tierra y más augusto el teatro en que se leen. Pues no se compone sólo de hombres sino también de ángeles...Por eso se nos manda entonarlos o corearlos no sólo a los hombres, sino también a los ángeles y arcángeles y a los ejércitos del cielo y a cuantos moran en la tierra.

Y, sin embargo, mientras todo esto y mucho más se está diciendo, cuando deberíamos estremecernos y no considerarnos ya sobre la tierra, alborotamos como si estuviéramos en medio de la plaza, turbamos a los demás, charlamos de lo que no nos importa y así se nos pasa el tiempo que nos reunimos en la iglesia.

A esta nave de la Iglesia la combaten también de todos los lados tormentas continuas. Tormentas, por cierto, que no se desencadenan sólo de fuera, sino que se levantan también dentro de ella. De ahí la necesidad de gran condescendencia a la vez que no menos diligencia y rigor. Y todo ello mirando a un mismo blanco: La gloria de Dios y la edificación de la Iglesia.

La salvación por la Iglesia

Nada más claro en las Sagradas Escrituras que el deseo de salvación de Dios para todos los hombres. La encarnación del Hijo de Dios y su muerte es la prueba más evidente de ello. Jesús buscaba a los pecadores *porque no necesitan los enfermos de médico sino los enfermos* y dice a sus apóstoles que dará su sangre *por vosotros y por todos los hombres para la remisión de los pecados*. San Pablo nos formula esta verdad divina con estas palabras explícitas a su discípulo Timoteo: *Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*.

Esta es la misión que Cristo ha encomendado a su Iglesia y que deberá cumplir hasta el fin del mundo. Para eso le ha dado la luz de su Evangelio, la fuerza de sus sacramentos asegurándole protección y ayuda para que ofrezca los dones de él recibidos a todos los hombres. No se extrañe nadie de que tenga tantos pecadores en sus seno, a todos tiene que buscar, a todos tiene que recibir porque a todos tiene que amar.

Muchos hombres buenos no llegarán a conocer a Cristo ni entrarán en su Iglesia sin culpa de su parte. Ni unos ni otros estarán por ello excluidos de su salvación. Dios se contentará con que le hayan dado de comer o de beber en el hermano hambriento o sediento. Se salvarán sí porque sin saberlo tenían a Cristo y a su Iglesia en el corazón.

También de éstos se acuerda San Juan Crisóstomo:

De la misma manera que los que estaban dentro del arca de Noé se salvaron de las aguas así a todos los que yerran los salva la Iglesia; el arca les salvó la vida, solamente la Iglesia hace más. El arca salvó también a criaturas sin razón la Iglesia recibe a hombres racionales y no sólo los salva sino que los cambia.

La Iglesia une a todos sin hacer diferencia entre ricos y pobres, no admite a los pobres y desprecia a los ricos, ni unos son superiores a otros, sino todos iguales. Las asambleas y sermones son para todos. Aunque seas rico has nacido del mismo barro. Eres hijo de hombre y el pobre también.

Cuando el Señor resucitó a Lázaro acudían en masa todos los jerosolimitanos a comprobar en masa que había resucitado a un muerto, atraídos por el milagro. Igualmente sucede hoy que en aquella gran semana. No salimos de una ciudad para seguir a Cristo sino de toda la tierra, no sólo de Jerusalén buscan a Jesús llevando ramos sino limosnas, humanidad, virtud, ayunos, lágrimas, preces, vigiliias, ofreciendo a Cristo toda clase de amor.

Hay formas de victoria que sólo puede lograrlas Dios. Es admirable en la Iglesia no que venciera sino la forma como venció. Forzada, vejada, pisoteada no sólo no disminuía sino que aumentaba...el ejército de los mártires, la multitud de los confesores se mostraron más fuertes que el hierro y más brillantes que las estrellas...el poder de la Iglesia toca los cielos...Al contrario de la sinagoga recibe a todos los hombres.

Todos los emperadores romanos lucharon contra la Iglesia y nunca fue vencida. Nunca ha sucedido esto en la tierra, que vencieran once hombres, las ovejas vencieron a los lobos... ¿Qué pastor hizo esto? Cristo lo hizo para demostrarte que la Iglesia hunde sus raíces en el cielo y veas que es más fácil apagar al sol que borrar a la Iglesia. Esto te dice el que la fundó.

La sinagoga fue ingrata a los ojos de su esposo, según dijeron los profetas; la Iglesia, en cambio, liberada de los males de la tierra, permaneció en el abrazo de su esposo.

¿Qué rey ha entrado en Jerusalén cabalgando sobre un pollino? Nadie. Con esto Cristo estaba ya anunciando el futuro. Este pollino significaba a la Iglesia, el pueblo nuevo, en otro tiempo impuro y purificado por Jesús. Por el celo de los apóstoles fuimos llevados nosotros. Aquí parece que la asna siguió al pollino.

Preocuparse del ornato de la iglesia es menos aceptable a Dios que alimentar a los pobres. La Iglesia antioquena alimenta a unos 3000 pobres.

Si tienes hijos despiértalos y sea su casa la iglesia a cualquier tiempo de la noche. Si son muy pequeños y no pueden estar vigilantes que digan alguna oración y descansen.

Mejor es el alma que la tierra aurífera que produce el oro. La limosna es también mejor que las fuentes del oro, la verdadera fuente es sobrenatural. El oro de la limosna es el ornamento verdadero de la Iglesia.

La Iglesia es esposa y de Dios y de Cristo porque está unida a él con los esponsales de su palabra y de su doctrina... en la Iglesia no pensamos en las cosas terrenales sino en las espirituales.

¿Qué hay más desgraciado que la mendicidad? Sin embargo, le dan un uso utilísimo a la Iglesia como herederos de las puertas de la iglesia, ofreciéndole el ornato más precioso. Sin ellos no sería perfecta la Iglesia.

Oración

Orar es hablar con Dios. El hombre moderno no habla con Dios porque cree que tiene todas sus necesidades cubiertas, vive con comodidad y piensa que no le hace falta porque nada necesita pedir. Pero no es ésta la mejor forma de orar. Es preciso también alabar a Dios por la creación, darle gracias por tantos beneficios recibidos y pedirle perdón por nuestros pecados haciéndolo todo en nombre propio y de toda la humanidad.

Tal vez la causa principal de esto entre los hombres creyentes se encuentre en el exceso de palabra humana a la que estamos sometidos. Constantemente nos hablan la radio, la televisión, el comercio, los políticos, el móvil, etc. y esto les impide la comunicación con Dios. La oración es siempre por otra parte un acto confesional. Es preciso reconocer que Dios es Padre y que atiende el clamor de sus hijos. No es necesario esperar a vernos necesitados de él en la vida o en la muerte. El mismo desengaño de tanta palabrería humana es la circunstancia más propicia para hacer todos los días un rato de oración, olvidándonos de todo y pensando sólo en nosotros mismos con Dios.

Jesús nos insiste en el Evangelio en la necesidad de la oración entendiéndola como una relación de persona a persona, de amigo a amigo, de hijo a padre. En la *Divina Comedia* Dante escribió: *En su voluntad está nuestra paz*. La oración por los demás nos introduce en el ámbito de Dios haciéndonos partícipes de la redención de Cristo. Alguien ha dicho que la oración es para el alma como la respiración al cuerpo y el mejor remedio en tiempos de dolor y de aflicción.

Algunas de estas ideas, que cautivan por su belleza, las encontramos en San Juan Crisóstomo invitando a la oración. Este hombre contemplativo tenía experiencia de ello hasta el punto que murió con esta oración en sus labios: *Gloria a Dios en todas sus cosas*. De la oración nos dijo:

Para eliminar la vanagloria, que invade también a los hombres buenos..., comenzó Cristo recomendando el ayuno, la oración y la limosna. En estas cosas bien hechas suele consistir el remedio.

Llevaba ya cuatro días ayunando y orando cuando se apareció a Cornelio el ángel. Me parece que los mejores tiempos de la vida ocurren en días señalados. Ve qué importancia tiene la oración cuando se persevera en ella con piedad.

Necesitamos armas y la mejor arma es la oración porque son muchos los peligros y maldad que nos rodea... Por eso necesitamos la oración principalmente de la mañana y de la noche. Muchos de vosotros asistís a los juegos olímpicos y sabéis cómo cuidan día y noche a los atletas para que no se porten indecorosamente. Igualmente tenemos que estar vigilantes día y noche porque nuestra vida es también un certamen.

A los hombres y mujeres os digo: Estando despiertos de noche aunque no hagáis muchas oraciones haz una y es suficiente, si no a la media noche por lo menos al amanecer. La noche no sólo pertenece al cuerpo sino también al alma. No dejes que la noche pase inútilmente.

Saben muy bien los catecúmenos que lo primero que se nos encomienda es la oración del Padre nuestro. También ellos tienen que llamar Padre a Dios.

No hagamos oración con clamor de voces, con estrépito y sonido ni con ostentación sino con modestia, contrición de ánimo y lágrimas interiores. ¿Que no puedes menos de clamar cuando estás dolido? También es propio orar así cuando estás sufriendo. Ana clamaba con el corazón, Abel emitió con su sangre una voz más clara que la flauta. Rasga tu corazón y no tus vestidos.

Muéstrate modesto cuando rezas pues entras en el aula celeste, formas parte del coro de los ángeles, eres compañero de los arcángeles y cantas con los serafines, que lo hacen con orden ante Dios, el rey del universo...No conviene hacer oraciones largas ni en palabras ni en el tiempo; es preciso perseverar pidiendo lo mismo como aquel amigo que llegó a intempestivas horas de la noche pidiendo unos panes.

La oración es máxima cuando se hace por toda la comunidad de las iglesias. Advierte cuánta sea la fuerza de la Iglesia reunida que libró de las cadenas a Pedro y abrió la boca de Pablo. Esto es muy importante para el sacerdote que preside la celebración de los misterios.

Una multitud reunida no puede nada; pero recemos juntos, pidamos unos por otros, oremos unos por otros como hacían los primeros cristianos por los apóstoles. Dando gracias a Dios por los demás favorecemos más a los nuestros.

A la cumbre y corona del pensamiento se llega cuando rezamos por nuestros enemigos. El Señor estableció que los ames y reces por ellos. Si esto haces estás con Dios si no lo haces con el publicano. La mejor oración es la reconciliación con el hermano.

Busquemos las virtudes que sean más saludables y útiles a nuestros prójimos. Tal es la limosna, tal es la oración. Más todavía, ésta recibe sus alas de la primera.

Son muchos los que dicen en la oración: Dame la salud de mi cuerpo, aumenta mis bienes, castiga a mis enemigos, lo que realmente es absurdo. Tienes que orar como el publicano que decía: "Señor, ten compasión de mí, pecador". Dios conoce lo que necesitamos. Humillemos nuestras almas y pidamos por nosotros y por los que nos molestan.

Acudamos a hora y a deshora a la oración o, por mejor decir, siempre es hora de acudir a Dios. La deshora es no acercarse a él continuamente. A quien siempre tiene ganas de dar, siempre es hora de irle a pedir. Como nunca es inoportuno respirar, así tampoco lo es el orar. Y así como necesitamos la respiración corporal, así nos es necesaria la ayuda de Dios.

Veamos cuánta es la fuerza de nuestra oración. Ni ayunando o viviendo en la más extrema pobreza y cosas parecidas, aunque carezcas de toda virtud si haces oración con este solo hecho puedes inclinar a tu favor la misericordia de Dios.

Debemos servir a Dios con alabanzas y vivir en oración perpetua para que nuestra alma dé culto permanente a Dios y llevemos una vida digna de hombres. Pues el que no ruega a Dios ni está en permanente coloquio con él está muerto y carece de alma y de sentido. Es la cima de la estulticia y argumento despreciable ignorar esto porque no adorar a Dios sería la muerte del alma.

¿Los perseguidos poseerán el reino de Dios y los perseguidores sufrirán el efecto de su ira? Esto os he dicho, pero no nos irriteos contra nuestros enemigos sino lloremos y nos dolamos con ellos, pues sufren muchos males estos enemigos. Si de esta forma educamos nuestra alma hasta podremos rezar por ellos.

Porque no basta con que nos esforcemos nosotros solos; hay que invocar también el auxilio de lo alto y ese auxilio vendrá infaliblemente y nos asistirá y tomará parte en nuestros combates y nos lo hará todo fácil. Por eso, no sólo nos mandó pedir, sino que nos garantizó que se nos dará lo que pidiéramos.

Los que están puestos por Dios para salvar a los demás necesitan también de medicina. No hay otra esperanza de salvación que la oración y la penitencia a ejemplo de los ninivitas. Roguemos a Dios nos libre de la fiera feroz y espantosa...

Jesús no rogó en absoluto por solo Pedro (Lc 22,31), sino por todos los que guardan la fe de Pedro.

Aun cuando no fueras amigo suyo, aun cuando no tengas derecho a reclamarle una deuda, aun cuando hubieras consumido y despilfarrado tu herencia paterna y hubieras por mucho tiempo desaparecido de casa, aunque estés deshonrado y seas el deshecho del mundo, aun cuando le hayas ofendido e irritado, basta que quieras suplicarle y volverte a él para que al punto lo recobres todo y aplaques su ira y anules la sentencia que contra ti pesaba.

No digas: Yo no soy digno y por eso no hago oración. Tampoco la mujer cananea era digna y fue escuchada. No digas, en fin, he cometido muchos pecados y no puedo rogar al mismo que he irritado. No. Dios no mira los merecimientos, sino la intención.

¿Por qué sube el Señor al monte? Para enseñarnos que nada hay como el desierto y la soledad cuando tenemos que suplicar a Dios. De ahí la frecuencia con que se retira a lugares solitarios y se pasa las noches en oración, para enseñarnos que para la oración hemos de buscar la tranquilidad del tiempo y del lugar.

No me repliques, pues, que ya has orado y nada has recibido. No es posible hablar de no recibir tratándose de Dios que nos ama tanto cuanto la bondad supera a la maldad. Su amor supera al de todos los padres... Tal es el exceso de amor que Dios nos tiene.

No dijo el Señor: “Padre mío”, sino “Padre nuestro” para enseñarnos a hacer común nuestra oración por nuestros hermanos, con lo que extiende las súplicas a todo el cuerpo de la Iglesia y nos manda no poner la mira en nuestro propio interés, sino el de nuestro prójimo.

Cristo y San Pablo nos mandaron que hiciéramos ardientes y breves oraciones a intervalos. Porque si multiplicas tus palabras largo tiempo y pierdes la atención das lugar al diablo a que distraiga tu mente de lo que dices. Pero si haces frecuentemente la oración a intervalos fácilmente puedes permanecer vigilante para que la hagas con atención.

La comida debe iniciarse con la oración y terminar con ella y nos vendrán muchos más bienes con ella. No perdamos este lucro. Donde se hace oración y da gracias a Dios allí está la gracia del Espíritu Santo y huye el demonio y toda adversidad.

El prado de las virtudes no produce rosas o flores que se marchitan sino oración, fe y tolerancia. Esto exhala mejor olor que las flores cuando están regadas no con agua de las fuentes sino con derramamiento de las lágrimas.

La oración no es pequeño vínculo de amor a Dios que nos acostumbra a hablar con él y nos conduce al estudio de la sabiduría. Si el que habla habitualmente con un hombre importante consigue fruto abundante, ¡Cuánto más el que tiene esta hermosa costumbre con Dios! No tenemos experiencia de lucro en la oración porque no nos entregamos a ella con cuidado ni usamos bien de ella... Dios no rechaza a los que se acercan a él con justicia.

Te diré cómo tienes que rezar: Con ánimo contrito y mente limpia, sintiendo lo que dices con el corazón, ni pidiendo solamente cosas materiales sino cosas espirituales y futuras, sin ninguna clase de aversión a los enemigos, con mansedumbre en el corazón, sin afecto a ninguna obra mala y sin nada común con el enemigo de la humanidad, el diablo, ... en el lugar más apto y levantando las manos hacia el cielo.

No os olvidéis de rezar por el obispo como está mandado en la Iglesia. Saben bien lo que digo los que están iniciados en los misterios y ya rezan por toda la Iglesia extendida por toda la tierra y por el obispo que la gobierna. De este modo manifestáis la gran fuerza de la oración común hecha por el pueblo en la Iglesia.

Aunque no seamos aceptados y no se nos conceda lo que frecuentemente pedimos nuestra oración tiene que ser laboriosa y asidua.

IV

La Virgen María

La devoción a la Madre de Dios

San Juan Crisóstomo, vuelvo a recordar, no elaboró una teología completa buscando el sentido y armonía de todas las verdades de nuestra fe. Es, ante todo, un director espiritual de los fieles, tanto como sacerdote como obispo. A un teólogo moderno llama la atención el poco espacio que ocupa la Virgen María en la extensa obra literaria de este Santo. Absorbieron su atención los problemas más actuales cristológicos o trinitarios y la corrupción de las costumbres en su tiempo. Fue un pastor y un moralista en una sociedad corrompida.

En su teología resplandece el amor a Dios, a Cristo, a la Iglesia y a María por encima de cualquier especulación sobre estos misterios. El Santo quiere ayudar a sus oyentes a llevar una vida cristiana y moral lo más conforme posible con la voluntad de Dios. La fuente de su doctrina es siempre la Palabra de Dios. A un corazón limpio llega más fácilmente su luz. Por eso busca siempre su sentido literal que prefiere al sentido alegórico de la escuela de Alejandría. Todo esto explica la falta de una teología sistemática en él.

En su mariología Juan no usa el término *Christotokos*, madre de Cristo, muy usado en su tiempo ni el más exacto de *Theotokos* o madre de Dios. Su devoción a María se palpa con los más bellos comentarios exaltando su fe, disponibilidad ante Dios y sentimientos con motivo de la concepción y nacimiento de Cristo, en su huída a Egipto, en su intervención en las bodas de Caná o al pie de la cruz. Igualmente admirables son sus reflexiones cuando encuentra a Jesús niño en el templo después de haberse perdido, acompañándole en la vida pública o con los apóstoles después de la resurrección.

Afirma especialmente la virginidad perpetua de María comparándola a la tierra virgen recién salida de las manos de Dios. La Virgen es para San Juan una segunda creación más bella que la primera, una humanidad nueva. Ocupa el primer lugar después de Cristo en la economía de la salvación y es superior a todos los santos. Sus más grandes alabanzas las prodiga a María comentando su misión sobrenatural en el nacimiento de Cristo, junto a la cruz y cuando la ve con los apóstoles en el nacimiento de la Iglesia el día de Pentecostés (Hech 1,14). Todas las resume en esta frase: *María cumplió la voluntad del Padre*.

La Virgen María es para él la maravilla más grande de la creación y de ella exalta principalmente su maternidad virginal, anunciada por Dios en Isaías y por el ángel. Los mariólogos con Santo Tomás reconocen que en algunos comentarios humanos sobre ella se pasó un poquito, como cuando dice que de no haberle revelado el ángel lo que sucedía en ella se hubiera ahorcado o clavado una espada antes que soportar tan grande deshonor viéndose madre sin marido. Sin duda su doctrina sobre la maternidad divina de María influyó en los Padres del concilio de Éfeso, el año 431. Su devoción y cariño hacia ella son manifiestos en sus sermones exegéticos y defensa contra los herejes. Recordamos algunas de sus sentencias:

La llena de gracia

¿Cómo sabemos, pues, que la Virgen desciende de David? Oye cómo Dios mismo le dice a Gabriel que “vaya a una doncella desposada con un varón de nombre José de la casa y familia de David” ¿Qué testimonio más claro quieres, pues se te dice que la Virgen viene de la casa y familia de David? De ahí resulta también evidente que José desciende de David.

Es digna de admiración la Virgen cuando Lucas nos declara sus virtudes al recibir el anuncio del ángel porque no se llenó de alegría al encontrarse con este anuncio sino que se quedó turbada preguntándose qué significaba aquello. ¿Quién le iba a creer que no hubiera cometido adulterio? El ángel tuvo que eliminar la turbación de quien iba a ser la madre del creador.

Se jactan los judíos de haberse cumplido en ellos la profecía: “De Egipto llamé a mi hijo”. Ignoran que los profetas dan doble sentido a sus palabras. Esto hace claramente ilustre a la Virgen María porque este encomio del pueblo se refiere también a ella. Esto mismo es prerrogativa de la Virgen.

La virginidad desapareció en el paraíso, pero Cristo nos liberó de este mal. Primero nació de una virgen y mudando las leyes de la naturaleza luego le devolvió el honor de ser virgen y madre. Con ello nos devolvió todos los bienes...María después del parto permaneció virgen.

Mira, si no, cómo sucede con la madre del niño y de los magos. Éstos tienen que retirarse como los fugitivos y a aquella, que no había traspasado jamás los umbrales de su casa, se le manda emprender tan largo y molesto viaje (Es lo que suele hacer Dios con los hombres espirituales para acrisolar su santidad, continúa).

Mucho blasonaban los judíos de haber salido de Egipto...Pues lo mismo es ahora prerrogativa de la Virgen. Es más, la entrada y salida del pueblo y los patriarcas en Egipto era figura de esta salida y vuelta de la Virgen y el niño. Aquéllos bajaron allí huyendo de la muerte por hambre; el niño huyendo de la muerte por insidias de Herodes. Ellos, llegados allí se vieron libres del hambre; el niño con su venida santificó toda aquella tierra.

No se dirige al que le hablaba y le dice: “¿Quién es mi madre” (Mt 12, 46 ss) . Con lo cual aún nos da otra enseñanza. ¿Qué enseñanza es ésa? Que ni ellos ni otro alguno por confiar en el parentesco debían descuidar la virtud. Porque si a su madre nada le hubiera servido ser madre suya de no haber sido tan santa, mucho menos se salvará nadie por mero título de parentesco. No hay más que un parentesco legítimo que es hacer la voluntad de Dios. Este parentesco es mejor y más legítimo que el de la carne.

Lo que teníamos que saber del evangelista eso fue lo que nos dijo, a saber: que la Virgen permaneció intacta hasta el momento del parto; su virginidad posterior la tenéis que comprender por vosotros mismos. ¿Cómo no comprender que José, que era hombre justo no había de atreverse a conocer después a la que por tan maravillosa manera había sido madre, a la que había merecido tan maravilloso alumbramiento?

Nada había allí grande para los sentidos: un pesebre, una choza, una madre pobre...los magos no se acercaron al niño como a mero hombre sino como a Dios y bienhechor suyo. Por eso de nada de lo que veían por fuera se escandalizaron, sino que le adoraron y le ofrecieron sus dones...

Libre de turbación tenía que estar aquel seno donde entró el creador del universo; libre de todo alboroto aquella alma que fue digna de ser ministra de tan altos misterios. Por eso habla el ángel con la Virgen antes de la concepción...

Lo mismo aconteció en las bodas de Caná. Allí también, a la vez que reprende a su madre por su petición inoportuna, accedió a ella; por lo primero corrigió su flaqueza y por lo segundo le mostró su amor de hijo.

¿Quieres ver el trofeo de nuestra resurrección?...Alegrémonos, hoy nos ha abierto Cristo el camino. Cristo fue el que venció y consiguió el trofeo, pero la alegría y el gozo es común. Veamos cómo: La Virgen, el madero y la muerte son los símbolos de nuestras armaduras. Las tres son la causa de nuestra victoria.

No vino con manifestaciones en la primera venida, sino oculto para muchos. ¿Qué digo muchos? Ni siquiera la Virgen María que lo llevaba en su vientre conocía perfectamente todo el arcano del misterio, tampoco sus parientes creyeron en él ni el que las gentes tenían por padre sabía mucho de él.

Por una virgen fuimos expulsados del paraíso y por otra Virgen obtenemos la vida eterna... Diariamente le decimos bienaventurada porque está llena del Espíritu Santo...Ella misma predice que le llamarán bienaventurada todas las generaciones... Nos lo sigue oyendo esta madre de la salvación y fuente de la luz... Así la llamaron ya en vida. No te fijas en la naturaleza sino en la gracia de Dios.

Si la Virgen María, que había visto al ángel y éste le había hablado de su embarazo y de Isabel, se fue a la montaña a visitar a su prima para que lo confirmara todo con sus propios ojos con cuánta más razón tuvo José necesidad de una revelación divina.

Ya no necesita Dios mujeres como Débora o Jael. Tenemos a santa María virgen, madre de Dios, que intercede por nosotros. Si estas mujeres obtuvieron tantas victorias cuánto más la madre de Cristo vencerá a los enemigos de la verdad...el enemigo pensó que estaba muerta y fue vencido por ella. Tenemos a nuestra Señora santa María, madre de Dios...tenemos a los apóstoles para no tropezar...tenemos a nuestra Señora, madre de Dios, siempre virgen, para no desfallecer...

Aquellas mujeres, gimiendo y llorando, fueron testigos de todo, de su muerte, del terremoto y de todo lo demás. Nos dan ejemplo de fortaleza y fueron las primeras en ver a Jesús resucitado. Los discípulos huyeron, ellas permanecieron. ¿Quiénes eran estas mujeres? Su madre, la madre de Santiago y otras.

La Virgen María mostró su sabiduría en las bodas de Caná con su ruego, logrando que, el mismo que convierte el agua de la lluvia por medio de las raíces de las viñas en vino durante cierto tiempo, lo hizo de repente en la boda.

En la cruz manifestó Jesús un grande amor hacia su madre encomendándola al discípulo a quien amaba. Modestamente Juan aquí oculta su nombre porque no era el tiempo de consolarla...

V

Fe, esperanza y caridad

Toda la obra crisostomiana es propia de un maestro espiritual de las almas. El lector echará de menos sus explicaciones sobre cómo sobrellevar la cruz de cada día, el dolor, las iluminaciones de la gracia, etc. Las sentencias escogidas pueden ser suficientes para los que buscan caminos de santidad.

Este gran maestro de la vida espiritual no podía olvidar las virtudes teológicas que unen directamente al hombre con Dios. Idénticos lazos de fe, esperanza y amor nos unen con nuestro Dios y salvador Jesucristo. Son las fuerzas del cristiano en su nueva vida por el bautismo para establecer el reino de Dios en este mundo. San Juan Crisóstomo repite machaconamente en sermones y cartas que el fin de nuestra vida es el servicio a Dios y entrega al Jesús que nos lleva a Dios. Por eso dedicó todos sus trabajos a combatir las herejías, las supersticiones paganas que todavía infectaban a los cristianos, los pecados y los vicios. El Crisóstomo es un pastor de almas que instruye, exhorta, corrige, consuela y protege a sus fieles.

La fe es un don de Dios al hombre y la respuesta de éste a la verdad revelada en los Evangelios aceptando el reino de Dios con todas sus exigencias. El que tiene fe nunca se siente solo porque ve la realidad y el futuro con esperanza. San Agustín decía por el mismo tiempo: *¿Por qué vagueas, hombrecillo. buscado muchas cosas? Busca una en la cual están todas y dejarás de vagar.* Este es el pensamiento de San Juan: Lo que no alcances con la fe déjaselo a Dios. Tertuliano había afirmado también tres siglos antes: *No hay hombre sabio sin fe.*

Se puede vivir sin dinero, sin amigos, sin familia, sin buena salud; pero no se puede vivir sin esperanza. Ella nos llena de ánimo para conseguir un objetivo. Por la esperanza el cristiano se esfuerza por alcanzar la meta para la que ha sido creado, la felicidad eterna con Dios, confiando en su posibilidad con la gracia divina. Sólo Dios da esta esperanza. La esperanza nace con el hombre y no desaparece hasta que cierra definitivamente los ojos. Los animales no esperan, movidos por el instinto aguardan a su presa en la encrucijada del camino sin pensar. Nuestra esperanza principal da sentido a todas las esperanzas y mira a Dios que cumple fielmente lo prometido.

La más grande de estas tres virtudes es la caridad, cuyo objeto directo es Dios, pero también nosotros y todos los hombres amados por Dios. Las tres virtudes son tres fuerzas sobrenaturales imprescindibles para obtener la santidad a la que hemos sido llamados. Por la caridad amamos a Dios y con Dios podemos amar hasta a nuestros enemigos y verdugos. El cristiano cree en virtud de la acción de Dios en el alma que los difíciles bienes futuros los puede alcanzar. A esta acción amorosa de Dios en el alma responde el hombre con amor a sus prójimos como amados también por Dios. San Juan Crisóstomo une siempre caridad y limosna.

Transcribo aquí los pensamientos principales de San Juan Crisóstomo cuando comenta los problemas del pecado y de la redención o explica a los fieles desde el púlpito el capítulo 13 de la primera carta de San Pablo a los corintios. La virginidad y la viudez, de las

que se ocupa especialmente en sendos opúsculos, la pobreza y la castidad son virtudes liberadoras del alma que busca a Dios. De San Pablo hace siempre en sus 44 homilías una interpretación literal. En una de ellas se queja de que sus oyentes no saben siquiera cuántas epístolas escribió este apóstol. La reina de las virtudes es para él la limosna como caridad con el hermano. Jorge de Alejandría le llamó “el limosnero”. Finalmente, la compunción es el remedio contra el pecado que nos impide el crecimiento en estas tres virtudes.

La Fe

La fe es un don que Dios ofrece graciosamente a todos los hombres. Con él ilumina nuestras almas para que contemplemos el mundo, la vida, la humanidad, todas las cosas desde él. Debemos vivirla en plenitud y esforzarnos por comunicarla a los demás, a los amigos, vecinos, compañeros de trabajo, etc. Los padres de familia tienen que dejarla en herencia a los hijos y los sacerdotes, catequistas, artistas, escritores, políticos, etc. dar testimonio de ella con su vida y con la palabra.

San Juan nos va a enseñar en este capítulo la forma de vivir nuestra fe en Dios, en Cristo y en su Iglesia. En suma, nos va a hablar del camino de la perfección, que comprende, según él, ocho escalones: *El primer escalón es que no hagamos por nuestra cuenta mal a nadie. El segundo que si a nosotros se nos hace no devolvamos mal por mal. El tercero no hacer a quien nos haya perjudicado lo mismo que a nosotros se nos hizo. El cuarto ofrecerse uno mismo para sufrir. El quinto dar más de lo que el ofensor pide de nosotros. El sexto no aborrecer a quien todo eso te hace. El séptimo amarle. El octavo hacerle beneficios. El noveno rogar a Dios por él* (Homilías sobre San Mateo, XVIII, 4). En esta subida al monte de la perfección, dirá también San Juan de la Cruz, la fe ilumina el camino a las almas:

La fe es grande y nos da la salvación y sin ella nadie puede obtenerla; pero no puede hacer esto por sí sola sino que se requiere también una vida honrada... Es preciso trabajar mucho para llegar al cielo...pero resulta evidente que la fe produce la justicia.

Las cosas que superan a la razón sólo se aceptan por la fe. La divinidad de Jesucristo, la virginidad de María, la resurrección, etc. son verdades que podemos estropear con nuestros razonamientos. Si hablas de Dios dando razones puedes provocar a risa. Los que buscan racionamientos sobre estas cosas perecen... Los hombres que no creen no han respondido a la inefable gracia de Dios.

En todas partes nos es necesaria la fe, queridos, es la madre de todos los bienes, medicina de la salud, sin la cual no podremos comprender ninguna de las más grandes cosas; así como los que quieren atravesar el mar sin nave sólo cuentan con pies y manos hasta verse sumergidos, los que usan sus propios racionamientos terminan naufragando.

Esto nos indica el Señor: La fe en mí no es poca cosa, pero necesita una gracia sobrenatural... Si en las cosas que disponemos del tacto y de los sentidos necesitamos la fe mucho más en las cosas que no podemos ver.

No es fácil comprender con la razón la crucifixión de Cristo. Los gentiles se ríen de esto; pero la fe que supera la imbecilidad del racionamiento esto lo admite fácilmente y lo retiene.

No puede la fe sola introducir en el cielo, más bien puede condenar a aquellos que llevan mala vida... No pensemos que nos basta la fe para obtener la salvación si no llevamos una vida pura y estamos vestidos de verdadera vocación.

Por la fe hacemos milagros y ella nos lleva al conocimiento de Dios por el cual todos somos fieles... Se mantiene con la gracia y el auxilio del Espíritu Santo... y nada aprovecha sin las buenas obras.

Vuestro maestro es Cristo... Pues fue Dios quien quiso que de este modo vosotros fueseis salvados por la fe. Porque nosotros mismos no hemos hecho nada bueno, sino que por la voluntad de Dios hemos encontrado la salvación. Y porque a él le satisfizo fuimos elegidos, no porque fuésemos dignos.

No os inquietéis porque las cosas que sean verdaderamente importantes sean objeto de burla por los que no tienen fe. Pero no es posible persuadir por medio de la sabiduría humana a los que se hallan en esa actitud; más aún, aunque quisieras persuadirlos de este modo lograríais lo contrario, pues estas cosas que trascienden la razón requieren sólo la fe.

Los que no saben nada recibirán fácilmente lo dicho, pues no poseen tanta arrogancia al no considerarse sabios porque, en efecto, especialmente necios son estos que confían a los raciocinios aquellas cosas que no pueden ser verificadas sino por la fe.

Este es el instrumento, éste el alimento, éste el mejor cambio y temple de aires (La predicación de la palabra, Rom 10,14). La palabra hace veces de medicina, ésta es nuestro fuego, ésta nuestro hierro. De la palabra hay que valerse siempre que hay que quemar o cortar. Si ese remedio no hay todos los demás son inútiles. Con ella levantamos al alma caída, desinflamamos la hinchada, cortamos lo superfluo y realizamos, en fin, toda operación conveniente a la salud de las almas.

¿Y para qué vale, dime, la fe, si la vida no es pura? Pero acaso vosotros ignoráis también esta verdad, ya que no escucháis nuestra doctrina. Pues yo os voy a recordar las sentencias de Cristo y vosotros observad si no condenó la vida y estableció castigos acerca de la fe y de la doctrina.

Que quienes no tienen fe en la doctrina de la resurrección vivan negligentemente y no sientan jamás ese temor no es cosa de maravillar; lo que supone insensatez suma es que nosotros, para quienes la vida venidera es más cierta que la presente, vivamos tan miserable y desastrosamente y nada nos impresione su recuerdo... Yo te diría también que no tiene nada de sorprendente que quienes no tienen fe en la resurrección se lamenten de no ver a los hijos de sus hijos, pues al cabo ése es el único consuelo que les queda.

No nos engañemos vanamente a nosotros mismos ni nos hagamos ilusiones sobre el mal, añadiendo nuevo motivo de castigo, que sería el de la incredulidad. Porque no es sólo el no obedecer a los mandatos de Cristo, también el no creerlos nos acarrea gravísimo castigo. Ahora bien, el no creerlos tiene su origen en nuestra desgana y flojedad en cumplirlos.

A hombres corrompidos, sin fe y rebosantes de maldad, los hemos admitido sin más ni más, sin examen de ninguna clase, a la comunión de los misterios y antes de tener pruebas seguras de su propio sentir les hemos revelado toda la doctrina de nuestros dogmas. A

quienes no merecían aún pisar los pórticos del templo los hemos introducido en lo más íntimo del santuario (En tiempo de San Juan existía todavía la disciplina del arcano).

Él os bautizará en el Espíritu Santo y fuego (Mt 3,7 ss). Con lo que nos da a entender que nos pide sólo la buena voluntad y la fe, no trabajos y sudores. Y si es fácil bautizarse igualmente fácil es convertirse y hacerse uno mejor.

Como la serpiente lo abandona todo y aun cuando le hagan pedazos su cuerpo no hace mucho caso de ello con tal de guardar íntegra su cabeza, así vosotros entregadlo todo antes que la fe; aun cuando fuera menester perder las riquezas, el cuerpo, la vida misma. La fe es la cabeza y la raíz. Si esa se conserva indemne, aun cuando todo lo pierdas todo lo recuperarás más espléndidamente.

El Señor habló así para enseñar a los otros a tener la misma fe del centurión...Luego sentir altamente del Señor es principalmente obra de la fe, eso nos merece el reino de los cielos y todos los otros bienes.

Por eso yo os exhorto a que pongáis el mayor empeño no sólo en manteneros en la recta fe, sino también en llevar una vida irreprochable. Porque si nuestra vida no corresponde a nuestra fe sufriremos el último suplicio.

La fe es la maestra de todas las cosas y si ella no podemos nada ... Si la perdemos no podremos ni abrir la boca. Alguno dirá que por la fe se hacían milagros; pero una es la fe que pedían los apóstoles y otra aquella por la cual somos todos fieles que no hace milagros pero nos da el conocimiento de la piedad.

La fe es un áncora a la que debes asirte si no quieres verte perturbado por múltiples razonamientos... Muchos, sin embargo, tienen una fe perfecta y llevan una vida miserable...Son muchos y diversos los caminos para llegar a Dios.

Los discípulos veían a Jesús resucitar muertos, limpiar leprosos, expulsar a los demonios, andar a los cojos. Estas cosas las veis vosotros ahora no con los ojos carnales sino con los ojos de la fe. Es admirable que algunos no ven con los ojos carnales lo que está bajo nuestro aspecto y otros ven con los ojos de la fe lo que no está bajo su aspecto. Los gálatas no vieron a Cristo crucificado, nosotros lo vemos con los ojos de la fe.

Si no confiesas tus pecados delante de los hombres de nada te aprovecha la fe en Cristo en el corazón. El que niega con la boca no puede creer con el corazón. La raíz de la confesión es la fe del corazón y la confesión de los pecados es fruto de la fe. Cuando la raíz está viva es natural que produzca ramas, hojas y frutos.

Cristo es varón sabio que edificó su casa, es decir la Iglesia, sobre la piedra, o sea, sobre la fortaleza de la fe, pues la fortaleza de la fe se llama piedra y por ello le dio ese nombre a Pedro.

Los publicanos y las meretrices creyeron a Cristo estando en este mundo. Los sacerdotes creyeron después de su ascensión por los apóstoles. Por la misericordia de Dios creyeron e ingresaron en el reino. La soberbia del corazón les hizo entrar después que ellos. El mayor impedimento de la fe es la soberbia del corazón.

Con la prudencia de la serpiente, excepto la fe, entrega todo, el dinero, la vida, el alma. La fe es la cabeza y la raíz. Si la conservas, aunque pierdas todo, lo podrás recuperar todo después.

La fe no es buena si no va acompañada de las obras... si solo tienes fe y llevas una mala vida serás excluido del cielo y si haces milagros con la fe pero no tienes obras serás igualmente excluido... Para la salvación son necesarias una fe recta y una buena vida.

No temamos los fieles ningún género de tentaciones. Dios nos eligió y nos justificó con la muerte de su Hijo. Y si Dios nos ha coronado, Cristo murió y reza por nosotros, ¿quién nos condenará? El que asumió nuestra naturaleza no abandonará nuestro cuidado... Los bienes de los fieles son luz y Dios la fuerza de los santos.

Esperanza

La esperanza divina no se fundamenta en algo efímero, está cimentada en Dios. Se basa en la fidelidad de Dios que cumple sus promesas y brota de la fe. Ahora bien, todas las promesas de Dios son realidad gracias a Cristo. Sin Dios sólo hay esperanza en cosas pasajeras. Con Cristo nuestra esperanza en la vida eterna está garantizada por su resurrección y ascensión a los cielos:

¿Qué es la esperanza? Confiar en el futuro. Una sola cosa te pide Dios: La esperanza de que tengas todo aquello que pertenezca a tu salvación y que él mismo te ha indicado.

No conviene aquí buscar todas las cosas sino esperar. Se nos ha concedido el favor de que creamos en los bienes prometidos y por este camino solo hemos sido salvados. Si nos desviamos de ese camino hemos perdido nuestra oferta.

Que nadie se desespere mientras vive, aunque sea el peor de los incrédulos. Mientras estamos en este mundo tenemos tiempo.

Si tenemos presente en nuestra mente la esperanza de la corona celeste nos veremos libres de las malas costumbres... la esperanza va unida a la santidad... Siempre es posible.

El diablo justamente quiere arrojarnos a pensamientos de desesperación con el fin de cortar nuestra esperanza en Dios, el áncora segura, el sostén de nuestra vida, la guía del camino que lleva al cielo, la salvación de las almas que perecen. Porque por la esperanza, dice el apóstol, nos hemos salvado (Rom 12,24). Ésta, ésta es la cuestión de oro, suspendida de los cielos, que sostiene nuestras almas...

La esperanza de los mártires y soldados de Cristo no desaparece en ninguno de los peligros de la vida. La esperanza eterna no termina con las cosas de esta vida sino que se refiere a la vida inmortal y bienaventurada no sometida a los vaivenes de la vida diaria e imborrable por la misma muerte.

Ni a un pecador empedernido consentiría yo que se desespere, aun cuando hubiera llegado a extrema vejez con toda la carga de sus pecados. Si la ira de Dios fuera una pasión, el pecador tendría razón de desesperar de poder apagar un incendio que él alimentó con tan grandes pecados; pero no. La divinidad es ajena a la pasión y cuando castiga no lo hace por

ira, sino por su mucha solicitud y amor. Hay, por consiguiente, que tener buen ánimo y confiar en el poder de la penitencia.

Teniendo, pues, tantos ejemplos no nos obstinemos en el mal, no desesperemos de la reconciliación, sino digamos también nosotros: Me quiero ir a mi padre (Lc 15,18) y acerquémonos a Dios. Él no nos rechaza jamás; somos nosotros los que nos alejamos de Dios.

Convirtámonos, pues, oh caro amigo, y cumplamos puntualmente la voluntad de Dios. Él nos ha creado y traído de la nada al ser para darnos parte en los bienes eternos y regalarnos el reino de los cielos, no para arrojarnos al fuego eterno. Este fuego no se hizo por causa nuestra, sino por causa del diablo; en cambio, el reino de los cielos está dispuesto y aparejado de antiguo para nosotros...

Recordando el heroísmo de los tres jóvenes Sedrach, Misach y Abdenago en el horno de Babilonia comenta: *Hasta los enemigos fueron admiradores y alabadores de estos jóvenes...No lo hicieron por arrogancia, sino por la religión, no inflados por la soberbia sino por celo santo...pues es un gran bien esperar en Dios...lo que el bárbaro advierte y a ellos ayudó a superar el peligro.*

Cuando Dios promete algo no pueden cambiar sus promesas sino que permanecen porque están en las manos de Dios y porque nadie puede robarlas de sus manos ese tesoro permanece siempre. De las cosas que esperamos conseguimos las coronas y los premios. La esperanza no se pudre porque es promesa de Dios.

Nada más débil que la fe en el hombre, es más débil que la tela de araña y no sólo débil sino peligrosa. Los que la tienen saben cuántas veces quedan desengañados. La fe en Dios, en cambio, es segura y no tiene ningún cambio.

Espera en la misericordia de Dios sin vacilar y conseguirás lo que pides. Cuando lo consigas no seas ingrato con el bienhechor, da gracias a Dios con cánticos.

Son muy grandes las fuerzas de la esperanza en Dios, fortaleza invencible, puerto tranquilo, torre inexpugnable, arma insuperable, fuerza invencible que tiene éxito en las cosas más difíciles e imposibles. Por ella sin armas se vence a hombres armados, las mujeres superan a los hombres y los niños superan a los más expertos soldados.

Caridad

En San Juan la caridad es amor, como es su significado en la Sagrada Escritura, amor a Dios y a las cosas divinas, amor a los hombres nuestros hermanos, amor a todas las criaturas. Nosotros amamos porque Dios nos ama y quiere que repartamos el amor que recibimos de él; sin embargo, es mucho más recurrente este término en los escritos de este Santo indicando la limosna como prueba de amor.

La prueba máxima del amor es el martirio del cual habló San Juan Crisóstomo en sus catequesis especiales a los catecúmenos a los que llevaba a visitar las tumbas de los mártires de Antioquia y de Constantinopla. Sin embargo, me he limitado a recoger unos textos referentes a la caridad en general.

Todos sus sermones los comienza partiendo de la Palabra de Dios y de la fe de la Iglesia. No es amigo de especulaciones filosóficas. La verdadera filosofía se encuentra para él en los libros santos. Le interesa, sobre todo, que los fieles vivan la caridad cristiana con todos los hombres, especialmente con los más necesitados:

La caridad cura todos los males, es paciente contra los que riñen entre sí, es benigna contra los que se odian ocultamente, no se irrita contra los que tienen más, no se venga de sus enemigos, no se hincha contra los que se creen superiores a otros, no trata mal a los que no se dominan, no busca lo propio contra lo que desprecian a otros, no se irrita ni piensa mal contra los que desprecian a los demás, no se goza del mal sino que se goza con la verdad contra los envidiosos, sufre todos los males de los insidiosos, espera contra los que desesperan, aguanta todo sin abandonar cuando otros abandonan. Alabando los bienes que produce San Pablo usó la hipérbole queriendo ensalzar la caridad.

Dios es Dios de amor y de paz, con él disfrutaréis siempre de estos bienes. Todos los males huirán de vosotros. La caridad atrae la salvación al mundo, junta la tierra con el cielo, a los hombres los convierte en ángeles. Por lo tanto amemos porque la caridad es la madre de infinitos bienes... el que ama nunca puede odiar suceda lo que suceda. Este es su máximo bien, según San Pablo...La caridad nos libera de todos los males.

La caridad es la fuente de todos los bienes. Si no tenéis caridad la ciencia es mala porque no hay cosa peor que la arrogancia...la caridad sin ciencia es útil, la ciencia sin caridad inútil.

Esta es la caridad hermana: Amar a Dios y amar a nuestros prójimos. No como hacemos nosotros que nos separamos de la caridad no amando a nadie o haciéndolo al margen de la voluntad de Dios.

La caridad se aumenta por la congregación de los creyentes y al aumentar la caridad crecen también las obras de Dios.

La caridad es el más grande carisma de todos. Si tuviera fe tan grande que pudiera trasladar las montañas, pero no tengo caridad, me dice San Pablo, no soy nada. Es más grande que resucitar muertos.

Seremos semejantes a Dios si amamos a nuestros enemigos, no si hacemos milagros. A Dios lo admiramos cuando hace milagros y mucho más cuando es benigno, clemente y paciente; pero admiramos esto mucho más si lo vemos en los hombres.

La caridad, el amor es la fuente de la santificación, es la fuente de todos los bienes y hace santos a todos los fieles.

El signo de los signos, según el apóstol San Pablo, es la caridad raíz de todos los bienes. Si la seguimos y nuestro pensamiento y la conducta es consecuente con ella no necesitamos signos porque si no los practicamos de nada nos sirven.

Cristo puso a su Iglesia esta ley: El gran cuidado de la caridad, pues esta es la madre de todos los bienes, la segura nota de sus discípulos, que contiene todos los bienes...Nada repugna más a la caridad que la arrogancia.

La caridad te hace ver a tu prójimo como a ti mismo de forma que te alegras de sus bienes y te dueles de sus males como de los tuyos. La caridad hace un cuerpo de muchos y convierte sus almas en habitáculo del Espíritu Santo, que no vive en los que están divididos sino en los que están unidos en la paz del espíritu. La caridad convierte en comunes los bienes de cada uno. Unidos son como un muro inexpugnable hasta contra los ímpetus del demonio.

La caridad es la raíz, la fuente y madre de todos los bienes, pues de ella dimanan innumerables ramas de virtudes. Sus excelencias las pregonan igualmente San Pablo y el Señor viendo en ella la plenitud de la ley... La caridad es como una cadena que debe tener siempre atada a la Iglesia.

La caridad sincera la demuestra no sólo la comunidad de mesa, un breve coloquio o la alabanza de unas palabras sino el cuidado de considerar qué hacer para que se levante el que cae, ofrecer las manos al que no se preocupa de su salvación y antes del bien propio busquemos el del prójimo. Pues la caridad no se preocupa primero de las cosas propias sino de las del prójimo primero para así ver las propias.

Porque no vino el Señor sólo a librar los cuerpos de malas acciones, sino antes que a los cuerpos a las almas. En el corazón recibimos la gracia del Espíritu Santo. El corazón, por lo tanto es lo primero que el Señor purifica. La ira y la concupiscencia, las más tiránicas pasiones y las más naturales de todas las endereza la caridad y las ordena con toda precisión.

No necesitas muchos sermones, ni muchas leyes, ni mucha doctrina. Tu voluntad es la ley. ¿Quieres obtener beneficios? Hazlos tú a otro. ¿Quieres conseguir misericordia? Sé misericordioso. ¿Quieres ser alabado? Alaba tú. ¿Deseas ser amado? Ama. Da primero a los demás los premios que deseas recibir. Tú eres el juez y legislador de tu vida. No desees ningún mal a nadie.

Jesús no nos manda a reconciliarnos con el hermano después de acabar el sacrificio ni antes de presentarlo (Mat 5, 17 ss). En medio del sacrificio mismo nos manda correr a la reconciliación. ¿Por qué causa, pues, y con qué fin nos manda obrar así? A mi parecer dos cosas son las que quiere darnos a entender, dos cosas pretende con ello. Lo primero quiere hacernos entender cuánto aprecia él la caridad, cómo la tiene por el mayor sacrificio y cómo sin ella ningún otro le es acepto.

Por eso Cristo para enervar precisamente el poder del demonio introdujo la ley de la caridad. Mucha cuenta tiene él, en efecto, de la caridad. La caridad es, más que ninguna otra de las virtudes, madre de todos los bienes. Es el distintivo de los discípulos de Cristo, la que mantiene unida a toda nuestra religión.

Pensemos en uno que sufra el martirio consumido por las llamas y otro que difiera el martirio por causa de la edificación del prójimo y no sólo lo difiera, sino que salga de este mundo sin haberlo sufrido. ¿Quién tendrá más gloria después de la partida de este mundo? Ahí está el bienaventurado Pablo que pronuncia esta sentencia: “Salir de la vida y estar con Cristo, sin duda es lo mejor, pero permanecer en la carne más necesario por causa vuestra”.

Estas cosas las digo no porque las riquezas sean un pecado, sino que el pecado es no distribuirlas a los pobres y hacer mal uso de ellas. Pues Dios no hizo nada malo, de tal modo que las riquezas son buenas, si mandan en ellas los que las poseen y resuelven las penurias

del prójimo, de tal modo que las riquezas no son un mal, sino la mente pobre, la cual convierte la riqueza en pobreza. Estos son más desgraciados que aquellos que mendigan en los callejones...

¿No te preocupas de tu hermano? ¿Quién, entonces, se va a preocupar de él? ¿El no creyente que se regocija de su error y le reprocha e insulta? ¿O el diablo que le impulsa a ello y le echa la zancadilla?

Criados como fuisteis para el deber de la mutua ayuda, ¿Por qué habéis despreciado esa gracia y no sólo no os habéis aligerado los trabajos, sino que los habéis aumentado y roto el mutuo parentesco, siendo así que el profeta nos grita: ¿No es uno solo el Padre de todos nosotros?(Mal 2,10).

Mas como quiera que somos los unos miembros de los otros, aunque por su parte no hayan de agradecérselo, no está bien que quienes así sentimos proveamos al provecho de una parte y nos descuidemos de la otra.

Oye también lo que Pablo ordena acerca de la caridad, cifra y compendio que es de todos los bienes... exige de los seglares la misma caridad que Cristo de sus discípulos...el Salvador puso por límite a la caridad dar la vida por los amigos (Jn 15,13)...porque la caridad es el vínculo y raíz de toda virtud. El apóstol nos manda estar por encima de la ira, de la cólera, de la vocería, de la codicia del dinero, del vientre, del lujo, de la vanagloria y de todos los otros afectos de la tierra...

Cierto que quien distribuye dinero a los necesitados o de otro cualquier modo defiende a los oprimidos aprovecha también en cierto modo al prójimo; pero tanto menos que el sacerdote cuando va del alma al cuerpo. Con razón, pues, dijo el Señor que la señal del amor que le tenemos es el celo que ponemos en guardar su rebaño (Aquí recuerda la parábola del buen pastor).

¿Sabes cuán grande sea la fuerza de la caridad? Cristo, efectivamente, dejando a un lado los prodigios que habían de obrar los apóstoles dice: En esto conocerán los hombres que sois mis discípulos, en que os améis los unos a los otros (Jn 13,35). Este distintivo de los discípulos de Cristo, esta gracia está por encima de toda gracia...

Sabiendo, pues, todo esto ejercitemos largamente la misericordia, demos grandes pruebas de caridad con nuestro prójimo, no sólo con dinero sino también con obras. Si vemos a alguien que en pública plaza es maltratado y herido si podemos dar dinero, démoslo; si podemos consolarle con nuestras palabras hemos de consolarle, no vacilemos en hacerlo. También las palabras tienen su recompensa.

¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo contemples desnudo en los pobres ni lo honres aquí, en el templo, con lienzos de seda si al salir lo abandonas en su frío y desnudez... el templo no necesita vestidos y lienzos sino pureza de alma; los pobres, en cambio, necesitan que con sumo cuidado nos preocupemos de ellos...Tú debes tributar al Señor el honor que él mismo que te indicó, distribuyendo tus riquezas a los pobres. Pues Dios no tiene ciertamente necesidad de vasos de oro, pero sí, en cambio, desea almas semejantes al oro. No digo esto con objeto de prohibir la entrega de dones preciosos para los templos, pero sí quiero afirmar que junto con estos dones y aun por encima de ellos debe pensarse en la caridad para con los pobres.

Ante el ejemplo de Ananías y Safira, dime, por favor, ¿La caridad engendra la pobreza o la pobreza engendra la caridad? Me parece a mí que la pobreza engendra la caridad. Cuantos tenían posesiones las vendían y ponían su precio al pie de los apóstoles.

La excelencia de la caridad ve cómo una persona se hace inexpugnable y multiplica manos, pies, ojos...cómo uno puede estar en Persia y en Roma y lo que no puede hacer la naturaleza lo hace el amor.

VI

Las virtudes morales

San Juan Crisóstomo insiste también en el ejercicio de las demás virtudes cardinales y morales. Conocía bien las virtudes de las que hablaban los filósofos griegos: Dominio propio, valor, justicia y sabiduría. A la vez desconocían algo que para nuestro Santo es más importante: Los esfuerzos del hombre que busca su perfección son el resultado de la gracia de Dios comunicada por la fe en Cristo. Los teólogos cristianos se han fijado en él a la hora de establecer los fundamentos de la ética cristiana. En el NT las virtudes se atribuyen siempre a Dios, que comienza infundiéndolas en las almas con el bautismo.

Las tres virtudes teologales fe, esperanza y caridad y las virtudes cardinales, expuestas por San Pablo en varias de sus cartas, son la base de la vida cristiana. Reciben éstas en contraposición a las virtudes naturales los nombres de prudencia, justicia, fortaleza y templanza, cuyas relaciones mutuas y acción de la gracia en ellas estudiaron los teólogos medievales, especialmente Santo Tomás. Este gran pensador define la virtud como *hábito operativo bueno*. Por ellas obramos el bien. En la moral cristiana de San Juan Crisóstomo equivalen al seguimiento de Cristo.

Las virtudes cardinales se llaman así porque sobre ellas descansan otras muchas virtudes morales que son el sostén de la ética cristiana. Todas las demás virtudes dependen de alguna de ellas. Unos teólogos numeraban cuatro y otros siete. Siguiendo el Catecismo las dividimos en las cuatro antes citadas: Prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

La alusión de San Juan Crisóstomo a otras virtudes como fidelidad, sinceridad, paciencia, virginidad, mortificación, generosidad, etc. es frecuente en todos sus sermones; sin embargo, él busca en general la belleza interior de las almas con la práctica general de las buenas obras como la limosna, la compunción, la fe rigurosa, la caridad en todas sus formas. Nos detenemos solamente en algunas:

Prudencia

Se refiere principalmente la *prudencia* al cuidado, cautela y revisión que debemos hacer de las cosas espirituales. Esta es la enseñanza de Jesús en la parábola del mayordomo injusto (Lc 16,9). Necesitamos ejercerla en las tensiones sociales, en el cuidado de la salud, cuando tenemos responsabilidades sobre otros y hasta en los negocios. Tiene especial importancia para los que se dedican al ministerio apostólico. La prudencia te hace huir de todo placer presente del que tengas que arrepentirte en el futuro. Va siempre unida con el hombre bueno que desea hacer el bien.

En San Juan Crisóstomo suscitar la prudencia significa la necesidad de examinar bien las cosas y pensar antes lo que vamos a hacer interpretando bien nuestra situación respecto a Dios. Es esto una virtud sobrenatural:

Tenemos que discernir lo que es bueno o malo para seguirlo o huir de ello según sea moral o inmoral.

A veces se nos exige la prudencia de la serpiente que permite que le corten el cuerpo para salvar la cabeza. La fe es la cabeza y la raíz; si la conservas aunque pierdas lo más abundante lo recuperarás después. Entrega todo, menos la fe: El dinero, el cuerpo... hasta el alma. Practica la prudencia de la serpiente para que no recibas heridas mortales.

Custodiemos constantemente nuestra boca colocando en ella la prudencia como una llave, no para que se cierre perfectamente sino para que se abra en el momento oportuno.

Ciertamente al que asume el deber de la corrección le es necesario un gran discernimiento para aplicar bien el remedio y necesita más prudencia que el que aplica una medicina; el que reprende necesita una sabiduría mayor que el médico que saja el cuerpo.

Justicia

El sentido de *justicia* en la Biblia va más allá que el de los códigos humanos, basados en la ética natural y en el orden social. Consiste en adherirse a las normas y santidad de Dios. Hablando de Dios la Escritura usa como sinónimos los términos justicia y santidad. Cuando habla de la justificación de las personas significa que su conducta es aprobada por Dios y disfrutan de su santidad.

Por tanto viene a ser la aceptación de la dignidad de todos los seres humanos desde su concepción hasta su muerte y el respeto a esta dignidad, dando a cada uno lo suyo en las tres clases conocidas de la justicia, conmutativa, distributiva y social. Todas las virtudes están comprendidas en esta justicia para el hombre de bien. Por eso la justicia es siempre obra de amor. San Agustín dice: *La pena del tali6n es la justicia de los injustos*. Para San Juan significa el estado de gracia o santidad, o mejor, acatar siempre la voluntad de Dios.

He aqu6 algunos pensamientos de nuestro Santo:

Dios en los salmos llama siempre benevolencia y misericordia a la justicia.

La justicia es el cumplimiento de todos los mandamientos.

Todas las virtudes son justicia; por eso se dice del santo Job que “era hombre irreprochable y justo”.

Nada agrava m6s al alma, ciega la mente y deprime como la conciencia del pecado. Nada tampoco hace m6s sublime al alma que la posesi6n de la justicia y de la virtud.

La verdadera justicia viene de la gracia y procede de la fe... Se consigue con la gracia de Dios y la cooperaci6n de la voluntad.

La justicia florece en las tentaciones y modera la prosperidad. De la misma manera que el fuego quema hasta las ra6ces de las yerbas as6 el fuego de las tentaciones quema las ra6ces de la concupiscencia.

El que cumple toda justicia y piensa de coraz6n ve a Dios porque la justicia es figura de Dios. Dios es la justicia

Dios no expulsó sin más a las naciones cuando quiso introducir a los judíos en la tierra prometida sino que lo hizo con justicia.

“Tus sacerdotes se vestirán de justicia” (Ps 131,9). Aquí justicia significa santidad, ritos sagrados, adoración, víctimas, ofrendas y con éstas la vida perfecta, que es lo más necesario pedir para los sacerdotes.

Con esto se nos enseña que cuando pedimos nosotros se sigue que tenemos que ser puros y de suave olor. Así es de bella la justicia al contrario del pecado que es fétido.

Las obras de sus manos son de tal naturaleza que brillan y resplandecen su providencia, su benevolencia, su justicia y su santidad.

Quien ora diciendo Padre demuestra su filiación adoptiva y quien confiesa la adopción predica la justicia, la justificación, la redención, la remisión de los pecados y la acción del Espíritu Santo.

Fortaleza

Esta virtud cardinal de la fortaleza es la fuerza que Dios da para obrar bien sin temor servil ni arrastrados por la temeridad sin reflexión. La fortaleza es la virtud que nos acompaña en la luchas contra las tentaciones, nos mantiene firmes en las pruebas más difíciles de la vida, ayudándonos a superar la angustia de la muerte con esperanza. Es decir, nos ayuda a sufrirlo todo por aquello que amamos. La serenidad de las niñas que murieron mártires tenía su origen en la fortaleza recibida de Dios. El hombre fuerte permanece invicto y valiente en la adversidad y hasta en las tribulaciones emprende empresas arduas. Nada tiene que ver esto con la temeridad.

La virtud de la fortaleza, según San Juan, nos ayuda a vencer el temor y a huir de la temeridad. Él mismo presentándose a los soldados policías que lo llevarían al destierro es un admirable ejemplo de fortaleza:

La mansedumbre es señal de fortaleza. Consiste en ser tolerantes con los malos. El alma adquiere fortaleza dominando las pasiones.

Se requiere una gran fortaleza en la lucha contra el demonio, así nuestra victoria es más espléndida contra sus tentaciones.

Cuando las cosas suceden así sin esperanza alguna...como con Ezequías, Goliat, San Pablo entonces Dios pone delante el auxilio. Por eso rezamos: “Mi fuerza y mi poder es el Señor” (Sal 117,14). Nuestra alma está debilitada y fundida por la magnitud de los males, pero los soportamos con fortaleza. Soporta con fortaleza las cosas que te sobrevengan pues eso será para ti tu martirio... pues cuando el dolor impele a blasfemar y no dices nada inconveniente te haces mártir.

La mansedumbre es señal de gran fortaleza, onerosa y de alma viril, capaz de obras sublimes. Goza de fortaleza el alma no corrompida por las pasiones. ¿Te parece poco

sufrir tremendamente y no desesperarse? No se equivoca quien adjudica la virtud de la fortaleza el que cuida al prójimo.

Templanza

Nuestro Santo apela con frecuencia a la templanza como fuente de virtud. El hombre que posee dominio propio y usa la razón en la continencia de las pasiones disfrutaba de esta virtud según la filosofía griega.

En San Pablo esta virtud es un medio para dar gloria a Dios en nuestra vida cuando nos llena el Espíritu. *Los actos malos del hombre viejo están muertos y las obras buenas del Espíritu son manifiestas* (Gal 5, 16-24). La templanza nos inclina siempre a dominar nuestras pasiones sometidas a la razón y a practicar el bien. Con la virtud de la templanza quedan eliminadas también las bebidas alcohólicas con exceso y toda clase de drogas. Un antiguo proverbio dice que la mesa ha matado más gentes que las guerras. La templanza en el comer y el beber se manifiesta también en la virtud de la castidad.

En San Juan Crisóstomo se encuentran algunos testimonios en los que esta virtud es señal de sincera conversión y de amor a Cristo:

La templanza consiste en moderar los apetitos y el uso excesivo de los sentidos sujetándolos a la razón.

Los profetas no ahorraban palabras cuando querían cortar la voluptuosidad de los judíos y su falta de templanza.

La templanza es fuente de toda clase de bienes.

De la templanza hablaba principalmente el Señor cuando trata del perdón de las ofensas a nuestros enemigos.

Con Cristo todas las cosas son nuevas. ¿Cómo no van a ser nuevas e inimaginables cuando el que antes era un libertino y se consumía con placeres de pronto se hace superior a sus pasiones y, como si no estuviera revestido de un cuerpo, se pone a conquistar la templanza y la castidad?

El que se acerca a estos sagrados misterios (la eucaristía) necesita velar y andar despierto, purificarse de toda preocupación mundana, llenarse de mucha templanza y de mucho celo... y dejar limpia su casa como si estuviera a punto de acoger al rey en persona.

Los dones del Espíritu Santo.

A estas virtudes morales debemos añadir los dones del Espíritu Santo, que facilitan el camino de la santidad, haciéndonos dóciles a los auxilios de la gracia. Con ellos lleva a cabo el Espíritu Santo la historia de salvación de cada uno de los bautizados contando con nuestra colaboración. San Pablo menciona en sus cartas 22 gracias o dones que llama con el nombre general de *carísmata*, entre los cuales se encuentran la profecía, el servicio, la enseñanza, la compasión, la sanidad, etc. Los teólogos escolásticos los clasificaron como *sabiduría, inteligencia, consejo, ciencia, piedad y temor de Dios* y de este modo los señalan nuestros antiguos catecismos. Algunos añaden la virtud de la fortaleza.

El don de la sabiduría nos facilita el conocimiento más profundo de Dios y de la realidad creada por él; el don de inteligencia abre la mente humana a entender cuanto le es posible los misterios de Dios; el consejo da luz a los ojos y nos ayuda a servir mejor a Dios; el don de ciencia ilumina a los doctores de la fe para que la propongan con luz especial a los demás; por el don de piedad el Espíritu Santo enseña a los maestros de la vida espiritual a amar a Dios y el prójimo; por el temor se ama a Dios por su bondad y lo que hacemos por temor se convierte en respeto y confianza amorosos.

San Juan Crisóstomo se ha ocupado de su contenido en sus sermones sin hacer ninguna clasificación numérica de ellos. En él como en San Pablo todos los dones son una multitud de carismas subordinados al amor. Su número es ilimitado. El Espíritu Santo inspiró los libros santos, llevó a cabo en María la encarnación del Hijo de Dios, descendió sobre Cristo en el bautismo y habló a los apóstoles. Los dones hacen más visible la acción del Espíritu Santo en la Iglesia:

Jesús les dio lo que era el máximo don de Dios, no el cielo ni la tierra, no el mar sino algo que es más precioso que esto. Hizo a los hombres ángeles, hijos de Dios y hermanos de Cristo. ¿Qué es esto? El Espíritu Santo.

No podemos hacer ninguna obra buena si no nos ayuda Dios con su gracia.

La verdadera sabiduría y la verdadera erudición no es otra cosa que el temor de Dios.

No busquemos con sabiduría humana los misterios de Dios, la sabiduría profana no conduce a la piedad.

El salmo 111 dice: “Bienaventurado el varón que teme al Señor”. Otro salmo dice: “El inicio de la sabiduría es el temor del Señor”. Las sentencias son idénticas. Sin esta sabiduría todo lo demás es vanidad, sobras, cosas levísimas, como el poder, la riqueza, la belleza...

La sabiduría cristiana es Cristo. Dios aumenta la sabiduría del que la distribuye. La sabiduría externa no es nada comparada con la sabiduría de Dios. La sabiduría de Dios ha postrado a la sabiduría externa.

No es sabio el que no tiene la sabiduría de Dios. La sabiduría griega es como un tela de araña. La sabiduría de Dios resplandece en la belleza de las criaturas.

Los dones del Espíritu Santo fueron en Corinto causa de cisma. Unos tenían muchos dones otros pocos, el mayor para ellos era el don de lenguas. Esto fue causa de cismas no por su propia naturaleza sino por el ánimo ingrato de los recipientes.

Al que recibe el Espíritu Dios lo convierte de barro en oro.

La ciencia será destruida, dice San Pablo, pero mejoramos con la ciencia de Dios. El deseo de ciencia es causa de muchos males. La ciencia sin caridad es causa de muchos males, sin caridad es inútil; en cambio es buena la caridad sin ciencia. No toda la ciencia será destruida sino aquella que niega a Dios.

Hasta los hombres de gran virtud necesitan el consejo de Dios.

¿No tienes dinero? Tienes el más rico tesoro con el temor de Dios, nunca se extingue, nunca se consume o agota.

El temor es el maestro de la virtud, produce la salvación. El temor del infierno te lleva a la corona no el temor a los males de la naturaleza.

Nunca eches de tu alma el temor de Dios.

Sólo el temor no basta para la salvación. Los demonios también temen a Dios. Es preciso guardar también voluntariamente sus mandamientos.

El que se hace mejor por temor humano vuelve pronto a la maldad. El temor nos lleva a la penitencia, pero conviene que dure toda la vida.

La piedad es el amor y fidelidad a Dios. Piadosos son los hombres de fe.

La piedad es más importante que todo lo demás. El primer grado de piedad es buscar la santidad.

El Espíritu Santo hizo sabios a los que eran ignorantes, como se ve por su doctrina, con su virtud resucitaron muertos, arrojaron demonios, curaron enfermos, poseyeron el don de lenguas y de profecía y el espíritu de adopción. No hablaron por su propia mente sino que movidos por su gracia llaman padre a Dios. Y no sólo le llaman padre sino “Abba”, como dicen a sus padres los niños hijos de su sangre.

Nos dio el don del Espíritu, del Hijo y del Padre. Los demás dones son todos de la misma dignidad. ¿Qué es el don de la sabiduría que tenían Pablo y los hijos del trueno? ¿Qué es la ciencia que tenían los fieles? Otros tenían la fe y algunos fieles corintios el don de profecía. Todos son dones del Espíritu.

Todos son dones del Espíritu. Si no existiese el Espíritu no podríamos orar a Dios, no podríamos invocarle ni llamarle padre; sin embargo, le decimos “Padre nuestro que estás en los cielos”.

¿Cuáles son los frutos del Espíritu? Oye al apóstol San Pablo: Caridad, alegría y paz. Pone la caridad primero porque es la raíz de todos los demás.

Trataré de demostrar por las Escrituras que el don por excelencia del Espíritu Santo es la reconciliación.

El don de la revelación se nos da para conocer los misterios profundos de Dios, cuando este don es para amar se llama caridad, cuando tienes que hablar como doctor es sabiduría, cuando lo reciben los fieles para que entiendan recibe el nombre de inteligencia.

Los frutos del Espíritu Santo

El más importante don de Dios a los hombres es el mismo Espíritu Santo que mora en nosotros y obra nuestra santificación. De él proceden todos los carismas que hacen al hombre dócil a los impulsos del Espíritu. El Espíritu Santo santifica a las almas por medio de los sacramentos y les infunde las virtudes y dones para que hagan toda clase de obras buenas (Gal 5,22). A estas obras buenas se refieren los catecismos con el nombre de *frutos* del Espíritu Santo, como caridad, alegría, paz, castidad, paciencia, etc.:

Gracias a los dones que el Espíritu Santo reparte en su Iglesia el justo abunda en buenas obras, repite San Juan Crisóstomo. Nuestro Santo no conoció la enumeración que hacen nuestros catecismos de los frutos del Espíritu Santo; pero habla de su realidad frecuentemente. He aquí solamente dos expresiones generales:

¿Cuál es el fruto del Espíritu? Oigamos al apóstol que dice: El fruto del Espíritu Santo es la caridad, la alegría y la paz.

El fruto por excelencia del Espíritu Santo es el don de la reconciliación.

En sus sermones resalta principalmente los siguientes frutos producidos por sus dones:

Pobreza

Es la privación voluntaria de bienes materiales para dedicar la vida al servicio de los demás. La pobreza como tal no es virtud sino el amor a ella por generosidad con los demás. Comúnmente se entiende como la donación de bienes a los pobres por medio de la limosna. Los términos rico y pobre son siempre relativos porque no son idénticas las necesidades de cada uno; muchos tenidos por pobres en los países ricos serían ricos en el tercer mundo. La pobreza voluntaria por amor al prójimo es siempre una prueba de los valores morales de una persona.

En San Juan el problema que más hería su corazón de pastor y apóstol era el de la pobreza. En la homilía 11, 3 sobre los Hechos de los apóstoles él mismo calcula que en Constantinopla vivía en extrema pobreza el 50% de la población. La caridad de los cristianos no podía llegar a tanto. Por eso fustiga duramente a los ricos por su egoísmo e indiferencia ante un problema social tan grave, a la vez que exhorta a los fieles a dar limosna. Él mismo había dado los bienes de la iglesia a los pobres. En todas sus diatribas contra los ricos y el lujo de la corte de Constantinopla demuestra poseer un exquisito sentido de la justicia social, válido para todos los tiempos.

A su ciudad natal, Antioquia, que llamaban *la grande, la bella*, se le han calculado unos 100.000 habitantes, de los cuales eran 50.000 pobres de urgente necesidad. La lista de viudas y solteras que alimentaba diariamente la Iglesia de Antioquia era de unos tres mil, además de la asistencia a los encarcelados, inválidos y a los propios ministros. Juan confiesa con los apóstoles que era más importante la predicación de la caridad porque de ella nace la ayuda. Su preocupación principal fue la relación entre riqueza y pobreza, el mal uso de las primeras y abandono de los necesitados:

Busquemos las riquezas que constan de buenas obras, huyamos de la pobreza que nos conduce a la maldad, como aquel rico que era pobre y no consiguió ni una gota de agua, para no haya ningún pobre entre nosotros que no tenga ni una gota de agua. .

La pobreza crea seguridad y libertad... No pienses en la mendicidad sino en la felicidad de la pobreza. La riqueza produce perturbación y ansiedad.

La pobreza es el fundamento de una vida feliz para los cristianos... No debes estimar las riquezas ni desearlas, tampoco temer la pobreza.

Son semejantes a los tres jóvenes del horno de Babilonia los que sufren la pobreza con acción de gracias, pues la mendicidad es peor que el fuego y suele encenderse más. Las llamas no encendieron a aquellos muchachos porque dieron gracias a Dios y se soltaron sus amarras. Igualmente ahora, si en la pobreza damos gracias a Dios, su fuego se extingue.

Si ves que algunos ofrecen a la Iglesia vasos sagrados o quieran ornamentar los muros del templo no les mandes vender eso o destruir lo hecho para que no disminuya su alegría y entusiasmo. Pero si te pide consejo antes de ofrecer estos adornos a la Iglesia mándale que se los dé a los pobres.

Nada que tal realeza delatara hubo en Cristo: ni guardia de lanceros, ni escolta de escuderos, ni caballería, ni troncos de mulas. Él llevó vida sencilla y pobre sin más compañía que doce hombres también pobres.

Fuera toda pusilanimidad: la pobreza nos produce innumerables bienes y sin la pobreza serían inútiles las riquezas. No despreciemos ni a éstas ni a aquélla. La pobreza y la riqueza son armas que, si queremos nos conducen a la virtud.

La pobreza, en efecto, es un término medio de exceso y de defecto: exceso de riquezas y defecto de miseria.

La pobreza es un complemento de felicidad y tranquilidad pues borramos los pecados si la sobrellevamos con acción de gracias y logramos una gran confianza delante de Dios.

No despreciemos la pobreza... no deseemos el dinero y las riquezas ni creamos que la pobreza es un mal. La pobreza es maestra de prudencia, de paciencia y de la mejor filosofía.

Nos preocupamos de lo que van a poseer los hijos y no nos preocupamos de ellos mismos. ¡Qué insensatez! Forma el alma de tu hijo y todo lo demás le vendrá por sí mismo. Si el alma no es buena de nada le valen las riquezas; si el alma es recta nada puede dañarle la pobreza. Si quieres dejarlo rico enséñale a ser bueno, pues así será capaz de reunir riquezas y, si no las tiene no será menos que los que las poseen. Pero si es malo por mucho que le dejes no le has dejado un guardián de su riqueza y lo has hecho peor que los más miserables...

No admires tanto, Teodoro (interlocutor de Paladio), al que sacia de comida a un hambriento cuanto al que libra a un alma de su ignorancia. Porque quien quiera hartar un vientre de balde o por dinero, con pan o con legumbres, fácilmente hallará quien le procure lo necesario para ello; pero no es fácil hallar a quien sepa alimentar con la palabra a quien tiene hambre de la enseñanza de la palabra divina.

Tal vez hayas oído hablar de Dionisio, tirano que fue de Siracusa y sin duda también de Platón. ¿Quién fue, dime, más ilustre? ¿Quién es ahora más celebrado y anda en boca de todo el mundo? ¿No deja atrás el filósofo al tirano? Y, sin embargo, el uno era Señor de toda Sicilia y nadaba en riquezas y el otro vivía contento con mesa frugal,... ajeno a toda aquella fantasía del tirano. ¿Y qué decir de Sócrates... más ilustre que Arquelao? Sin embargo, Arquelao era rey y vivía en la opulencia y Sócrates tenía un solo vestido para las cuatro estaciones del año... y el otro filósofo Diógenes, que vivía entre harapos, a quien preguntó Alejandro Magno si necesitaba algo y respondió que nada. Arístides, a quien al morir hubo que enterrar por cuenta del Estado, fue tanto más ilustre que Albiciades con toda su riqueza...Epaminondas fue llamado para asistir a una reunión del ayuntamiento y no pudo por estar lavándose el único vestido que tenía y es más glorioso que todos los generales allí reunidos.

No me vengas, pues, con el desierto ni con los palacios porque la gloria y el lustre no vienen de los lugares ni de los vestidos ni de la dignidad ni del poder, sino únicamente de la virtud del alma y de la filosofía.

Los emperadores están lejos de convertirse por sí mismos en seres admirables. El monje, en cambio, con sólo su hábito, lleva muchos motivos para que se le admire. Luego, si nadie admira al rey porque se vista de púrpura y todos se maravillan del hábito del monje, síguese que el sayal hará más conspicuo y glorioso a tu hijo (si se hace monje) que la púrpura al emperador.

Veamos quién puede ayudar mejor en la desgracia...Por ejemplo, un padre que tiene un hijo único y lo pierde en la flor de su edad. No hay magistrado ni emperador ni nadie de este mundo que pueda aliviar en nada la desgracia de este padre... en cambio, el monje con su pobreza tratará de levantarle el ánimo y persuadirle a no tener en nada las cosas humanas y, luego, con sus palabras disipará la nube de tristeza del hombre afligido.

La excesiva riqueza y la grandeza del poder y la tibieza que proceden de la vida de placer y otras muchas cosas más ahogan la semilla sembrada y aun muchas veces el espesor de las espinas impide que asome a la superficie misma de la tierra; y al revés, la excesiva tribulación y el agobio de la pobreza y las incomodidades continuas y muchas cosas más contrarias a las dichas apartan también del fervor y empeño por las cosas de Dios.

Basta que des, ora por ti mismo, ora por otros y que no recrimines, no hieras, no insultes al pobre. El que a ti se te acerca necesita de medicinas, no de heridas; de compasión, no de que le claves la espada...¿ No adviertes que te clavas la espada a ti mismo y eres tú el que recibe más grave herida cuando el pobre se retira injuriado, gimiendo secretamente y derramando muchas lágrimas? A la verdad Dios es quien te envía al pobre. Considera, pues, cuando le insultas a quién diriges tu insulto...

Sienta a Cristo a tu mesa... y él será benigno cuando te juzgue...Porque aun sin hacer esto él te alimenta, mucho más te recompensará si lo haces. No mires que el pobre se te acerca sucio y maloliente, considera, más bien, que Cristo entra por su medio en tu casa y cesa en tu crueldad; no digas esas palabras con que rocías infaliblemente a cuantos se te acercan llamándolos importunos y holgazanes y cosas todavía más duras.

Y no me digáis que los ricos dieron limosna; porque si no la dieron según la cuantía de su fortuna ni aun así escapan al castigo. Porque la limosna no se juzga por la medida de lo que se da, sino por la generosidad de la intención.

Aquí lo que das es una exigencia que se te impone; allí es una utilidad, un préstamo, una deuda. A la verdad, Dios mismo te ha dado una letra de pago. “El que da limosna al pobre, dice la Escritura, le presta a Dios (Prov19,17)...

Pues dad por lo menos la mitad, una tercera, una cuarta, una quinta, una décima parte. Por la gracia de Dios nuestra ciudad (Constantinopla) sería capaz de alimentar a los pobres de diez ciudades. Hagamos si queréis un cálculo, pero no, no hay necesidad de cálculo alguno...

¿Acaso es tuyo lo que tienes? Se te han encomendado los bienes de los pobres aun cuando esos bienes los hayas adquirido por herencia paterna, aun cuando provengan de tu legítimo trabajo. Porque ¿Acaso no podía Dios quitártelos? Si no lo ha hecho es porque quiere que puedas mostrarte generoso con los necesitados... Óiganlo quienes se entregan a la glotonería y consumen en suntuosos banquetes una riqueza que no les pertenece en absoluto, sino que es de los necesitados. No porque Dios, en su inmensa benignidad, te haya mandado como si dieras de lo tuyo pienses que es efectivamente tuyo...No pienses, pues, que es tuyo cuando le das lo suyo...

¿Eres rico? Piensa todos los días que puedes ser pobre. ¿Por qué? Porque este temor te producirá una gran utilidad. El que espera poder convertirse en pobre no se enorgullece en las riquezas, no se deja llevar por la molición, no dispendia lo que tiene, no desea los bienes ajenos. Este miedo es como un pedagogo que frena su alma y no permite que nazcan en él los gérmenes de la avaricia.

La pobreza corrige el alma y el cuerpo y muchos pobres son más prudentes que los ricos, más amantes de la sabiduría y más sanos de cuerpo. Es la avaricia y la voluptuosidad la causa de las guerras, los pobres están más preparados para la filosofía.

Los pobres humildes y contritos son más aptos para el sufrimiento y la paciencia. La pobreza es más apta para el ejercicio de la virtud. Por eso dijo Jesucristo del rico que le era difícil entrar en el reino de los cielos.

Dios dice por Jeremías que va a tomar venganza de sus enemigos y tiene por enemigos a los enemigos de los pobres, que son causa de sus males. Esto lo dice para que comprendas la magnitud de la injusticia contra ellos.

La pobreza aparece a muchos como mala, pero no es así. Las riquezas, por el contrario aparecen como un bien, pero de ninguna manera lo son si no se usan bien. Si fueran buenas por sí mismas todos los ricos serían buenos, pero no lo son.

La salud y la enfermedad, las riquezas y la pobreza, la vida y la muerte no son cosas absolutas sino medios. Según use de ellas el que las posee serán una cosa u otra, buenas o malas. Por ejemplo es bueno vivir si se emplea bien la vida, pero si la usas para pecar y hacer el mal ya no es un bien. Sería mejor que el que obra así se hubiera muerto.

No alabes al rico porque da mucho y desprecies al pobre porque da poco. Con frecuencia los pobres dan más que los ricos. No conviene que te estimes como un miserable por la pobreza, esto te hace posible la limosna. El que tiene muchas cosas está atrapado por la arrogancia y los deseos de bienes sensibles, el pobre o el que no tiene está librado de esta tiranía y tiene muchas ocasiones de hacer el bien.

El Ayuno

Esta forma de mortificación tiene una gran importancia en la espiritualidad de San Juan Crisóstomo. El ayuno, el pasar hambre voluntariamente sin perjuicio de nuestra salud, nos recuerda la transitoriedad de nuestra vida, nos ayuda a dominar nuestras pasiones y pecados y es una prueba de amor a Dios y a los hermanos de quienes somos solidarios. No es extraño que el Santo lo recomendara tanto a sus feligreses. El ayuno más riguroso en su tiempo era la celebración de la Cuaresma en recuerdo del Señor:

Aunque el ayuno de la Cuaresma haya pasado es posible ayunar incluso no ayunando. ¿Y cómo? Os lo diré: Cuando tomamos alimento con moderación y nos abstenemos del pecado. Este es en efecto el ayuno provechoso y él es la razón de la abstinencia de alimentos para facilitarnos nuestra carrera hacia la virtud.

Lo mismo que un barco sobrecargado zozobra enseguida también el hombre que sobrepasa los límites de la necesidad e impone a su estómago una sobrecarga inmediatamente hunde su mente y envilece la nobleza de su alma.

Dios es benigno con nuestros muchos pecados. Quiere que progreseemos en la virtud y volemós hacia el cielo dándonos el ayuno y la oración para limpiar las suciedades del alma. De otro modo seríamos esclavos de la lascivia.

El que ayuna conviene que esté tranquilo, contrito, humillado, en paz. Es preciso, nos dice el profeta, santificar el ayuno.

Muchos se acercan a celebrar los misterios cristianos en el tiempo en que el Señor celebró la Pascua. Por eso los Padres determinaron cuarenta días de ayuno, de oraciones, de oír la palabra de Dios en reuniones para que en estos días todos hagan preces, limosnas, ayunos vigiliás, lágrimas y limpios de sus pecados por medio de la confesión se acerquen con conciencia pura.

Amo el ayuno porque es el padre de la templanza y fuente de la verdadera filosofía, pero lo amo también por vosotros.

El ayuno cuaresmal es magnífico para la tranquilidad de nuestras almas, decoro de los mayores, pedagogo de los jóvenes, maestro de los castos y adorno con diadema de toda edad y sexo.

El que ayuna da gracias a Dios y pide fuerza para sobrellevar las incomodidades y el que come también da gracias a Dios porque esto nada le puede perjudicar a la salud de su alma si él quiere.

Nada nos aprovechará el ayuno cuaresmal ni las reuniones frecuentes para oír la palabra de Dios sin las buenas obras.

Castidad

La castidad se define como abstinencia voluntaria de la práctica sexual temporal en el matrimonio o la privación total por el reino de los cielos. Es un máximo honor prestado a Dios por amor, al Evangelio y a la Iglesia. San Pablo la alaba en las vírgenes y se la recomienda a Timoteo (5,22).

San Juan Crisóstomo habla de esta virtud cristiana con frecuencia y aprovecha para censurar la conducta de algunos clérigos:

“Bienaventurados los limpios de corazón...” Limpios llama el Señor aquí a los que poseen la virtud en general y no tienen conciencia alguna de pecado o a los que viven en castidad. Nada hay efectivamente más necesario para ver a Dios que esta virtud de la castidad.

Si el brillo de la plata nos deslumbra ¿Cómo pasaremos de largo ante la belleza de un rostro? ¿Cómo practicaremos la castidad? Porque hay algunos tan de cuerpo y alma entregados a esta tiranía que a la sola vista del oro se sienten conmovidos y hasta bromean diciendo que este brillo hace bien a los ojos...Nada hay que más dañe al cuerpo y al alma que la codicia del dinero y la impureza.

Sigue en tu casa con tu mujer y tus hijos, pero no ultrajes a esa misma mujer, no deshonres a tus propios hijos, no metas en tu casa la peste de los teatros... La misma castidad se exige a hombre y mujer. Y tú, si tu mujer frecuenta la iglesia la recriminas implacablemente; pero pasarte el día en los teatros no crees que merezca recriminación ninguna.

A esta mujer (Ana, madre de Samuel) tenéis que emular las mujeres, a ésta tenemos que imitar los hombres, diligencia pareja hemos de mostrar con nuestros hijos y así debemos imitarlos en todo lo demás y señaladamente en lo que atañe a la castidad. Nada hay en que haya que ponerse tanto empeño y solicitud como en la castidad y pureza de los jóvenes. Porque no hay pasión que tanto moleste a esa edad.

Oídlo, padres, educad a vuestros hijos en la disciplina y corrección del Señor con toda diligencia. Fiera cosa es la juventud... Es un potro indómito, una fiera sin domesticar. Ahora bien, si desde la primera edad se le señalan los límites convenientes, no necesitaremos luego de mucho trabajo, pues la costumbre se habrá convertido en ley. Conservemos, sobre todo, la castidad en los jóvenes. La impureza es la que hace mayores estragos en la juventud.

El teatro es una invención del demonio para enervar a los soldados de Cristo. Pablo condena la bufonería y la chocarrería y el teatro hace de ellas una profesión. Y son justamente los cristianos los que sostienen a cómicos y farsantes con su asistencia y aplausos. Allí se ríe de un adulterio. Lo que Pablo llama sacramento grande allí se expone a público ultraje...

Cuando el joven no ha conocido más mujer que aquella con quien se ha unido en matrimonio, ésta se le hace más amable. Cuando los jóvenes van al matrimonio con esa guarda de la castidad los amores son más ardientes, el cariño más genuino, la amistad más acendrada. Porque lo que ahora se hace no son matrimonios, sino simple negocio de dinero y

comercio. Y si antes del matrimonio el joven está corrompido y después del matrimonio pone los ojos en otra mujer, ¿Para qué, dime, vale el matrimonio?

Apartemos a los jóvenes de toda maldad y particularmente de la impureza. Dura es, en efecto, esta guerra y no hay pasión que así moleste a esta edad como la pasión impura... Si logran dominar la concupiscencia no es fácil que sean víctimas de otra alguna.

Libremos a los jóvenes de los espectáculos, de los teatros y banquetes para que no sean fascinadas sus almas. Guardemos a los jóvenes como a nuestras vírgenes. Nada más adorna a esa edad que la corona de la castidad. Las mujeres serán mucho más amables con ellos si no han corrompido su alma con ninguna otra mujer.

Para que usemos bien de las cosas de esa vida y consigamos con los hijos el reino de los cielos cuidemos de ellos para que no estén cubiertos de sórdidos vestidos y entren en las bodas espirituales y gocemos de los honores reservados a los que han vivido dignamente.

Hay otros remedios para guardar la castidad: Vea el niño constantemente al que preside la Iglesia y oiga de él muchos elogios y ufánese de ello el padre delante de todos los que los oyeren. Ténganle respeto al verle las muchachas. Y, por lo demás, lo que el padre le cuente, su temor y sus promesas... y la recompensa que Dios le prepara y el pensamiento de los muchos bienes de que gozarán los castos...

Al hombre espiritual lo entiende bien el hombre espiritual; pero el hombre carnal no entiende al espiritual. El hombre carnal habla siempre según la carne y lo entiende todo de acuerdo con la carne; el hombre espiritual habla con el corazón y entiende los pensamientos.

Los profetas no otra cosa procuraron que liberar la pueblo judío de la libido y de la intemperancia... Piensa en la intemperancia que te ha creado la libido... El que es temperante o moderado y casto adquiere una voluntad victoriosa, tú, en cambio, tienes una voluntad nula.

Compunción

La palabra griega *metanoia* se refiere a la compunción o arrepentimiento como un cambio de idea. El concilio de Trento dice de esta virtud que es el dolor o pesar del pecado cometido y el propósito de no cometerlo en el futuro. A esta cualidad una siempre San Juan Crisóstomo la misericordia divina que otorga a la vez el perdón.

La compunción comienza con el reconocimiento del pecado, le sigue el pesar de haberlo cometido y termina en un acto de la voluntad buscando el bien. Ninguno de estos tres actos es posible sin la acción del Espíritu Santo. El arrepentimiento precede a la salvación y es la mejor preparación del pecador para ella. Por ello no es extraño que sea el tema más corrido en los sermones de San Juan:

La verdadera compunción consiste en no considerarse siquiera digno de vivir. El que así se ve es más modelable que la cera. No me hables sólo de fornicaciones, adulterios y cosas semejantes o de cosas más graves sino también de insidias, calumnias, maledicencia, vanagloria, envidia y cosas parecidas.

Hay una compunción buena y otra mala. El que se arrepiente por piedad no cambia fácilmente esta postura, de igual manera el que cambia su postura por malicia no modifica por ello su mala disposición.

Ya puede el hombre hallarse ahogado por males infinitos, ya pueden rodearle las muchas cuerdas de sus pecados, ya pueden levantar tumulto las cosas de la vida y arder fuertemente la llama de la concupiscencia; en viniendo el fuego de la compunción, como si blandiera un vigoroso azote todo lo arroja de punta a cabo, lejos del alma. Y como un ligero polvo no podría resistir la fuerza de un viento impetuoso, así tampoco la muchedumbre de los torpes deseos y pecados puede resistir el ímpetu de la compunción. Todo lo barre y esparce con más facilidad que el polvo.

Conoces al médico y el amor superior al de todos los padres. ¿Nos exige algo molesto? La contrición del corazón, la compunción del alma, la confesión de la caída y la perseverancia. Y no sólo nos cura las heridas sino que nos limpia nuestros pecados. A los que antes estaban gravados por los pecados los hace justos. ¡Oh grandeza de la misericordia y excelencia de su bondad!

Porque digno es de consideración en todos esos pasajes (que nos recuerda la humildad de David) cómo jamás se acuerda de sus buenas obras y sólo de la benignidad de Dios espera la salvación. Eso es, en efecto, propio de alma contrita y de espíritu humillado, eso hace que, aun después de adquiridos grandes merecimientos, el hombre tema y tiemble más que el resto de los pecadores.

El hombre humillado y contrito no se dejará llevar de la vanagloria, no se irritará, no humillará a su prójimo ni dará entrada a ninguna otra pasión. Una mano hecha pedazos, por mucho que nos empeñemos, jamás lograremos levantarla en alto; así si por la compunción hacemos pedazos nuestra alma por mucho que intenten levantarla las pasiones de hinchazón no lograrán levantarla unos dedos del suelo.

Por eso yo os exhorto a que despertéis ya y alcéis vuestros ojos al sol de justicia. Nadie que duerma puede contemplar el sol ni recrear sus ojos con la belleza de sus rayos. Todo lo que ve lo ve como entre sueños. Necesitamos, pues de mucha penitencia y de muchas lágrimas, primero porque pecamos sin remordimiento, segundo porque nuestros pecados son tan grandes que no merecerían perdón... Arrepintámonos y seremos coronados.

Después de la compunción de los pecados y de que nos alejamos de su repetición, después de haber hecho sobre ellos un juicio perpetuo y que hemos vuelto a la razón de la vida tenemos que volver también al ejercicio de la virtud. No es suficiente que nos abstengamos de hacer el mal sino que conviene también acercarse a hacer actos buenos.

El martirio

La Iglesia de San Juan Crisóstomo estaba muy próxima a la época de los mártires para no sentir hacia ellos profunda admiración, respeto y devoción cristiana. De ellos habló el Santo en algunos de sus catequesis a los catecúmenos, además de ponerlos frecuentemente como ejemplo de valentía en la confesión de su fe. En su tiempo las ermitas o iglesias edificadas sobre las tumbas o reliquias de los mártires recibían el nombre de “martirios”.

La fe se confirma con la vida, pero esta confirmación llega a su máxima altura cuando el cristiano muere por su fe perdonando a sus verdugos. Con el martirio Dios perdona todos los pecados y sus secuelas con más generosidad que con la compunción y el dolor. Es el ejercicio más alto de las virtudes de la fe, la fortaleza y la caridad. El nombre de mártir, del griego testigo, se dio primero a los cristianos que daban testimonio de la vida y resurrección de Jesucristo, después se aplicó a los que sufrían persecución por su fe y finalmente a los que dieron su vida valientemente por ella.

El martirio tiene los mismos efectos que el bautismo y fue llamado enseguida “bautismo de sangre”. La Iglesia comenzó celebrando el aniversario de su muerte por la cual habían nacido definitivamente a Dios. Con ellos comenzó el culto al resto de los santos. San Juan Crisóstomo les prodiga los mayores elogios, especialmente al primero de los mártires San Esteban:

No es de menos importancia que el martirio el no rehusar el padecer por la salvación de otros.

Es que ahora no es tiempo de martirio; pero es tiempo de combates...Los que viven piadosamente siempre son perseguidos.

Muchos mártires en el momento de ser llevados a la muerte palidieron y se llenaron de miedo y de angustias; pero precisamente por eso son más admirables porque teniendo tanto miedo a la muerte no la rehuyeron por amor a Jesús.

Ciertamente la resurrección es sólo obra de la gracia de Dios, en cambio la caridad depende también del esfuerzo humano... Sin la caridad ni siquiera el martirio vale para nada.

Lo que hace la espada en el martirio es lo que hace en muchos sacrificios la buena voluntad.

Dios no solamente realizó la creación entera y extendió el cielo y nos dilató el mar... sino que también nos ha agraciado con las reliquias de los mártires.

En efecto ningún discurso puede instruirnos tanto ni conducirnos a la sabiduría y al desprecio de las cosas presentes como el padecimiento de los mártires.

Los mártires son médicos espirituales del alma y del cuerpo. Por consiguiente, acudamos a ellos de continuo como médicos espirituales.

Efectivamente el Señor nos ha agraciado con los sepulcros de los mártires como fuentes espirituales capaces de producir caudalosas corrientes de agua.

Pues bien, ya que los días pasados al reunirnos junto al sepulcro de los mártires disfrutábamos de la gran bendición que de ellos brota y gustábamos sus enseñanzas, siento la necesidad de recordar a vuestra caridad que tengáis siempre resonando en vuestra memoria tan importante enseñanza y que a todos los bienes de esta vida prefiráis los bienes espirituales.

VII

El pecado y los vicios

El pecado es un problema religioso que hiere el corazón y preocupa hondamente al pastor de las almas. San Agustín nos dio de él la más precisa definición: *Es un hecho, un dicho o un deseo contra la ley eterna de Dios*. El pecado es siempre voluntario y si no es voluntario no es pecado. Juan, el gran predicador, no se detiene en definiciones, deduce lo que el pecador piensa de Dios y de sí mismo, habla de la posibilidad de la expiación y de los principios y posibilidades de la gracia salvadora de Cristo. Como en otros santos Padre le preocupa especialmente el pecado cometido después del bautismo y su perdón.

El tema central de esta predicación de Juan es el pecado original, la herencia de Adán. Con él sufrimos el castigo de nuestros padres de forma que la condición pecadora de todos los hombres es su consecuencia. El Crisóstomo defendía que Adán fue creado inmortal, que el hombre es libre para escoger entre el bien y el mal y que Dios da su gracia a todos para que hagan el bien. Sobre este problema Pelagio se atrevió a citar a San Juan Crisóstomo en uno de sus libros y San Agustín, que ya conocía los Escritos del predicador de Constantinopla, le replica que ha citado mal a nuestro Santo. Por su educación y pensando en los problemas morales de su auditorio Juan, es defensor a ultranza de la libertad humana.

Preocupado siempre San Juan Crisóstomo por la corrupción de costumbres, que amenazaba gravemente a sus fieles, no puede extrañarnos su lenguaje profético y exigente cuando clama contra los vicios de la sociedad. Tal vez una de sus más duras homilías sea contra las celebraciones del nuevo año por el libertinaje con toda clase de inmoralidades y las muchas supersticiones que rodeaban esta fiesta en Antioquia. Como buen moralista San Juan fustiga todas las malas costumbres y pecados, la embriaguez, los espectáculos impúdicos, los juramentos vanos, etc. Sabe que el pecado empequeñece y atonta cada vez más al hombre.

En cierta ocasión se encontró en Constantinopla con la iglesia medio vacía porque sus fieles estaban asistiendo a las carreras de caballos y a las fiestas que se celebraban en el circo y en el teatro. Su indignación crece recordando a sus escasos fieles que no se privan de estas fiestas profanas ni siquiera el día de Viernes santo. Esto explica cierto exceso en las palabras como cuando califica al teatro de “asamblea de Satanás”.

Algunos le han acusado de haber condenado absolutamente el comercio; pero no es esto correcto. Condenó con vehemencia los vicios del comercio de su tiempo, es decir, el monopolio, la usura, la mala fe, los fraudes y mentiras de los comerciantes. En sus palabras no establece los principios de la moral cristiana, sino que censura con fuerza las costumbres de una sociedad paganizada.

La raíz de todos estos males la veía él en la vanagloria, sobre la cual escribió también un pequeño tratado: *De inani gloria et de educandis liberis*, Sobre la vanagloria y la educación de los hijos. Los padres cristianos deben liberar a sus hijos de este gran pecado educándolos en la caridad y justicia social. Una de las principales preocupaciones de San Juan fue el pecado y entre ellos la soberbia de la riqueza, la inmoralidad del teatro y la vanagloria o arrogancia. Con idéntica insistencia habla de la misericordia diivina.

Tampoco fue un hombre turbulento y austero como han pensado algunos por su lenguaje de orador. Le preocuparon grandemente los lujos y despilfarros, en una sociedad pobre, de la emperatriz Eudoxia y las asambleas tumultuosas de farsantes que se hacían ante su estatua y perturbaban el culto de su iglesia. Los ejemplos de Eudoxia que era cristiana desmoralizaban a la feligresía. No se propasó contra la emperatriz, le preocupaban los escándalos alrededor de su estatua. La conducta de Eudoxia y del patriarca Teófilo fraguando el exilio de Juan para agradar a la princesa fueron totalmente injustos. Juan fue siempre fiel con valentía al Evangelio de Jesús. Escojo algunos de los pensamientos crisostomianos sobre las virtudes morales más urgentes en sus sermones:

El pecado y sus consecuencias

Nada menos digno de consideración que el pecado, nada tan soso, tonto y violento. Todo lo destruye, lo confunde y lo pierde. Me parece a mí que si un pintor quisiera retratarlo lo podía hacer pintando a una mujer en forma de animal, bárbara, aspirando fuego, triste y negra como describieron los antiguos poetas a las Escilas.

Quitemos la fuente de los males y se secarán inmediatamente los arroyos de las enfermedades. No sólo la parálisis es un mal sino también el pecado el mayor de los males, pues el alma es mejor que el cuerpo.

¿Por qué lloras cuando se te muere un infante?...asciende brillante como el sol, su alma reluce espléndidamente...deja el cuerpo pero va con los ángeles... ¿Por qué lloras? Si lo hicieras sólo por los pecadores no te lo prohibiría...la muerte de los pecadores es muy mala... habría que decir de ellos: Sería mejor que no hubieran nacido.

Cuando se concibe el pecado todavía tienen los pecadores cierto pudor, pero cuando lo ejecutan los pecadores pierden todo pudor.

Portémonos así con los pecadores. Si alguno quiere hacerse cristiano mostremos humanidad hacia el hermano pecador para que se dé cuenta de que hemos sido caritativos y humanos con él... Usemos de la misericordia... Si ves que el caballo va a caer en el precipicio usas el freno con fuerza hasta lograr que se salve... Obra así con el pecador hasta que vuelva a Dios.

El pecador nunca debe desesperar. Si ha sido malhechor, avaro, blasfemo o perseguidor y arrogante como Pablo puede convertirse de repente y subir a lo más alto de la virtud... Nadie tendrá tanto odio y furor contra la Iglesia como él.

¿Por qué cooperas y alabas el pecado? El que alaba el pecado es más culpable que el que peca.

El pecado es un gran demonio... una lepra del cuerpo... el pecado es como la parálisis, pero algo más grave todavía.

Todo mal podemos vencer, el sueño, la negligencia, los pensamientos más viles y abyectos...Fácil es vencer el pecado si queremos.

El que vive pegado al pecado en nada se diferencia de los ebrios y ladrones, ni conoce la naturaleza de las cosas, lleno siempre de miedo y sobresalto.

Me dirás: ¿Pero todas las enfermedades provienen del pecado? No todas, pero muchas. Algunas nacen de la vejez, de la gula, la bebida...

Jesús quiso hacerles ver que eran esclavos del pecado, que es una servidumbre gravísima de la cual sólo puede librarnos Dios, pues sólo Dios tiene poder de perdonar el pecado.

Nada más torpe que el pecado. Es peor andar desnudo que lleno de pecados y crímenes de todas clases.

El Señor ni hablaba sólo a los buenos ni huía de los malos sino que recibió con gran benevolencia a la cananea, a la samaritana impura y a una meretriz, despreciada por los judíos la recibió y curó, además de aceptar a una mujer impura regando sus pies con lágrimas para enseñarnos a todos a recibir a los pecadores. Esto es señal de la más grande humanidad.

El pecado es como una plaga. Pecó uno y se desató la muerte en todo el pueblo; luego la plaga del pecado se extiende a todos como un castigo.

Cuantos van al teatro y ven y oyen toda clase de maldades y torpezas ¿Cómo pueden superar la mala concupiscencia? ¿Cómo podrán ser absueltos del crimen de adulterio? Y si no están libres del crimen de adulterio ¿Cómo podrán sin hacer penitencia acercarse a los vestíbulos sagrados y participar en las asambleas? Por eso os ruego que antes os purguéis de vuestros pecados por medio de la confesión y de la penitencia para que podáis oír la palabra divina.

Imitemos en esto la benevolencia de Dios que perdona siempre el pecado y castiga con severidad los pecados de unos contra otros. Hagamos nosotros lo mismo: Perdonemos el pecado del prójimo y castigemos cuidadosamente los pecados contra Dios.

Piensa en la miseria del pecado y en la benignidad y misericordia de Dios. La confesión de los pecados arrastra la abolición de los delitos.

Gastemos el dinero superfluo en los pobres, demos limosna mientras podamos, entreguemos dinero a los necesitados la limosna extingue el pecado.

El pecador puede obrar el bien si quiere. Si hubieran querido los trabajadores del arca tuvieron tiempo de arrepentirse; pero la advertencia no les resultó de ninguna utilidad, no porque no pudieron sino porque no quisieron..

Os ruego con el apóstol San Pablo que “no entreguéis vuestros cuerpos a la concupiscencia” para que podáis vivir y daros con mayor alegría a las cosas espirituales. Decid esto a todos los hermanos para que no se priven de este alimento y vengan con alegría a recibir la doctrina espiritual; de este modo resistirán mejor las insidias del enemigo.

La virtud y los vicios no se asientan en la naturaleza sino en la voluntad de cada uno. Abrahán y Najor eran hermanos por la naturaleza, pero no en la voluntad.

El vicio produce un deleite momentáneo y un dolor perpetuo, la virtud por el contrario supone un trabajo pasajero y su fruto es alegría perpetua.

Parece una locura decirlo, pero nada hay que hiera al hombre más que el pecado. Quitado el pecado todas las cosas son fáciles, cómodas y tranquilas. Del mismo modo cuando existe todo son lobos marinos, tempestades y naufragios.

Parece nuevo decir que no temamos ninguna cosa grave o molesta de la vida. ¿Qué es lo que debo temer? Una cosa sola: Que no me rodee la iniquidad en los caminos de mi vida. Esto es el pecado, algo fraudulento y apto para atacarme. Esto es lo que aborrezco, el pecado que me engaña y me circunda.

Buscad la justicia, aborreced el pecado, ofreced justicia, esta es la máxima ofrenda para Dios, este es el sacrificio aceptable, esta le es ofrenda muy grata, no ofrecer ovejas y terneros sino hacer el bien.

El pecado es el mayor mal del hombre... ciega la mente...da mal olor...el pecado y el vicio convierten a los hombres en bestias y serpientes, a la vez que convierte nuestra lengua, que nos diferencia de ellos, se parece a su fiereza.

No seamos negligentes cuando se inicia el pecado. Si Judas hubiera frenado desde el principio su amor al dinero no hubiera terminado cometiendo sacrilegio. Por eso Cristo no sólo prohíbe la fornicación y el adulterio, sino también manda reprimir cualquier pensamiento o deseo para cortar la raíz y superar el vicio.

Los pecadores, después que han satisfecho su pasión libidinosa, en lugar de avergonzarse se alegran y deleitan en su delito. Tal es el pecado que antes de hacerlo esconde su torpeza y esconde su abominación con el deleite del deseo; pero después de cometerlo y satisfecho el deseo nos invade el remordimiento de la conciencia.

Los pecadores obran toda clase de maldad con audacia, con gran soberbia, sin ningún pudor ni rubor. La virtud les produce dolor.

Consideremos las cosas que suceden en ese mundo sin negar nuestra fe en la gehenna. Si Dios ciertamente es justo y no esceptor de personas por qué a unos asesinos les castigan con la muerte y a otros no, por qué unos adúlteros son castigados y otros no, por qué no son castigados los profanadores de sepulcros, los ladrones, avaros, raptos. Si no existiera la gehenna quedarían sin castigo. Hasta los filósofos los ponían en el infierno.

Del mismo modo que el cuerpo tiene sus enfermedades como la fiebre, la hidropesía o algo parecido y el hierro el óxido, la lana la polilla, la madera el gusano, el adúltero y el sicario padecen gravísima enfermedad. Los pecados del alma son su muerte.

Jesucristo procedía como el médico que busca la raíz de las enfermedades, primero reprime la fuente de los males, la raíz y madre de todos ellos que es la naturaleza del pecado. Esta es la que produce la parálisis en nuestros cuerpos y nos inunda de enfermedades. Por eso comienza diciéndole al paralítico: "Perdonados te son tus pecados".

El alimento más propio y conveniente de la muerte es la naturaleza del pecado. Aquí nace, aquí se fortalece, aquí se nutre.

Piensa cómo será el juicio de Dios sobre el pecado. Recuerda tus pecados, pero aunque te olvides de tus delitos Dios nunca se olvidará y te los pondrá siempre ante tus ojos si no los has extinguido ya por la penitencia y la confesión.

Los Vicios

El vicio es lo opuesto a la virtud. Santo Tomás lo definiría: *Un hábito operativo malo*. Este término significa los hábitos inmorales o malos que corrompen a los individuos y a la sociedad. Los vicios son más vistosos que la virtud y terminan corrompiendo a los pueblos, especialmente cuando son propios de sus reyes.

Este es el pensamiento de nuestro Santo. Luchó vehementemente contra los vicios paganos de su tiempo, especialmente los sexuales y la ambición de los ricos y poderosos, las relaciones extramatrimoniales, homosexualidad, incesto y prostitución en los templos paganos. La sociedad actual que pregona su modernidad ha regresado a los tiempos del más antiguo paganismo con el aborto, divorcio, drogadicción, alcoholismo, adicción al tabaco, drogas, juegos de azar, fraude. El robo público y privado y las diversiones invitan a la corrupción de los ciudadanos. De este modo el progreso científico y técnico nos ha hecho volver a los tiempos más antiguos. Dos sabias advertencias de San Juan:

El vicio sólo lleva este nombre significando deseo, en sí mismo está vacío y antes que disfrutes de él es una locura. Cuando crees que estás disfrutando de él se extingue. Sólo existe porque existe la virtud.

Ningún vicio del alma es insanable. Los hay en el cuerpo y en el alma. Enseguida nos preocupamos de curar los del cuerpo, pero los del alma los abandonamos.

El adúltero queda castigado por el mismo adulterio, el sicario antes de que el tribunal de pronuncie también. Perece con el mismo crimen de la muerte.

Al modo como la enfermedad, la fiebre o la hidropesía se apoderan del cuerpo, el óxido del hierro, la polilla de la ropa y el gusano de la madera así es el vicio en el alma.

El que obra mal está invadido por el temor, el que expulsa la ira queda libre de todos sus males... Ya ves que la virtud es fácil y el vicio difícil. La virtud es tranquila, el vicio lleno de tumulto... La injusticia es algo ajeno a la naturaleza.

La costumbre del vicio produce gran ceguera en el alma y torpeza de la mente a la vez que destroza los ojos perspicaces de la inteligencia.

De la misma manera que la mácula en los ojos entenebrece todo lo que contemplas igualmente ciega la mente y el pensamiento el vicio cuando se asienta en el pecador.

El vicio es un castigo... hace sufrir... produce mal olor... Nada te hace más libre que la virtud, nada más esclavo que el vicio.

Los vicios contra la naturaleza son peores que el homicidio.

Los que viven en el vicio dicen que son felices y se deleitan en lo que hacen. De este modo el vicio trastorna sus gustos cuando se alaban de ello mientras vituperan y desprecian a los demás.

¿Estás herido por el vicio? No es grave caer en los profundo del mal sino permanecer en él... ¿Caíste lleno de heridas? Ninguna herida del alma es insanable. En el cuerpo padecemos muchos males, de éstos en el alma ninguno.

La vanagloria

La vanidad brota de la necesidad de alimentar el egoísmo. Los hombres se imaginan tener lo que no tienen o se atribuyen cualidades que no poseen. La “Imitación de Cristo” dice que es *desear riquezas, honras y alabanzas y desear los apetitos de la carne o aquello que no puedes alcanzar*. Con frecuencia se confunde con el orgullo y la ambición, que llega a la soberbia de la ciencia, del poder o del dinero.

Recogemos algunas sentencias de San Juan Crisóstomo sobre la vanagloria por la importancia que tiene este pecado en su pensamiento. En él no significa solamente jactancia o vanidad; su sentido más peyorativo es de arrogancia, orgullo, soberbia o presunción egoísta. No hay cosa peor para él que presumir de poder, de ingenio, de riqueza, etc. La presunción era una tremenda injusticia en aquella sociedad en gran parte todavía pagana y rodeada de miseria moral y pobreza:

Es posible la embriaguez sin vino... la embriaguez sin vino es múltiple... Produce embriaguez la ira, la vanagloria y el orgullo insensato... La vanagloria y la necia soberbia son más graves a veces que la misma embriaguez.

La arrogancia o fatuidad y vanagloria es una bestia feroz, un demonio, la peste de toda la tierra, víbora venenosa... dilacera a sus mismos progenitores y no existe medicamento para curar esta enfermedad.

La vanagloria es la causa de todos los males... ¿Cómo podemos luchar contra ella? Oponiendo gloria a gloria, despreciando las riquezas terrenas y apeteciendo las celestiales, que son mucho mejores, despreciando esta vida y suspirando por otra mejor, esperando la que es verdadera gloria... Grave es ciertamente para los tiranos y puede cegar hasta los ojos De los sabios.

La vanagloria produce tremendo deterioro a la virtud, te obliga al trabajo y te priva del fruto del trabajo. El que la busca bien si ayuna, si reza, si da limosnas pierde el fruto de su trabajo.

Nuestro amor a Cristo está enfermo porque consumimos nuestras vidas en los vicios, dándonos al robo, a la avaricia y a la vanagloria, que es lo más vil.

Muchos caen en la grave enfermedad de la vanagloria sin obtener ningún lucro... es enfermedad grave y contagiosa unos aman el principado, otros el dinero, otros el poder...

Nosotros, hijos míos, consideramos que la presente vida humana no vale absolutamente nada...

Aunque alguien haya hecho innumerables y buenas obras, aunque sea ejemplo perfecto de toda virtud si se cree por ello más grande que los demás será el más miserable de todos.

Mas, ¡oh lágrimas amargas! Todo esto lo ha devorado la tiranía de la vanagloria, fuego voraz que todo lo arrasa y nadie se ha levantado por encima de esta calamidad. Todos estamos contemplando el fuego, pero nadie es capaz de apagarlo... Lo grave es que el fuego ha atacado a las columnas que debieran sostenerlo todo. Los que están puestos por Dios para curar a los demás necesitan también de medicina.

No hay otra esperanza de salvación que la oración y la penitencia a ejemplo de los ninivitas. Roguemos a Dios nos libre de esta fiera feroz y espantosa.

Ahora bien, como sea cierto que desde el principio no cantáis a vuestros hijos otra cantinela que ésta, no otra cosa les enseñáis con ello, sino lo que ha de ser causa de todos sus males, pues les infundís los dos más tiránicos amores: el amor al dinero, digo, y el otro, más inicuo todavía, a la gloria vacía y vana.

Porque es el caso que quienes logren escapar a la locura de los intemperantes y son muy pocos, aún tendrán que habérselas con aquellos otros tiránicos amores, que todo lo corrompen: el amor al dinero y la ambición de gloria y aun la mayoría de la gente se dejan llevar de esos dos vicios y con el mayor exceso y desenfreno de la disolución.

Algunos no atienden a mandato alguno del Señor...y no dan en absoluto limosna a nadie, otros dan algo de lo suyo a los necesitados, pero lo hacen por vanagloria, no consiguiendo ni más ni menos que los que no dan absolutamente a nadie.

Aquel terrible escollo de la vanagloria es más difícil de sortear que el de las Sirenas que fantasearon los poetas, pues éste fueron muchos los navegantes que lo pasaron sanos y salvos; pero el escollo de la vanagloria es para mí tan difícil que ni aun ahora que, ninguna necesidad me empuja hacia ese abismo, logro mantenerme puro de ese vicio.

¿Habéis rogado a Dios por nosotros y por todo el cuerpo de la Iglesia, pidiéndole que apague el fuego que ha levantado la vanagloria? ¡Esa vanagloria que daña a todo el cuerpo, que lo divide no obstante su unidad en mil pedazos y escinde la caridad! Como una fiera que se arrojava sobre un cuerpo noble y tierno e incapaz de defenderse, así ha clavado la vanagloria sus dientes execrables y ha inoculado su veneno y lo ha llenado todo de su hedor.

La vanagloria viene a ser como los frutos de Sodoma. Estos frutos presentan una apariencia brillante y por su aspecto hacen pensar a quienes los ven que son frutos sanos. Pero si se toma en la mano una granada o una pera cede inmediatamente a la presión de los dedos y, rota la corteza superficial, se hunden éstos en el polvo y ceniza de dentro. Algo así es también la vanagloria. La vanagloria nos sumerge el alma dentro del polvo.

Mi palabra se dirige ahora apremiantemente a los que entre vosotros sois creyentes y os negáis a alargarle a Cristo, pobre y necesitado el necesario sustento, ni lo más insignificante. Y lo que los hombres vanos, por decir algo, regalan a las mujeres perdidas, a los comediantes y bailarines, vosotros no se lo dais a Cristo por el reino eterno.

La única indecencia es poseer muchas cosas y ésa sí que es realmente gran indecencia. Porque entonces se tiene fama de crueldad, molicie, necedad, soberbia, vanagloria y ferocidad. No consiste el decoro en llevar hermosos vestidos, sino en revestirse de buenas acciones.

Apenas nace el niño el padre busca todos los medios imaginables, no para educarlo, sino para adornarlo y vestirlo ropas de oro... ¿A qué fin le pones un adorno en torno al cuello? Lo que el niño necesita es un ayo escrupuloso que lo eduque, pero no adornos de oro. Además le dejas el cabello por detrás con lo que ya desde el principio afeminas al niño con figura de niña.... Infundiéndole desde que nace el amor a las riquezas... Muchos les cuelgan pendientes de oro en las orejas. ¡Ojalá no los emplearan ni las niñas mismas! Y vosotros introducís esa peste entre varones!

¿Cuál es el alimento de estas fieras? De la vanagloria, los honores y alabanzas; de la soberbia, la autoridad y grandeza del poder; de la envidia, la gloria de nuestro prójimo; de la avaricia, las liberalidades de los que dan; de la intemperancia, la molicie y el trato continuo con mujeres. Este escuadrón hace pedazos el alma...hará falta Dios y ayuda para que se someta; pero, en fin, se someterán con la gracia de Dios.

Hay quienes dicen que la razón de mandar el Señor al leproso que no dijera nada a nadie fue para que los sacerdotes no mostraran su mala voluntad en la certificación de la curación de la lepra... No, la razón de decirle que no dijera nada a nadie fue para enseñarnos a no buscar la ostentación y la vanagloria. Realmente bien sabía el Señor que el leproso pregonaría a grandes gritos a su bienhechor; sin embargo, él hizo lo que a él le tocaba.

Quiere ahora el Señor desterrar de nosotros la más tiránica de las pasiones: aquella rabia y furor de la vanagloria que suele precisamente atacar a los que obran bien... Advertid por dónde empieza el Señor: por el ayuno, la oración y la limosna, pues en estas obras señaladamente es donde suele anidar la vanagloria. Así el fariseo que “ayunaba dos veces por semana y pagaba sus diezmos” buscaba la vanagloria, pues lo hacía por ostentación.

Hazte, pues, semejante al Señor que cuando curaba no quería que se lo dijeran a nadie. No busques la ostentación en la limosna... ¡Oh desgracia nueva!, Oh loca pasión ésta! Donde la polilla no destruye ni el ladrón perfora la vanagloria desparrama y tira. Esta es la polilla de los tesoros del cielo, el ladrón de estas riquezas.

Si os aplicáis a no dejaros llevar de la vanagloria delante de vuestra mujer ni de vuestros hijos y criados fácilmente lograréis que esta pasión no os domine ya delante de nadie. Realmente este vicio es siempre grave y tiránico, pero nunca tanto como cuando está delante una mujer. Si ahí logramos enervarle los bríos fácilmente la venceremos en las demás ocasiones.

Huyamos de esta enfermedad con toda diligencia y cuidado. La vanagloria es maldad que puede aparecer en todas nuestras obras. Si te fijas en la alabanza procura que sea la alabanza de Dios, la alabanza de los hombres como aparece desaparece y si no desaparece ningún provecho sacamos de ella.

Huyamos de la vanagloria que es el más fuerte de todos los vicios: de él nace la avaricia y el amor al dinero, de él las riñas, de él las guerras, los odios. Nada ama el que ama la vanagloria... Si queremos gloria humana busquemos la de Dios.

Además de que nada bueno proviene de la vanagloria el que se somete a ella necesariamente tiene que sufrir molestias y males en los que manda esta señora. Es dueña de aquellos que la admiten y cuantas más blandenguerías le muestran sus esclavos más se engríe contra ellos y les fuerza a seguir sus mandatos. Es más inmisericorde que cualquier tirano.

VIII

La vida eterna

Dios es el fin y la vida definitiva de la humanidad. No podía faltar la escatología en el San Juan Crisóstomo, predicador, que comenzó a vivir su vocación cristiana de ermitaño y profesó siempre una gran devoción a esta forma de vida. Le preocuparon mucho los acontecimientos últimos de la historia de la humanidad y de cada uno de los individuos. Como los profetas del AT se pone en los últimos tiempos, está esperando el Día de Yavéh, tiene conciencia de que el mensaje de Jesús es escatológico y considera los últimos tiempos llegados con su persona y misión.

El Crisóstomo contempla siempre la existencia humana delante de Dios, confrontada con él en el juicio y la salvación. Por eso habla con frecuencia de acontecimientos de los que esperamos su cumplimiento. La era de la caída no ha terminado, la muerte no ha sido totalmente vencida, Jesús tiene que venir por segunda vez, estamos pendientes del juicio de Dios y de la resurrección definitiva, a la vez que seguimos esperando los cielos nuevos y la tierra nueva. La última etapa de la historia ha comenzado, pero los acontecimientos principales están por venir.

Los novísimos o postrimerías del hombre pertenecen a la historia de salvación, que no se ha desarrollado todavía plenamente. Después de Cristo el destino más importante de esta historia es el destino final de toda la humanidad, precedido de la muerte, el juicio de Dios, la purificación total de las almas si es necesario y la resurrección a la gloria o a la condenación. A todo esto se refiere San Juan Crisóstomo cuando pide a los fieles que oren por los difuntos y ofrezcan por ellos el santo sacrificio de la eucaristía. Su escatología más categórica es la defensa de la posibilidad de condenación o salvación eterna.

La muerte

La muerte es lo contrario a la vida. La muerte física es la separación del alma y del cuerpo; la muerte espiritual es la separación de Dios mientras vivimos en el mundo o la posibilidad de la condenación eterna. La muerte comenzó con la caída de Adán, pero su hijo Abel murió antes que él. Entre todas las criaturas vivas de Dios sólo el hombre puede morir espiritualmente. Aunque la muerte fue inicialmente un castigo por el pecado por el bautismo pierde su aspecto de castigo y se convierte en un medio para entrar en la presencia de Dios.

Todos tenemos miedo a la muerte que nos introduce en la eternidad, a todos nos iguala. La muerte honrosa y en paz depende de la vida. Cervantes nos lo advirtió así: *Quien vive bien muere bien, quien vive mal muere mal*. La muerte espiritual persiste hasta que se pierde la oportunidad de arrepentirse y pedir perdón ante morir físicamente; después se convierte en “muerte eterna”. En torno a estas ideas se mueve el pensamiento de San Juan Crisóstomo:

Una ciudad de noche es la imagen de la muerte y de la consumación. Si miras a la ciudad no oirás ninguna voz, si contemplas las casas parece que están todos en el sepulcro. Todo esto excita nuestra alma y nos obliga a pensar en la consumación.

Las limosnas ayudan a los difuntos... Las lágrimas de las viudas pueden librar de la muerte presente y de la futura. Muchos han sido ayudados por las limosnas hechas por ellos y si no han sido librados del todo por lo menos encontraron algún consuelo.

Ciertamente en estas ocasiones morir es mejor que vivir. La muerte nos libera de tormentas y peligros, la vida está rodeada de todo esto.

Todos habitamos esta tierra y somos en ella peregrinos. En un poco de tiempo pasamos a otra vida. No todos quieren saber esto, sino que se aferran a los bienes presentes como si fueran permanentes y firmes. Sólo los que tienen fe conocen bien la brevedad de la vida.

La vida eterna con Dios es la verdadera vida sin muerte, en la que se poseen los verdaderos bienes sin nada de tristeza sin ninguna preocupación, solicitud o trabajo. Todo es tranquilidad, deleite, todo verdadero y sincero, sólido y estable...Esta es la vida que debemos desear y con todas nuestras fuerzas buscar.

Tengamos siempre presente con gran diligencia la vida futura. No hemos nacido en este mundo para comer y beber, pues la vida no es para comer y beber sino que comemos y bebemos para vivir.

Las promesas de Dios preparan nuestra fe futura. No digas que estas cosas son inciertas y oscuras porque no se ven. Las cosas futuras son más ciertas que las que se ven con tal de que tengamos ojos de fe.

Abel honraba a Dios y fue asesinado. ¿Dios lo permitió amándolo u odiándolo? Ciertamente lo permitió por amor para que tuviera una más brillante corona con una muerte tan injusta. No tengas, pues, miedo a una muerte violenta o injusta, sino a la muerte en pecado. Abel murió injustamente, Caín vivió llorando y sufriendo, dime ¿Cuál de los dos fue más feliz el que murió injustamente o el que vivió en pecado?

Porque si en cosas mundanas los siervos que por causa de sus señores son encarcelados, golpeados o desgarrados alcanzan de ellos benevolencia y libertad, ¿Cuánto mayor honor y benevolencia no merecen en la Iglesia los que son atormentados por Cristo?... De ellos dice el salmo 115,15: "La muerte de sus santos es preciosa delante del Señor".

A la verdad, ¿Por dónde puede dañársele a un monje? Dinero para amenazarle con una multa no tiene; patria para mandarle al destierro tampoco la conoce; gloria para sufrir un deshonor tampoco la ambiciona. No queda sino la muerte; pero aquí es donde menos se le puede dañar, antes se le haría el más grande beneficio. La muerte le envía a la otra vida que es la que él desea y a la que dirige todas sus acciones y afanes. La muerte es para el monje liberación, no castigo, sino término y descanso de sus sudores.

La muerte del cuerpo es necesidad ineludible de la naturaleza, mas la del alma es evitable. La muerte del cuerpo ha de quedar muy pronto reparada al venir la resurrección de la carne; mas la perdición del alma no admite consuelo, pues no le espera ya salvación alguna... Nada tenemos comparable con perder y corromper un alma.

El que es de la verdad muere con confianza sin haber dado pena a nadie, si no es a los demonios y a quienes son vecinos de éstos... El que vive en la mentira...es tímido como una

liebre, temerario como un cerdo, falaz como un camaleón, engañoso como una perdiz, feroz como un lobo, indomesticable como un ratón... Si le hiere la muerte no deja piedra por mover para prolongar un poco más su vida.

Aquí por más que eches la llave y pongas puertas y cerrojos y des tus órdenes a miles de criados y ganes por la mano a tantos granujas y logres esquivar las miradas de los envidiosos; aun cuando pudieras detener la acción destructora de la polilla y del tiempo, lo que es imposible, jamás escaparás a la muerte y en un abrir y cerrar de ojos se te arrebatará todo lo que tienes.

Despreciemos, pues, la muerte, aunque no estemos ahora en momentos en que se nos exija morir, puesto que hemos de resucitar a mejor vida. ¿Me objetáis que nuestro cuerpo se corrompe? Pues justamente es motivo de alegría que se corrompa la muerte.... Si vierais fundir una estatua no lo tendríais por una pérdida, sino por mejor empleo de la materia, Pensad, pues, lo mismo acerca del cuerpo y no lloréis.

Exactamente como lo hizo en el caso de Lázaro al decir. "Lázaro, nuestro amigo, está dormido". Por ese mismo símil nos enseña a no temer a la muerte, pues deja ya de ser muerte y se convierte en adelante en sueño. Y es que, como él mismo había de morir va de antemano preparando a sus discípulos a que tengan buen ánimo y sepan llevar pacientemente el acabamiento de la vida.

Al llorar al otro ser querido porque no vive no pienses que no ha de volver más a tu casa; piensa que muy pronto irás tú donde él está. No pienses que no volverá ya a ver lo de acá, sino que tampoco esto que acá se ve ha de permanecer en su ser y que todo se ha de transformar. Porque el cielo, la tierra y todo el universo, todo se ha de cambiar y entonces todo esto pertenecerá a tu hijo con mayor gloria.

El tiempo de la buena o mala conducta es la vida presente; después de la muerte ya no queda sino el juicio y el premio o el castigo.

La muerte es con frecuencia más leve que muchas enfermedades... En ruina, en las enfermedades, desprecios, calumnias, en cualquiera de los males que suframos digamos: "Dios me lo dio, Dios me lo quitó, bendito sea su santo nombre". Así no padeceremos tanto...la muerte del justo es como un sueño.

Muchos que oyeron muchas veces la doctrina tradicional sobre la muerte y nada se habían lucrado de ella su espectáculo les hace reflexionar de repente qué vil y caduca es la naturaleza humana, cuán inestable e imbécil sea el poder, qué suerte les esperan cuando se fijan en las calamidades de los demás.

San Pablo no habla de los muertos sino de los que se durmieron. El justo cuando se muere no está muerto sino dormido, duerme ciertamente y ha pasado a mejor vida. El que es llevado a la vida inmortal termina vivo su vida, aunque esté muerto. Estos ascienden al cielo y viven con Cristo.

Son terribles las cosas que hizo Cristo: La muerte ha sido borrada, los infiernos han quedado destruidos, el paraíso y los cielos abiertos, la boca de los demonios ha sido cerrada, abiertos los infiernos y el cielo está en nuestras manos desde que Dios se ha hecho hombre y se sienta en un solio regio y tiene abierta la ventana de la resurrección.

¿Qué ha hecho por nosotros Dios por medio de Cristo si todavía tenemos miedo a la muerte? ¿Cómo nos gloriamos de haber renacido del agua y del Espíritu si el salir de este mundo nos entristece? Si un rey invita a alguien a su palacio a su mesa irá corriendo agradecido. Cuánto más debemos ir de prisa hacia el rey que no sólo nos convida sino que nos hace reyes con él. No digo esto para que os quitéis la vida contra la voluntad de Dios creador. La fe cristiana consiste en esperar la verdadera vida después de la muerte.

La muerte debe ser más deseada que llorada...excluyamos los signos de miedo a la muerte como lamentaciones y vestidos negros... no es necesario llorar a los muertos desde que Cristo nos ha dicho: "Yo soy la resurrección y la vida"... Sabes lo que es gloriarse en las cosas buenas de la tierra, pues aprende a gloriarte más en las cosas del cielo que son las que permanecen... Si me preguntas con qué cuerpo resucitarán los muertos te contesto con San Pablo: Del grano muerto surge uno nuevo.

Dios no nos puso en esta vida y nos dio el alma para que disfrutemos de ella sino para que negociemos la futura... está llena de luto y de llanto... todos esperamos otra mucho mejor y para ella hemos sido creados.

Meditando la muerte de Cristo todo nos parecerá fácil y leve. No tengamos, pues miedo a la muerte. Es natural el amor a la vida, pero está en nuestras manos el disminuir este deseo o aumentarlo.

Como los que van de camino de noche siempre tienen miedo aunque nadie se lo produzca así los que viven en pecado están con la ansiedad de su conciencia siempre inquietos. Huyamos de esta vida tan molesta pues de esta angustia sigue una muerte inmortal, cuyo suplicio no tiene fin.

Hay varias clases de muerte. La muerte del cuerpo, la del alma, la muerte al pecado por la mortificación y la muerte al pecado por la que morimos en el bautismo. Sólo temamos a la muerte de la que nos dijo Jesucristo: "Temed al que puede enviar vuestro cuerpo y vuestra alma a la gehenna".

Debemos vivir como muertos espiritualmente en este mundo. Esto nada nos perjudica, más bien ayuda porque es causa de la vida. Demostramos la verdadera sabiduría haciéndonos tontos para este mundo. Se hace tonto para ese mundo el que desprecia la sabiduría externa persuadido de que de nada le sirve para vivir su fe.

Somos gratos a Dios no simplemente muriendo sino muriendo con santidad de vida. Esto hace hermosa toda nuestra historia.

El Juicio

Hay un juicio particular personal que acontece en el encuentro del hombre con Dios después de la muerte. Tu propia conciencia te dirá si eres digno de Dios o indigno de él. San Juan se refiere siempre al juicio universal en el que será confirmada la sentencia del primero. En algunas sentencias parece referirse al juicio particular también. Nos quejamos mucho de los tribunales humanos cuando no creemos que sus sentencias están de acuerdo con la justicia y debiéramos pensar más en el único juicio en el que Dios nos va a impartir la más exacta justicia.

Habrá otro juicio universal a toda la humanidad reunida al fin del mundo en el cual Cristo resucitado separará a los que le demostraron su amor y a los que se lo negaron confirmando su destino. El juicio final se determina irrevocablemente en la muerte. San Juan Crisóstomo lo trae al pensamiento de sus fieles para que se comporten sabiamente y eviten el pecado:

Nuestras cosas no están circunscritas a los límites de esta vida sino que esperamos otra más excepcional después de presentarnos a tremendo juicio. Pensemos siempre en este tribunal para podernos entregar al ejercicio de la virtud. Los que no piensan esto caen en el precipicio como un caballo desbocado.

Estaremos todos ante el tribunal de Cristo y seremos examinados minuciosamente. Considera todas las desgracias que existen en este mundo y verás que los que aquí son felices necesitan ser juzgados.

No desesperes de la resurrección ni del futuro juicio como si Dios hubiera ya castigado todo aquí. Castiga y no castiga. Si no castiga te induce a creer.

Cada uno entrando en su conciencia y pensando en sus pecados tendrá que dar razón de ellos para no ser condenado con el mundo. Será un juicio horrendo de un tribunal tremendo.

Y si alguno os preguntare: ¿Quién ha venido del otro mundo para contarnos lo que hay allá?, vosotros le responderéis: Hombre no ha venido ninguno, pues tampoco se le hubiera creído. Todo el mundo pensaría que exageraba y aumentaba la cosa. Quien ha venido a contárnoslo con absoluta precisión ha sido el Señor mismo de los ángeles.

Será aquél un terrible tribunal para los pecadores y reos, pues a los conscientes de sus buenas obras los pone a su derecha dándoles el nombre de ovejas. Unos y otros son hombres, ¿Por qué a unos ovejas y a otros cabras? No porque sean de diferente naturaleza sino de diferente voluntad.

Ante este juez tenemos forzosamente que presentarnos todos una vez salidos de este mundo; necesariamente hemos de ver aquel día en que todo quedará patente y desnudo, no sólo nuestras obras y palabras, sino nuestros mismos pensamientos.

Juntamente con el juez aparecerán sus ejércitos con el signo que brillará delante, se pondrá un trono, se abrirán los libros, brillará la gloria inaccesible, se oirá la voz terrible y espantosa del juez que envía a unos al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles y cierra a otros las puertas después de todo el trabajo de la virginidad.

El Señor aludió en sus palabras al tribunal aquel terrible, a la cuenta inexorable, a la sentencia incorruptible y al juicio sin apelación. Pero ni aun así quiso que sus palabras presentaran un aspecto totalmente triste, sino que mezcló con ellas las buenas esperanzas. Porque no dijo que el Hijo del hombre castigaría a los pecadores, sino que “daría a cada uno según sus obras”. Ahora bien, con estas palabras no sólo se recuerda el castigo de los pecadores, sino también los premios y coronas de los que ha obrado rectamente.

El último juicio está llamando a las puertas. Y si está aún lejos no por ello puede nadie estar confiado. El fin de la vida de cada uno equivale al fin del mundo para quien es llamado a dar cuenta a Dios.

Así como vemos que de nuestras cárceles salen los reos cargados de cadenas para presentarse ante el tribunal, así las almas todas en el momento de salir de este mundo atadas por las cuerdas de sus pecados son presentadas ante el tribunal de Dios.

En nuestras manos está el principio y de nosotros depende nuestro propio juicio. Para que nadie por estúpido que sea pueda reprocharle nada ni pequeño ni grande, al ser juzgado tú, que eres el reo, te hace dueño de la sentencia: “Si tú perdonas a tu compañero, la misma gracia obtendrás tú de mí”.

Porque si antes del plazo señalado logramos a fuerza de súplicas que nos perdone el Señor nuestros pecados, no tendremos necesidad ni de presentarnos ante el tribunal. Si no es así tendremos que comparecer ante toda la tierra sin que se nos conceda ya esperanza ninguna de perdón.

Todos los hombres son iguales aunque nos parezca que unos son superiores a otros. Los cetros de los reyes no los hacen más que los demás sino que te obligan a que respeten el derecho de todos y administres la justicia. La gloria, las riquezas y el esplendor mundano de nada nos van a servir el día del terrible juicio. Sí nos aprovechará la observancia de los mandamientos divinos.

Pongamos en la mente nuestra salvación mientras tenemos tiempo. Nada hay estable aquí, todo es breve y pasajero, recordemos el juicio de Dios.

Otros confiesan al Señor y se olvidan del juicio y de sus penas, con una breve alegría se procuran un gran suplicio y mientras piensan en pasarlo bien olvidándose de la gehenna, por esta seguridad y falta de miedo se ganan el bártro imprudentemente.

Dios nos dice que juzgará las cosas presentes y futuras. El juicio general está reservado allí, el particular aquí. Muchas cosas hace aquí Dios para que no piensen los insensatos que suceden aquí al margen de la providencia.

¿Qué dirás ante aquel tribunal terrible y juicio eterno cuando la naturaleza haya terminado, hayan cesado las cosas humanas y ni el padre ni la madre ni el vecino, ni el rey ni ningún compañero o huésped te puedan ayudar? Te encontrarás solo con tus obras por las que serás coronado o condenado.

Hay un juicio futuro y otro presente. Aquel será universal y manifiesto, aquí se asumirán ya algunas penas para excitar a los buenos y los más infieles sean atraídos a preocuparse de la providencia que se cuida de todo el mundo.

El juicio universal se presentará con tinieblas, rechinar de dientes, gusano que no muere, fuego, dolores, angustia... aquel día los que estén vivos no morirán...Cristo llamará a todos los habitantes de la tierra y se sentará en el valle de Josafat anunciado por los profetas para juzgar a todas las gentes...

¿Por qué Jesucristo habla frecuentemente del juicio y de la resurrección? Porque son las cosas que más pueden cambiar la voluntad del más obstinado. El que cree que va a ser juzgado y castigado y en la resurrección recurrirá sin duda a tener un juez propicio.

¿Me dices que no crees en el juicio y en la resurrección? No creas a los que así te hablan. A Jesucristo le llama San Pablo el primogénito de los muertos. ¿Cómo puede ser el primogénito si nadie le sigue? Sin no hay resurrección ¿Cómo se salvará la justicia de Dios con tantos malos que prosperan en la maldad y justos que sufren?...

El tribunal el siglo futuro será horrible. Abre la puerta de tu conciencia y ve con tus ojos al juez sentado en el tribunal... No castigará aquí el Señor para demostrar su longanimidad enseñándonos el camino de la penitencia para llegar a la salvación. Si no, ¿Cómo se salvó Pablo y cómo Pedro príncipe y maestro de todo el orbe?

Cuando todas las cosas humanas cesen, cuando ni el padre ni la madre ni el vecino ni el rey ni nadie te pueda ayudar en aquel juicio terrible e incorrupto estará el hombre solo con sus obras y según ellas será condenado o coronado.

Cuando venga a juzgar la tierra desde donde sale el sol hasta el ocaso, cuando se siente en el valle de Josafat a juzgar a todas las gentes entonces se cumplirán todas las profecías.

El Infierno

Este término se refiere a la situación de los hombres que mueren alejados de Dios. Los hebreos hablaban del seol donde vivían los justos y de la gehenna el lugar de los malos. Este lugar, cercano a Jerusalén, era considerado ignominioso porque allí se ofrecieron sacrificios de niños al Dios Moloc y se había convertido en basurero de la ciudad, donde el fuego ardía constantemente. Los griegos llamaban al infierno el Hades. El NT prefiere el término gehenna, así como nuestro Santo que se muestra muchas veces como un padre para que sus hijos no caigan en ese destino.

El que niega la existencia del infierno, el que lo ignora y el que está persuadido de su existencia saben igualmente que es posible no encontrarse con Dios después de la muerte. Nuestra libertad nos atestigua constantemente que somos libres para decir sí o no a la bondad de Dios, que nos quiere salvar. El infierno es la privación de Dios, de la verdad, del amor y de la felicidad. Nada más cierto, por otra parte, que su posibilidad, partiendo de la libertad. San Juan Crisóstomo amonesta con frecuencia a sus fieles de esta posibilidad para que no se equivoquen de ruta en su vida:

¿No existen los castigos para los que obran el mal y premio para los que hacen el bien? ¿Dónde están los que no creen en el infierno? Si los que vivieron antes de Cristo y no sabían nada ni del infierno ni de la resurrección pueden ser castigados, cuánto más nosotros que hemos sido educados en tanta sabiduría y doctrina.

¿Dónde están ahora los que no creen en el infierno? Porque dos cosas sentó aquí Juan el Bautista: que el Señor bautizaría en el Espíritu Santo y que abrasaría con fuego inextinguible a los incrédulos. Ahora bien, si lo uno es digno de fe también absolutamente lo otro. No podemos negar nuestra fe en la gehenna...

Ya sé que muchos sólo temen el fuego del infierno; pero yo no vacilo en afirmar que la pérdida de la gloria eterna es más amarga que el fuego mismo. Ahora bien, que eso no lo podamos expresar con palabras nada tiene de extraño, pues tampoco conocemos la bienaventuranza de los bienes eternos para podernos dar cabal cuenta de la desgracia que es vernos privados de ella.

Cierto, insufrible es el infierno y el castigo que allí se padece..., pero nada me dirás comparable con la pérdida de aquella gloria bienaventurada, con la desgracia de ser aborrecido de Cristo.

Dios conoce mejor que tú mismo tus buenas obras...No quiere él que se pierdan tus trabajos. ¿Qué digo perderse? Él no deja piedra por mover para coronarte aun por las más mínimas acciones y anda buscando ocasiones para librarte del infierno.

Cumplamos puntualmente la voluntad de Dios. Él nos ha creado y traído de la nada al ser para darnos parte en los bienes eternos y regalarnos el reino de los cielos, no para arrojarnos al fuego eterno. Este fuego no se hizo por causa nuestra, sino por causa del diablo; en cambio el reino de los cielos está dispuesto y aparejado de antiguo para nosotros...Sólo en el infierno se pierde la esperanza de la penitencia.

Los profetas hablan del castigo y estipendio del pecado y de los premios de los buenos para que aprendan los oyentes. Los malos padecen estulticia, risas, infamia, deshonor, muerte, tormentos, suplicio perpetuo. Los que practicaron el bien, por el contrario, tienen libertad de alma, seguridad, honor, gloria. Verán a Dios con más claridad que ahora. En los infiernos suplicio y tormentos intolerables.

El salmo 44 dice otras cosas terribles: La muerte ha sido borrada, los infiernos destruidos, el paraíso abierto, cerrada la boca de los demonios...Dios se ha hecho hombre y éste se sienta ahora en solio regio, espera la resurrección y muchas otras cosas prometidas a todos en su venida.

¿Dónde está el infierno?... ¿Por qué te preocupas de esto? Algunos fabuladores han dicho que en el Valle de Josafat... Pero la Escritura no dice esto... Yo pienso que fuera de este universo. Del mismo modo que los reyes ponen lejos las cárceles así la gehenna tiene que estar fuera del mundo... La imagen del infierno es el incendio de Sodoma...

El miedo al infierno nos ayuda a evitar el pecado.

El Cielo o Gloria

La gloria, el cielo, es una forma de vida en la que todo es felicidad y contento. Las lenguas de los más sabios de la tierra no pueden expresar esto sino al modo de nuestros sentimientos. Sin embargo, todas las religiones, todas las culturas, todos los hombres han pensado en él. Hasta los ateos se lo imaginan como un sueño eterno. Sin él la vida humana no tiene meta, no tiene futuro, carece de sentido. Nada, sin embargo, de la tierra tiene semejanza con el cielo.

Los libros santos se refieren a él como la morada eterna de Dios. Más exactamente el cielo es Dios. El cielo está donde Dios está, el cielo es lo que Dios es. La Escritura lo describe como todo lo que es auténtico y bello en el mundo, la fuente de todo lo que es bueno e

inamovible, sujeto a la voluntad de Dios. Con Dios poseeremos la verdad, la belleza, la felicidad, la eternidad. San Juan Crisóstomo lo representa con imágenes de la tierra mientras que lo que interesa es que sus fieles terminen su vida encontrándose con Dios:

El cielo fue hecho para el hombre no el hombre para el cielo.

Allí no hay que temer la pobreza ni la enfermedad, nadie agravia ni es agraviado, nadie ofende ni es ofendido, nadie se irrita ni ofende a nadie, nadie se abrasa con torpes deseos, nadie se afana por adquirir lo necesario, nadie se tortura por el mando y el poder... todo será allí paz, alegría y júbilo, todo serenidad y calma, todo día, esplendor y luz, una luz que no se apaga nunca... allí no hay vejez ni males de la vejez... Y lo que vale más que todo eso, gozar continuamente de la presencia y comunicación con Cristo y con Dios, con los ángeles y contemplando la creación entera trasformada...

Esforcémonos si queremos alcanzar el reino de los cielos en hacer algo más de lo que fue mandado a los antiguos. Porque no hay otro modo de lograr los bienes celestes. Porque si no llegamos más que a la medida de los antiguos (los hombres antes de Cristo) no pasaremos de los umbrales del cielo.

Los sufrimientos aquí nos ayudan a dar gracias a Dios. Hasta un poco de trabajo nos da una gran confianza en el futuro con tal de que queramos andar según el consejo del maestro del mundo (Rom 8,18). Por tristes que sean las cosas que nos suceden aquí son, sin embargo, temporales. Los bienes que allí vamos a recibir son inmortales y eternos.

Por reino de los cielos, efectivamente, entiende el Señor no sólo la beatitud eterna, sino también el tiempo de la resurrección y su terrible advenimiento al fin de los tiempos.

Porque aquí ya no se habla de poseer la tierra, como se promete a los mansos; no de alcanzar consuelo y misericordia como los que lloran y los misericordiosos; ni siquiera se nos habla del reino de los cielos, sino de algo más sublime que todo eso y que bien puede hacernos estremecer: se nos promete ser semejantes a Dios cuanto cabe que lo sean los hombres.

A la verdad la mayor parte de nuestra vida la pasamos en la inconsciencia. La primera edad está llena de insensatez, luego la que va camino de la vejez nos va también marchitando el sentimiento y la conciencia. Queda un corto espacio intermedio en el que podemos gozar conscientemente del placer o por mejor decir, ni aun en ese espacio se goza plenamente pues nos asedian trabajos y cuidados que lo turban. Por eso yo os exhorto a buscar los bienes inmutables y eternos y aquella vida que no conoce vejez alguna.

Cuando Cristo ha librado nuestra alma de sus inquietudes nos recuerda el cielo. Él había venido, en efecto, para destruir lo antiguo y llamarnos a una patria mejor.

Acerca del rey no es posible ni decir cómo es: Hasta el punto tal sobrepasa todo discurso su hermosura, su belleza, su gloria, su grandeza y magnificencia. ¿Vamos, pues, dime, a privarnos de tan grandes bienes sólo por no sufrir por un poco de tiempo?... Escucha lo que dijo el bienaventurado Pedro: "Bueno es que estemos aquí" (Mt 17,4).

Ahora bien, muchos que sienten muy irracionalmente se contentan con librarse de las penas del infierno; yo, por mi parte, afirmo ser mayor castigo que el infierno no alcanzar

aquella bienaventurada gloria y creo que el que la pierde no ha de llorar tanto las penas del infierno como verse privado de Dios y de los bienes del cielo.

En la vida celeste todo es eterno superior a todo lucro copioso y estable. Allí no aplauden a Dios hombres ebrios sino la multitud de los ángeles. Pero ¿Qué digo, la multitud de los ángeles? El mismo Señor de los ángeles aplaude a los que llevan corona triunfal eterna cubriendo su cabeza con gloria inmortal.

No existe ninguna cosa tan difícil que no se haga más fácil con la esperanza de la gloria futura que nos tiene preparada Dios. No es esto doctrina despreciable para practicar la virtud.

A mi me parece que la victoria final más que victoria es alabanza, himno, cántico en el que aprendemos que los que bendicen a Dios reciben una gran gloria y hacen más evidente la benignidad y misericordia de Dios.

El que se quema está totalmente excluido del reino. Yo creo que es mayor pena verse privado de la gloria que sufrir el infierno.

Ama la gloria, pero la inmortal. Es la mayor ganancia. El hombre fue formado el día sexto y todo el mundo quedó completo; las demás cosas pertenecen a otra vida mejor y que nunca termina.

El alma no se salvará sola, el cuerpo también será partícipe de la salvación. Si fue mortal por haber pecado el alma gozará también de la salvación por haber hecho penitencia. De este modo el cuerpo disfrutará de la gloria.

Dios hizo el cielo para colocar a los hombres en él. Si no nos fuera a trasladar allí, ¿Por qué crearlo? Esto demuestra que no lo necesitaba para nada sino que preparó este habitáculo porque quiso trasladarnos de la tierra allí.

Dios contiene todo, todo los sobrelleva, no necesita de ningún lugar, todo lo rige y modera. Si se llama al cielo casa de Dios es porque es libre y puro de todo vicio.

Si estás preparado para la sed y el frío sufre sed y frío por el reino de los cielos y lo conseguirás. Para esto te hizo Dios libre.

Dios nos creó para darnos el cielo. La gehenna fue creada para el demonio y sus ángeles. No nos hagamos, pues, indignos de entrar en él.

Necesitamos mucha alegría y mucho fervor y tener el alma preparada para la muerte. El reino de los cielos sólo se puede conseguir por medio de la cruz.

En el reino de los cielos todo será paz, alegría, gozo, felicidad bondad, equidad, amor. Allí no hay celos, envidia, enfermedades, muerte, no hay tinieblas. Todo es luz, todo tranquilidad sin deseos de nada por poseer el sumo bien.

El Purgatorio

San Juan Crisóstomo guarda silencio sobre este estado intermedio entre la muerte y el cielo en el que se limpia totalmente de sus pecados el hombre hasta hacerse capaz de contemplar cara a cara a Dios. En él se apoya la Iglesia ortodoxa y en otros teólogos orientales para negar este estado intermedio. Es posible morir con los pecados perdonados sin haber hecho la satisfacción que en justicia merecen. Es, pues, necesaria una purificación previa a la visión de Dios, que no la podemos imaginar con las categorías del espacio y del tiempo.

La Iglesia católica, siguiendo principalmente las enseñanzas de San Ambrosio, San Agustín, Cesáreo de Arlés, San Gregorio Magno, etc. creyó siempre en la necesidad de una purificación de las almas hasta adquirir la hermosura digna de Dios. Esta doctrina fue definida por los concilios ecuménicos de Lión(1274) y de Florencia (1430), donde se llegó a la unión con la Iglesia oriental confesando la existencia del Purgatorio y la necesidad de orar y ofrecer obras piadosas por los muertos (2 Mac 12,42-45). Esta doctrina, común a toda la Iglesia de Oriente y Occidente fue también ratificada por el concilio de Trento.

El silencio de San Juan Crisóstomo sobre esa doctrina se explica porque su formación teológica la debe a la escuela de Antioquia, el tercer patriarcado de la Cristiandad, donde nunca se habló de ello, así como tampoco hablaron de esto sus teólogos Pablo de Samosata, Luciano de Antioquia, Marcelo de Ancira, Diodoro de Tarso, profesor de San Juan Crisóstomo y del amigo de éste Teodoro de Mopsuestia.

La teología de San Juan Crisóstomo es la de la Iglesia de Antioquia, la de los cristianos que aman a Dios, a Cristo y a su Iglesia sin necesidad de especular sobre todos los misterios de la fe cristiana. Ocurre esto con otras muchas verdades cristianas. Nuestro Santo y predicador se preocupaba fundamentalmente de la eclesiología tradicional de su tiempo. Más importante para él era el destino definitivo del hombre con la muerte en la que te encuentras de cara o de espaldas a Dios. Sólo he encontrado dos textos en los cuales parece insinuarse esto:

Hay pecados que observados parecen graves, pero que son leves si se cometieron por negligencia. Los que cometen estos pecados leves son los más pequeños en el reino de Dios. Por ejemplo, el que se irrita, pero que sólo pecó en su corazón y no está en la gloria.

Comentando a Mat 11,21 y Luc 10,13 afirmando que “será más tolerable el día del juicio para Sodoma y Gomorra que a Corozain y Betsaida” dice:

Mira, querido, que dice “les será más tolerable”, manifestando que a aquellos a los que infligió tanto castigo aquí y sufrieron aquel incendio nuevo y raro, allí también sufrirán castigo, pero más leve porque ya aquí padecieron tanta indignación.

La Resurrección

La esperanza de la resurrección es lo que da sentido y valor a la vida. Quítala de tu mente y de tu corazón y te has convertido en miembro de un grupo zoológico superior al resto de los grupos. Pregunta Pascal: *¿Qué razón tienen los ateos para decir que no se puede resucitar? ¿Qué es más difícil, nacer o resucitar? ¿Que sea lo que nunca fue o que lo que ha sido sea de nuevo? ¿No es más difícil venir que volver? La costumbre hace fácil concebir el nacer, la falta de costumbre hace lo otro imposible. ¡Chabacana manera de juzgar!* San Pablo habla de dormir cuando morimos y despertar cuando resucitamos.

La Escritura y muy especialmente los libros del NT hablan de la resurrección de todos los hombres. El Credo de los apóstoles y las profesiones de fe de la Iglesia declaran: *Creo en la resurrección de los cuerpos*. Los filósofos griegos, en cambio, se contentaron con hablar de la inmortalidad de las almas. Fácil tiene que serle a Dios repetir el ADN de nuestro cuerpo haciendo otro nuevo. Algo de este misterio nos revela San Pablo en la carta a los corintios, deseosos de saber *cómo resucitarán los muertos*. Nos dice: *Nuestros cuerpos terrenales son sembrados en corrupción, deshonra y debilidad y serán resucitados en incorrupción, gloria y poder* (1 Cor 15, 35-43). La muerte habrá sido derrotada.

Sobre estas bases discurre el discurso de San Juan Crisóstomo:

La resurrección es común a todos, la gloria no es común, sino que unos resucitarán con honor otros con ignominia, unos para el reino de los cielos otros para el castigo.

El pecado fue causa de la muerte, pero Cristo destruyó el pecado y a nosotros nos ha liberado de él por el bautismo. ¿Por qué dudas de la resurrección? Ni por la ley ni por el pecado puede ya dominar la muerte... En la resurrección se fundamenta toda nuestra esperanza.

Son varias las formas de resurrección, de acuerdo con el apóstol. Todos resucitan, pero unos en incorrupción, otros en virtud, otros en gloria, no todos con el mismo honor. Esto tiene un sentido espiritual, según el Espíritu Santo da su gracia a los que se la piden.

Porque si fue grande que resucitara Lázaro cuatro días después de muerto mucho más fue que resucitaran aquellos santos con motivo de la muerte de Cristo, mucho antes muertos, y se aparecieran a muchos.

La esperanza de la resurrección nos da fuerzas para morir aun en estas guerras de la tierra en las que el emperador no nos puede resucitar.

¿Dudas de que puedas ser reparado después de la muerte, reconstruido después de ser ceniza y estén tus huesos consumidos? Dime, oh hombre, ¿qué eras antes de que fueras concebido en el vientre de tu madre? Nada, ciertamente. Y Dios que te creó de la nada no te podrá reparar desde algo? Créeme. Más fácil le es rehacer lo que antes ya era que crear de la nada lo que no era... El profeta Ezequiel dudó de ello; pero después que vio a los huesos rodearse de junturas, de nervios, de carne, de piel escribió de ello para convencer a sus seguidores.

Como es imposible encontrar un árbol sin raíces o un río sin fuente, así también una voz sin lengua. ¿Dónde están los que no creen en la resurrección de los muertos? La voz murió y revivió, ambas cosas sucedieron en el mismo momento. Esto es más que la simple resurrección de los muertos. Aquí se suprimió la voz y surgió más espléndida.

Todo lo dicho no es mero alarde de palabras, marchemos con la mente al monte en el que se transfiguró Cristo. Contemplémosle en el esplendor con que allí brilló. Y, sin embargo, ni así siquiera nos mostró todo el esplendor del siglo venidero. Aquella manifestación fue pura condescendencia, no una muestra cabal de la realidad, como nos lo ponen bien de manifiesto las palabras mismas del evangelista: “Resplandeció como el sol” (Mt 17,2).

Ya que ellos (los saduceos) le habían echado a Moisés por delante, por la autoridad de Moisés les cierra la boca citando el Ex. 6,3 y añade: “Dios no es Dios de muertos sino de vivos”. No es Dios, les dice, de quienes no existen, de quienes en absoluto han desaparecido y que no han de levantarse más. Porque no dijo: “Yo era”, sino “Yo soy”, es decir de quienes existen y viven.

Si se te presentara una mujer fea cubierta con una hermosa máscara no por eso te sentirías inclinado a ella; como al revés, no consentirías que una mujer bella se escondiera bajo una máscara, sino que querrías contemplarla a cara descubierta en su belleza. Pues haz eso mismo con el alma y considérala a ella lo primero. El cuerpo (que se corrompe y desaparece) es como una máscara que la recubre...Esta es la belleza que debemos buscar, así es como debemos hermoear nuestra cara, a fin de que Dios también, enamorado de nuestra propia hermosura, nos dé parte en los bienes eternos.

La hija del presidente de la sinagoga, después de resucitar, volvió otra vez a morir; mas la tuya cuando resucite permanecerá inmortal para siempre. Nadie, pues, haga ya duelo, nadie se lamente y rebaje así la gloria de Cristo. Porque Cristo ha vencido a la muerte...Súfrelo generosamente pues ha de resucitar con absoluta certeza... A la muerte, en efecto, seguirá la resurrección y a ésta la vida eterna y la inmortalidad y la herencia de los ángeles.

Con la muerte no se pierde totalmente el cuerpo que se corrompe. La substancia permanece y resurge con mayor y más amplia gloria, pero no de todos. Será común para los que vivieron rectamente.

¿A qué se refiere Pablo con esta voz profética? A la resurrección y esperanza de los bienes futuros que superan toda mente y pensamiento. Por eso no podía explicarla y es necesaria la fe para aceptarla.

Si Dios es misericordioso y perdona el pecado, con más razón a los que viven rectamente no los dejará sin coronar después de abandonar este mundo. Si aquí no lo recompensa lo pagará allí, lo cual es el mayor argumento a favor de la resurrección.

Si quieres ver aquel día futuro piensa que no habrá ya muerte, enfermedad y vejez, no habrá pobreza, daños, insidias, no domicilio y ciudades, no artes y negocios ni necesidad de vestido, comida o bebida, mesa y lámparas, no habrá guerras, juicios, matrimonios y dolores de parto. Todo se habrá desvanecido y habrá aparecido un nuevo estado de vida cuando se nos dé un cuerpo inmortal.

Jesús habló con frecuencia de la resurrección para que no nos preocupemos sólo de las cosas presentes y esperemos las futuras, y viendo que no se castiga todo en el presente esperemos otra vida.

Los que oían a Cristo hablar con frecuencia de la resurrección no entendían nada; tampoco los apóstoles porque aún no les había dado el Espíritu Santo esa gracia, sino que se quedan estupefactos de lo que decía pensando en algo tan estupendo y maravilloso.

La muerte afecta al cuerpo que se corrompe. Mira lo que sucede con los metales: Cogen los peritos tierra con unas pepitas de oro y metiéndolas al horno sacan oro, hacen lo mismo con la arena y se convierte en vidrio. Si tanto puede la fuerza del fuego ¿Por qué no

podrá hacer esto la gracia de Dios? Nos formó de tierra y el que hizo un cuerpo corruptible, ¿No podrá hacer cuerpos incorruptibles?

El hombre, nos dicen, es lo más vil de cuanto existe: Los astros, la tierra, el sol duran mucho tiempo y el hombre después de setenta años perece y se disuelve; pero fíjate bien, no todo se disuelve porque la parte principal y necesaria es el alma inmortal, que no está sometida a las enfermedades. Sólo una parte menor se corrompe la otra recibe un mayor honor.

Las promesas de Jesús trascienden toda razón humana, su grandeza supera toda comprensión; pero no sólo sus promesas se refieren a nuestra vida sino que después que hayamos emigrado y se haya convertido en polvo nuestro cuerpo nos prometió la resurrección.

Dios es misericordioso y concede el perdón muchas veces a los que pecan, con más razón a los que se portan bien no los dejará sin coronar después de morir. Si aquí no lo recompensa lo hará allí. Porque si Dios paga según los méritos si aquí no lo hace lo hará después de la muerte. Este es el argumento máximo de la resurrección.

El que resucitó a Lázaro después de cuatro días muerto también resucitó a muchos que llevaban mucho tiempo muertos y se aparecieron a muchos. Estos son prueba de la resurrección futura.

Los impíos son consortes de la resurrección de los justos; pero éstos la disfrutan como un don especial.

El fin del mundo

La palabra mundo puede significar en la Biblia la tierra y sus habitantes. Otras veces se habla de los seguidores de Cristo y de los seguidores del mundo dando a entender que lo segundo es algo malo. En una tercera acepción se refiere a todo el universo.

El platonismo que San Juan Crisóstomo conoció hablaba de la liberación del alma de la materia; en cambio, el cristianismo enseña que se salva todo el hombre, alma y cuerpo, como parte del universo que será también transformado. San Pedro nos dice que esperamos *cielos nuevos y tierra nueva* (2Pe 3,13). Su reducción a la nada parece algo absurdo a la misma razón humana. Nuestra obligación es mejorar este mundo por medio de la ciencia y de la técnica, pero principalmente desarrollando los valores morales por medio de la fe, la esperanza y la caridad. Teilhard de Chardin piensa en una evolución del universo hacia una meta final en la que sea más bello que salió de las manos de Dios.

En este sentido, pensando en la fuerza de Cristo resucitado, podemos entender el Apocalipsis en la que se habla de la *nueva Jerusalén* o a San Pablo cuando afirma que la creación *entera sufre dolores de parto* (8, 17-22) indicando, tal vez, un nuevo alumbramiento. San Juan Crisóstomo no se ha pronunciado sobre esto. Prefiere pensar que el mundo que contemplamos se termina:

No parece larga la dilación de este mundo, pues las cosas están a la puerta. No sabemos si tendrá fin todo en esta generación y aquel día tremendo vaya a venir y a manifestarse el

tribunal, pues algunos signos ya se han cumplido como la predicación del Evangelio en todo el mundo, las guerras, los terremotos y las hambres. No parece que falte mucho.

Si los cuerpos no se corrompieran los que dicen que el mundo es inmortal se aferrarían a su opinión según la cual Dios no lo ha creado.

Estad preparados que el Señor está cerca. No estamos lejos de la consumación porque el mundo tiende a su fin. Esto anuncian las guerras, las pestes, los terremotos y la falta de caridad. Como el moribundo está afectado de muchos dolores así la consumación del orbe está cerca, a la puerta.

Jesús dijo que el Evangelio se predicaría en todo el mundo y después vendría el fin. He aquí que estamos llegando a este fin. El Evangelio ha sido predicado en la mayor parte del orbe. ¿Te preocupa esto? La vida y la muerte de cada uno está más cerca Cerca está el día del juicio.

Hagamos penitencia al menos los que habitamos en las ciudades pues el juicio está a la puerta y aunque estuviera más lejos nada más seguro y que conviene hacer. El fin de la vida de cada uno tiene la misma suerte que la consumación del mundo.

+++++

IX

Los apóstoles de la fe

El evangelizador

Vosotros sois la luz del mundo. Esto nos dijo Jesús a cuantos creemos en él y nos aconsejaba que no pusiéramos la lámpara que alumbra debajo del celemín o de la cama sino sobre el candelabro para que ilumine a todos los de la casa.

El materialismo, agnosticismo y hedonismo del mundo moderno ha estimulado nuestra conciencia de creyentes de forma que nos ha obligado a establecer un *Año de la fe*, en el que los cristianos hemos dado un nuevo impulso a la predicación del Evangelio. Fue autor de esta iniciativa Juan Pablo II, que acuñó el término “nueva evangelización” y han seguido sus pasos Benedicto XVI y el Papa Francisco, yendo por delante de todos en este trabajo apostólico. Este *Año de la fe* ha terminado.

Sin embargo, esta urgencia apostólica está en la conciencia de todos los creyentes y dura todos los tiempos: Obispos, sacerdotes, religiosos, miembros de asociaciones religiosas, simples fieles, profesionales, etc. La evangelización no es exclusiva de los misioneros que abandonaban patria y familia para anunciar el mensaje cristiano en lugares tradicionalmente paganos. Hoy los paganos o no bautizados son muchedumbres en nuestras ciudades europeas y en España. A estas gentes tenemos todos que ofrecer nuestra fe y su luz sobre los problemas del hombre y del mundo con el ejemplo de nuestra vida y con la palabra. Todos podemos y debemos hacer algo en virtud de nuestro bautismo y no puede quedarse sin hacer

El secularismo y laicismo de la sociedad moderna ha creado nuevas formas de conducta en las que el ser humano en el seno materno no tiene ningún valor, sino que se le acepta o elimina a gusto de los que le dieron vida; el matrimonio y la familia, núcleos fundamentales de la sociedad, se rompen con más facilidad que los contratos sobre inmuebles o cosas; la moral pública hace aguas por los cuatro costados. Nada es moral o inmoral, todo es legal o ilegal. La Europa que un día fue cristiana conserva gran parte de la cultura heredada de la fe y al mismo tiempo es indiferente a la fe que le dio esa cultura. El apóstol tiene que lanzarse a la predicación del Evangelio con el ejemplo y el sacrificio de su vida hasta que la humanidad se vea libre del paganismo moderno.

San Juan Crisóstomo dedicó toda su vida pastoral a desarraigar las costumbres y supersticiones paganas, las herejías cristianas, las injusticias sociales y la corrupción política. Hasta escribió un pequeño tratado, ya citado, sobre la educación de los hijos, que es la forma más efectiva de evangelizar. En su libro sobre el sacerdocio defiende la superioridad del ideal apostólico sobre la soledad de los monjes y nos da esta razón: *El Señor no le dijo a Pedro: Si me amas más que éstos ejercítate en ayunos, en dormir en el suelo, en vigiliias continuas, sino que le dijo: “Apacienta mis ovejas”*. La fe cristiana es para Juan una virtud práctica y comunicativa por naturaleza. Todo cristiano está obligado a comunicarla a los demás. El precepto misionero dado a los apóstoles vale para todos los bautizados. Los métodos apostólicos de los tiempos apostólicos son los mismos que hoy, incluso con mejores medios.

La historia nos viene demostrando que la humanidad sin Dios se encuentra enferma: Las guerras, el terrorismo, el hambre, las discriminaciones e injusticias sociales, la ausencia de

valores espirituales, etc. no tienen remedio con medios meramente humanos. El siglo XX pasado, en el que el progreso científico y técnico ha llegado a cotas insospechadas, ha sido a la vez con dos guerras mundiales el más horroroso conocido de toda la historia. Los creyentes que oran y escuchan la palabra de Dios sí tienen claro y conocen la profilaxis necesaria para este mundo. Dios, el forjador del hombre a su imagen y semejanza, comparte con nosotros, gracias a Cristo, la historia y el destino humanos. Dios es Padre de todos y los hombres somos hermanos. La hazaña más grande de la humanidad sería convertir la ONU en un gobierno mundial con jurisdicción propia sin razas ni fronteras. Este es el esfuerzo que deben realizar todos los cristianos para que Dios reine en todo el mundo.

Apóstol significa en el original griego “enviado”. Este nombre lo recibieron primeramente los 12 discípulos de Cristo que le acompañaron durante todo su ministerio y fueron enviados por él a predicar el Evangelio por todo el mundo. Sin embargo, en algunos libros del NT se da este título a otros líderes cristianos comprometidos en esta misma empresa sagrada. San Juan con Pablo asigna este trabajo a cuantos formamos la Iglesia porque hemos sido “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas”(Ef 2,20). Los sermones de San Juan Crisóstomo se inspiran en esta óptica sagrada:

Haz que los gentiles conozcan la magna fuerza del Espíritu Santo que nos es transmitida y transforma, pues es grande la fuerza del bautismo que hace a unos participar de ese don por medio de otros.

Tenemos un Señor tan misericordioso y tan benigno que quiere que nos preocupemos de la salvación de nuestros hermanos, que no sólo seamos solícitos de nosotros mismos sino que seamos también útiles a los demás y los llevemos por el camino de la verdad. Así verás cuán hermoso sea procurar nuestra salvación y la de los otros.

El apóstol ha sido enviado por Dios, como su propio nombre indica. El apóstol no habla cosas propias sino las que le ha mandado decir quien le envió...las cosas que dice el profeta las conoce bien el que las ha aprendido por experiencia. Muchas seguirán siendo misteriosas, pero el don del espíritu nos ayudará a comprenderlas.

No hay señal ni marca que así distinga al cristiano y al amador de Cristo como el cuidado de nuestros hermanos y el celo por la salvación de sus almas. Oigan esto también los monjes todos y los que se han ido a morar en las cimas de los montes y los que en todo se han crucificado a sí mismos para el mundo a fin de que, según sus fuerzas, ayuden a los que están al frente de las Iglesias y los fortalezcan con sus oraciones, con su concordia y caridad; y sepan que si no hacen esto pierden lo principal de su vida y toda su sabiduría queda mutilada.

El Señor pasa ahora a otra comparación más alta: “Vosotros sois la luz del mundo”. Nuevamente se nos habla del mundo; no de una sola nación, ni de veinte ciudades, sino de la tierra entera; se nos habla de una luz inteligible, mucho más preciosa que los rayos del sol, como también la sal hay que entenderla en sentido espiritual. Y pone el Señor primero la sal, luego la luz para que te des cuenta de la utilidad de las palabras enérgicas y el provecho de una enseñanza seria. Ella nos ata fuertemente y no nos permite disolvernó. Ella nos hace abrir los ojos llevándonos como de la mano hacia la virtud.

“Como no hay manera de ocultar una ciudad situada sobre un monte” así tampoco es posible que se oculte mi predicación. Como les había hablado antes de persecuciones, de

maledicciones, de insidias y de guerras, porque no pensarán que todo esto podía hacerles callar, los anima diciendo que su doctrina no sólo no quedará oculta, sino que ella iluminará toda la tierra.

No os irritéis, pues, como si lo que os digo fuera cosa molesta. Si los otros se tornan insípidos vosotros les podéis volver su sabor; mas si eso os pasara a vosotros, con vuestra pérdida arrastraríais también a los demás.

La maledicencia habrá de seguiros forzosamente, pero ningún daño os hará; más bien, dará testimonio de vuestra firmeza. Mas si por miedo a la maledicencia abandonáis la vehemencia que os conviene, sufriréis más graves daños. Primero que se os maldecirá lo mismo y luego que seréis la irrisión de todo el pueblo.

Porque vosotros, les dice, no predicaréis a una, a dos o a tres ciudades, sino al mundo entero, recorriendo tierra y mar, lo habitado y lo inhabitado, hablando a cara descubierta y con toda libertad a tiranos y pueblos, a filósofos y oradores.

Jesús comía con los pecadores... a toda clase de medicina solía apelar y no sólo hablando, no sólo haciendo milagros y confundiendo a los enemigos, sino hasta comiendo procuraba la salud de los que se hallaban mal. Con lo que nos enseña que no hay tiempo, no hay obra que no pueda procurarnos alguna utilidad apostólica.

Llevad, pues, una vida digna de la gracia a fin de que así como la gracia se predica en todas partes pareja con la gracia corra vuestra vida...viviendo rectamente no sólo corregiréis a toda la tierra sino que glorificaréis a Dios; así como, si no vivís con perfección, no sólo perderéis a los hombres sino que haréis que sea blasfemado el nombre de Dios.

Nosotros comemos de una misma mesa y bebemos de un mismo cáliz...Os confesaré, sin embargo, que no estamos a la altura de los apóstoles, jamás tendré valor para negarlo. No sólo no estamos a su altura sino que no somos ni la sombra de los apóstoles. Mas esto no os exime a vosotros de cumplir con vuestro deber.

Esta voz de apóstol, después de la venida del Espíritu Santo, se da a todos los fieles que hablan todas las lenguas del mundo. Debemos imitar a los apóstoles en su vida, pero no podemos hacer sus milagros.

La voz de los apóstoles se compara a una trompeta que se oyó por todo el orbe de la tierra con más claridad que un trueno. Esta trompeta deben oírla todas las generaciones. La voz de los apóstoles no es aérea sino más preciosa que el oro y las piedras preciosas. Así se explica que se extendiera por el mundo el Evangelio... Y ¿Quiénes son los fuertes de Dios sino los Apóstoles y todos los fieles?

No quiere Dios que seamos solamente útiles a nosotros mismos sino también a nuestros prójimos. El Señor quiere que sus discípulos sean sal que se conserva a sí misma y a otras cosas o como el ojo que se ilumina así mismo y a otros. Ilumina, pues, a los que están en tinieblas y enséñales. Así tú tendrás más luz.

Dios nos dice que le pidamos el pan cotidiano... quiere que sepamos cómo todas las cosas las hacemos con su auxilio. Desea que nos sobre estas cosas para que con ellas

podamos atraer a los demás. Esto hacemos cuando damos limosna y rezamos a Dios por todos.

Cuando predicamos nuestra fe sobran la filosofía y las palabras si no tenemos una vida mejor que ellos. No se fijarán sólo en nuestras palabras sino en nuestros hechos. De otro modo los infieles no se harán cristianos... Edifiquemos de este modo a la Iglesia...

El Evangelio anuncia el fin de los castigos, el perdón de los pecados, la santidad, la redención, la adopción como hijos, la herencia del cielo, nuestra fraternidad con el Hijo de Dios. Esto se predica en todo el mundo a los enemigos, a los malos y a los que viven en tinieblas. ¿Qué mensaje existe igual que éste? Dios en la tierra y el hombre en el cielo unidos.

Dios mandó a los judíos que llevaran filacterias para que lo se olvidaran de la Ley. También muchas mujeres cristianas hoy llevan pendientes del cuello los Evangelios.

El apostolado está por encima de todos los carismas y es la raíz de todos.

El que asume el oficio de predicar el Evangelio no puede ser débil sino fuerte y valiente...El que no tenga este ánimo puede perjudicar a otros con su ejemplo.

La fuerza de la predicación es tremenda. Lo que comienza a fermentar hace fermentar a lo demás. Un achispa convierte en llama la leña... Es preciso anteponer a todo la predicación del Evangelio esperando su fermento y el crecimiento del grano de mostaza.

¿Qué número haces de fieles? Quita el miedo. Como con el grano de mostaza has inducido a la fe.

No temáis a los males que acompañan al predicador de la fe; así seréis espléndidos y habréis superado todo.

X

San Juan Maestro de ascetas

El Santo

¡Gloria a este gran maestro de la vida espiritual cristiana! El hombre, según la teología ascética de este Santo Padre y Doctor de la Iglesia, tiene en ese mundo un punto de partida que es el bautismo y un punto de llegada, el encuentro con Dios. Por el bautismo el hombre es hijo de Dios, más todavía, portador del Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo que habitan en él. En su peregrinación dispone de la luz de la Palabra vivida en la comunidad eclesial, de la gracia de los sacramentos y de la compañía y oraciones de los santos de la Iglesia peregrinante y triunfante.

De sus virtudes y fiel seguimiento de Cristo por su fe inquebrantable, esperanza a prueba de los mayores sacrificios y caridad extraordinaria con los pobres hemos recordado lo suficiente en la breve biografía de la Introducción. En él se realiza la doctrina de Urs von Baltasar sobre la *teología arrodillada*. Juan fue un hombre de oración, un hombre de Dios que vio en la Palabra divina, en la Oración y en la Eucaristía la fuente de la verdadera sabiduría. En esta fuente bebió gran parte de sus conocimientos. Para vivir cristianamente lo primero que San Juan tiene en cuenta en sus sermones es la necesidad de tener una visión cristiana de la vida, del mundo y de Dios. Conocía las enseñanzas de los filósofos griegos y pocas veces hace alusión a ellas. Le preocupaba más que sus feligreses no se contentaran con la fe del carbonero.

Todos sus esfuerzos y sufrimientos por su afán ardiente de reformar las costumbres nacen de su amor a Cristo y de un deseo grande de hacer buenos cristianos. Tratando de los ricos y de los lujos, excesos de la corte y de los espectáculos públicos con su inmoralidad permanente lo hace a veces aparecer intransigente; pero sus palabras graves, para los que se daban por aludidos, a veces insultantes, nacen de un corazón lleno de amor a Dios, a Cristo y a las almas. Por eso clama por la virtud, la perfección cristiana, el amor fraterno. Le irrita especialmente la esclavitud de los pobres y el desprecio hacia ellos de los ricos.

Juan sabe que las costumbres se cambian solamente siendo consecuentes con la fe cristiana. No se puede esperar esto de una sociedad pagana. De ahí sus frecuentes exhortaciones a confiar en la gracia de Dios desconfiando de nuestras fuerzas. Con este deseo termina todos sus sermones. Le preocupa la justicia social, pero la reina de las virtudes es la caridad, el amor de unos a otros. El pueblo le adoraba y sólo tuvo enemigos entre las autoridades, los ricos, herejes y eclesiásticos envidiosos. Dios le había bendecido con un alma tan sincera y tan buena que carecía de la habilidad necesaria para defenderse de sus detractores y enemigos.

Fue un verdadero profeta sin esperar el resultado de su predicación. Siempre pretendió sembrar confiando en Dios, *que da el incremento*. Sin embargo, conoció muchas conversiones. Ni entre las autoridades y los sabios de su tiempo, cristianos y no cristianos, se encuentra otro que hiciera tanto bien a la sociedad antioquena y constantinopolitana. Con San Juan Crisóstomo murió uno de los más grandes santos de la Iglesia, el más célebre reformador de las costumbres y maestro espiritual de los hombres. Las sociedades modernas con su materialismo y laicismo anticristiano necesitan hombres como él. Y lo necesitan, sobre todo,

quienes quieren ser santos. Con su vida y con su extraordinaria palabra nos ha enseñado a todos el verdadero camino.

El Maestro

San Juan Crisóstomo nos ha enseñado a todos los cristianos un camino, el camino de la santidad. No fue un ser sobrenatural bajado del cielo, sino un hombre nacido en la tierra como los demás. Su bautismo en Cristo lo llevó a la cima más alta de la espiritualidad cristiana por las rutas del cristiano, del monacato, diaconado, sacerdocio, episcopado. Pienso cándidamente que con un par de docenas de cristianos, esparcidos por toda la tierra y comprometidos como él en el seguimiento de Cristo, el mundo entero sería diferente. El que Dios quiere que hagamos.

Para San Juan un alma recta y sincera es la mejor garantía para pensar acertadamente. Coincide en esto con el pensamiento de San Agustín: *La luz, tan hermosa para los ojos sanos, es odiosa y perjudicial para los ojos enfermos*. Un alma limpia conoce mejor los misterios de Dios. Por eso huye de las fórmulas teológicas y usa comparaciones y ejemplos para que comprenda el pueblo. Cristo es para él, como dirá después el teólogo franciscano de la Edad Media Escoto, el centro, el eje, la razón de ser de todo el universo, de forma que Dios ha manifestado en él su majestad y gloria infinitas.

Se ocupa poco de la Virgen María, pero se maravilla exaltando su disponibilidad ante las palabras del ángel, sus sentimientos maternos o su presencia ante la cruz y en Pentecostés, ensalza su virginidad y la considera la más grande obra de la creación. La Iglesia es indestructible porque Cristo está en ella. Ni la herejía ni el cisma llegan a tocar su corazón. El Crisóstomo fue también especialmente devoto de la eucaristía. El cuerpo y la sangre de Cristo en la eucaristía son un regalo del amor infinito de Dios. El único enemigo del cristiano es el pecado; por eso ha dado Dios a la Iglesia la facilidad de perdonarlo. Su vocación eremítica marcó toda su vida y de ella deriva su rigorismo moral, aunque siempre endulzado con la indulgencia y la misericordia.

Cuando San Juan se refiere en sus sermones a los problemas sociales de su tiempo habla como profeta, no como un revolucionario, limitándose a recordar a los oyentes los principios de la moral cristiana. El tema más repetido en sus sermones es siempre el egoísmo de la riqueza, la pobreza y la caridad. Llega a decir en uno de sus sermones que una iglesia sin pobres a la puerta esperando atención no sería Iglesia. Sobrecoge el alma recordar la película de este hombre sentado sobre una mula, partiendo para el destierro o muriendo solo en una ermita abandonada y acompañado por unos soldados policías, como si hubiera sido un criminal. Dios le ha premiado también en este mundo con la admiración de gran parte de la humanidad durante más de quince siglos.

Arrianos y semiarrianos, paganos y judíos estaban muy activos llegando los últimos a conseguir que algunos padres circuncidaran a sus hijos engañados por el proselitismo hebreo. Por eso a Juan le preocupaba mucho liberar a sus fieles de estos errores. A su amigo y compañero de estudios Teodoro de Mopsuestia, caído en errores pelagianos y arrianos, le escribe sobre estos errores. La vida monástica, el arrepentimiento, el orden de las viudas, la virginidad, la educación de los niños, los escándalos públicos, etc. son sus principales preocupaciones pastorales. Su celo apostólico no tenía límites.

San Juan Crisóstomo fue durante su vida un gran mensajero de Dios anunciando a los antioqueños y constantinopolitanos la buena noticia de la salvación. Estuvo siempre libre de todos los intereses humanos y le tocó sufrir mucho por ello. Tenía palabras amables para sus oyentes y sirviendo al Evangelio no quería ser esclavo de nadie. Dominaba la cultura griega, pero no hace uso de ella porque la vida es preferible a las palabras. Le llaman la atención los apóstoles que sin cultura, dice, habían vencido a los griegos. Sin embargo, no puede disimular su vasta erudición helénica y doctrinal. Su fuente de información es siempre la Sagrada Escritura.

Terminamos nuestro trabajo dando las gracias a este gran maestro de la fe cristiana, pero muy especialmente maestro de predicadores y toda clase de evangelizadores y, sobre todo, maestro de santos. Recordemos en su honor las últimas palabras que pronunció en este mundo antes de morir: *Gloria a Dios en todas las cosas.*

INDICE

Introducción
Adolescencia y juventud
El llamamiento de la Iglesia
Maestro de vida espiritual

I

Dios

El predicador de Dios
Nuestras relaciones con Dios
Dios es padre
Las exigencias del amor
Dios cuida de nosotros
Dios es amor
Dios es bueno con todos
Dios ama a los pecadores
Sentir bien de Dios
Debemos corresponder con amor
Podemos ver a Dios
A todos da su gracia

II

Jesucristo

Jesús hombre y Dios
Un hombre entre los hombres
Nuestras deudas con él
Jesús anunciado por los profetas
El nombre de Jesús

Infancia y vida oculta
La vida pública de Jesús
Su predicación
El mensaje de Jesús
Jesús demuestra su autoridad con milagros
Pasión, muerte y resurrección
Su misión redentora
La persona divina
Exhortaciones a los fieles

III

La Iglesia

La palabra divina
Bautismo
Confirmación
Penitencia y confesión de los pecados
Eucaristía
El sacerdocio
Unción de enfermos
El matrimonio
Pedro
La Iglesia y los pobres
El respeto en el templo
La salvación por la Iglesia
Oración

IV

La Virgen María

La devoción a la Virgen María
La llena de gracia

V

Fe, esperanza y caridad

Fe
Eperanza
Caridad

VI

Las virtudes morales

Justicia
Fortaleza
Templanza

Los dones del Espíritu Santo
Pobreza
Castidad
Compunción
El martirio

VII

El pecado y los vicios

El pecado y sus consecuencias
Los Vicios
La vanagloria

VIII

La vida eterna

La muerte
El juicio,
El infierno
El cielo o Gloria
El Purgatorio
La resurrección
El fin del mundo

IX

Los apóstoles de la fe

El evangelizador

X

San Juan maestro de ascetas

El Santo
El Maestro

